

REVISTA DE EDUCACIÓN

ANA BIRÓ DE STERN	La artesanía en las tribus indígenas del Chaco
JUAN JOSÉ DICHIO	Bases de la Pedagogía Correctiva
ENRIQUE DE GANDÍA	Los vaticinios del Marqués de Varinas
PIERRE LACHIEZE REY	Reflexiones sobre un procedimiento de Platón
ROSENDO PASCUAL	La ciencia de la Paleontología
ENRIQUE PUCHET	El magisterio de Carlos Vaz Ferreira
ARTURO VILELA	El Iluminismo y las causas de la independencia

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

RAYMOND FURON, *¿Dónde está el inventario de los fósiles?* A. AYFRÉ, *La obra cinematográfica*. DAVID LAGMANOVICH, *Revistas tucumanas de cultura*. B. H. MASON, *La naturaleza de la simetría*. RAÚL H. CASTAGNINO, *Educación, cultura y técnica*.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

L. B. COTTA DE VARELA, *Garabatos y monigotes infantiles*. H. L. CASWELL, *Una buena enseñanza*. CARMEN F. RONZINO, *Aprovechamiento del tiempo en la escuela rural*. N. TAVELLA, *Las secciones paralelas homogéneas*.

LECTURAS

LUCIO V. MANSILLA, *Viaje*. J. B. PRIESTLEY, *Sueños*. C. GUIDO SPANO, *Mi padre*. J. M. ESTRADA, *La generación de 1810*. E. J. WEBB, *El contemplador de las estrellas*.

LENGUAJE Y ESTILO

JUAN B. SELVA, *Arcaísmos en nuestra conjugación*. A. MARASSO, *Atribución y explicación de textos*. J. GUASCH LEGUIZAMÓN, *Apuntes semánticos*. G. SCHLOCKER, *La simetría en la estilística*. G. GALICHET, *El plano de los valores gramaticales*.

LIBROS Y REVISTAS

R. BRUGHETTI, *Geografía plástica argentina*. R. FURON, *Causas de la distribución de los seres vivientes*. P. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*. R. W. DAVENPORT, *La dignidad del hombre*. M. ELIADE, *Yoga. Inmortalidad y Libertad*. REVISTAS: *El espíritu y los medios técnicos*, *Problemas de estética*, *Pintura mejicana*.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

J. CAVAILLES, *La matemática se confunde con su historia*. L. BARNETT, *Espacio-tiempo*. A. SORIANO, *Los jóvenes y la investigación*. M. THOMAS, *El instinto, realidad científica*.

CRÓNICA

FLOREAL FERRARA, *Educación democrática*. F. NIEL, *Dólmenes*. A. MEKHITARIAN, *La pintura egipcia*. W. KUPPER, *Los cactus*.



GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don OSCAR E. ALENDE

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ARTURO CROSETTI

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ATAÚLFO PÉREZ AZNAR

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

Mayo de 1958

Año III, No 5 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

✓ La artesanía en las tribus indígenas del Chaco

La necesidad primordial de un país es preservar el patrimonio cultural propio. Si una nación no se nutre de esa savia generosa, no puede tener su fisonomía bien definida. Si bien es cierto que hoy día tenemos que adquirir una perspectiva universal y no encerrarnos dentro de los conceptos exclusivistas, también es cierto que cada pueblo debe conservar su propio carácter y debe propender hacia la integración de su propia personalidad, defendiendo su patrimonio cultural genuino contra las destrucciones o contra la invasión de elementos extraños de su idiosincrasia. Debe ser fiel a sus raíces y expresarse de acuerdo con su lenguaje y con su propia jerarquía de valores.

En los tiempos pasados el común denominador para América fue el indio y todavía lo es en gran parte de los pueblos de este continente. En nuestro país el factor indígena ha dejado de ser importante; por el contrario, ya sabemos que la población autóctona está en vías de desaparecer y en algunas regiones donde otrora vivieran tribus y naciones poderosas está ya completamente extinguido.

En realidad nadie conoce con exactitud el número de los actuales indios argentinos, como tampoco se ha definido nunca qué es jurídicamente una "tribu". Muchos han afirmado que en la Argentina no tenemos problemas indígenas; no obstante los indios existen y están esperando que sus precarios medios económico-sociales sean resueltos favorablemente por la acción del Estado. Es verdad que desde hace varias décadas vienen investigando a los indígenas, cuyos resultados fueron publicados en libros y revistas científicos, dedicados sólo a un limitado número de especialistas. Tanto es así que ninguno de estos trabajos ha trascendido de su estrecho círculo; tampoco ninguno de ellos ha sugerido alguna medida práctica para mejorar las condiciones económicas e in-

telectuales de los grupos sociales estudiados, y así los indios quedaron abandonados a su miserable destino.

La comunidad indígena más numerosa vive en la parte Nordeste de nuestro país, que abarca las extensas regiones ubicadas entre los ríos Bermejo y Pilcomayo, región denominada del "Gran Chaco". Los cronistas, al registrar las hazañas épicas de la conquista, nos dieron los primeros relatos sobre estos indígenas, habitantes ya en aquel entonces de esa tierra inmensa de bosques enmarañados, de grandes llanuras abiertas y de ríos pitorescos. En sus descripciones los indios aparecen como seres inferiores, en condiciones culturales muy bajas, con bienes materiales y espirituales sumamente primitivos. Solamente en nuestra época, después de las investigaciones etnográficas de sabios eminentes, como por ejemplo Nordenskiöld, Kersten y otros, se logró una nueva valoración e interpretación del patrimonio cultural del indio del Chaco, revelándonos su rico y complejo contenido.

Actualmente habitan tres grupos indígenas en el inmenso Chaco. Dos de ellos son nativos del Chaco y por su economía y cultura se denominan chagueños típicos. Son ellos los grupos Guaycurú o Tobas-Pilagás con sus subdivisiones tribales y los Matacos o Wichí con sus correspondientes subgrupos. El tercer grupo, los Chiriguano, viene de la región del río Amazonas y penetró en el Chaco en una época relativamente no lejana. Actualmente ocupa su borde occidental. Los indios chagueños están distribuidos en número bastante reducido en las provincias del Chaco y Formosa, y en pequeños grupos en las misiones anglicanas en la provincia de Salta.

Aunque los dos grupos indígenas, los Tobas-Pilagás y los Matacos, racialmente difieren entre sí, en lo que a su cultura se refiere son en líneas generales muy parecidos; por eso trataré de hacer una síntesis de ambos, considerando que la insignificante diferencia existente no justificaría la extensión de la descripción separada.

La característica más fundamental de estas tribus chagueñas es su economía parasitaria, que consiste en la caza, la pesca y en la recolección de los frutos silvestres. Las mujeres, acompañadas de sus criaturas, salen de la toldería por la mañana, llevando consigo sus grandes bolsas tejidas con la resistente fibra caraguatá, y revisan

metódicamente un radio extenso del monte situado alrededor de la toldería. Al atardecer regresan cargadas de frutas de chaguar, mistol, miel, raíces, etc.; todo lo que se puede convertir en alimento. Pero la verdadera mina de oro del indio es la algarroba. En el tiempo de su fructificación cosechan de ella gran cantidad y la almacenan en trojas primitivas. También molida sirve para fabricar una especie de pan. Fermentada es la bebida preferida del indio.

La tarea de los hombres es la caza, y, si viven cerca de los ríos, la pesca. En ambas, demuestran gran habilidad. Para la caza utilizan los perros; además emplean una especie de disfraz de hojas para poder cazar el avestruz. Como arma usan el arco y la flecha y un palo de madera pesada denominado "macana". Para pescar emplean redes tejidas de la fibra de caraguatá; a veces un arpón de 5 metros de largo. Son muy hábiles en flechar a los peces grandes en aguas tranquilas.

La agricultura es sumamente rudimentaria. En un claro del bosque abren unos hoyos en la tierra con sus palas de madera y siembran maíz, batata, zapallo, etc. La gran pasión del indio es el tabaco y lo cultiva también en pequeña escala, pero lo fuma sin preparar las hojas.

La habitación la hacen de unas ramas encorvadas, cubiertas con paja. Entre los Matacos cada casa alberga una sola familia, pero entre los Tobas-Pilagás es la costumbre de hacer casas colectivas de 15 a 20 metros de largo por 2 a 3 metros de ancho, que sirven para albergar hasta 20 individuos de distintas familias, cada una de las cuales tiene su lugar asignado. Los solteros viven juntos en una casa aparte. No poseen ningún mobiliario: duermen en el suelo.

El jefe de la tribu es el cacique, pero su autoridad en el tiempo de paz es limitada. La actitud del cacique hacia su gente es paternal y en general el cacicazgo es hereditario. En la organización social predomina la familia monogámica, excepción hecha de los caciques que suelen tener dos y hasta tres mujeres. Los indios son muy afectuosos con las criaturas; jamás un indio castiga corporalmente a su niño. También son muy respetuosos con los ancianos y los cuidan si están enfermos. Jamás se efectúan uniones entre parientes.

La religión de los indios está saturada de ideas mágicas. Según ella todo animal, planta u objeto puede tener un espíritu y es capaz de proceder en la misma forma que un ser humano. Puede causar bien como puede causar daño y hasta muerte. Estos espíritus son los causantes de los fenómenos naturales y pueden influir sobre el bienestar general, como sobre los desastres que sobrevienen a la tribu; sin embargo existe entre ellos la idea vaga de un ser supremo a la manera de Dios único, que ha hecho el cielo, la tierra y los ríos para dividir a ésta, y que es también el padre del primer indio. A este Dios no le rinden culto alguno.

Sumamente interesante y rica es la mitología que los aborígenes del Chaco han creado para explicar el misterio de su existencia y el mundo que los rodea. Sobre casi todas las cosas tienen mitos; los tienen sobre el universo, sobre los cuerpos celestes, sobre los eclipses y las fases de la luna, sobre los fenómenos naturales: la lluvia, el granizo, el viento, las nubes, etc., sobre el hombre mismo, sobre los animales y los demonios, sobre las enfermedades y la muerte. Algunos de éstos son creencias, pero otros son simplemente relatos populares que para su retiro se transmiten las generaciones por tradición oral.

El hechicero desempeña el doble papel de médico y sacerdote. En caso de enfermedad se acude a su ayuda. Tiene el poder de invocar a los espíritus de los muertos para hablar con ellos y obtener profecías. Tiene facultad para proteger con conjuros adecuados las rementerías y obtener así alimentos en abundancia. El es quien lleva a cabo curaciones con danzas, con evocaciones de los espíritus y con succionen en la parte dolorida del cuerpo. Son muy temidos porque pueden causar con maleficio la muerte de un enemigo, como también puede ocurrir que son matados por los parientes del muerto como un verdadero criminal, por considerarlo causante de la muerte del ser querido. De todos modos el hechicero es un personaje muy importante dentro del grupo social.

El nivel cultural de los indios, como es sabido, es muy desigual, pues depende directamente de sus medios de subsistencia. Hay una palmaria diferencia entre la actividad intelectual de los sometidos a la disciplina de las reducciones o misiones y las de los independientes. Estos

últimos son por lo general a ese respecto más orgullosos y más reacios; pero aquellos no se muestran precisamente sumisos, sino más bien alentos y comprensivos. Mientras los libres se embriagan sin control y se dejan explotar, los otros suelen resistir a la tentación del alcohol por el temor expreso de verse luego incapacitados o expulsados de las misiones. Los primeros se dejan llevar por el instinto, los otros proceden según se lo sugiere la razón.

Es evidente la influencia benéfica del trabajo y de la responsabilidad sobre la conocida inclinación de los indígenas al alcoholismo. Los misioneros han advertido ese hecho sin desconocer que su alcance es relativo todavía. Acaso ese beneficio se deba más bien al acicate de la propiedad, que al sentido de la responsabilidad.

Lo mismo que con el alcoholismo sucede con las supersticiones. Es notoria la desviación que éstas determinan en el juicio del indígena. Pero hay una diferencia muy apreciable a tal respecto entre ese mismo fenómeno, según se lo observe en el indio independiente o en el que ya vive libre de la influencia del hechicero en la misión o en una reducción. También se observa lo mismo entre los niños que cursan la escuela.

La artesanía está casi enteramente confiada a la habilidad de la mujer. Las más importantes manifestaciones son los diferentes y hermosos cacharros de alfarería, los tejidos de lana, luego los pequeños adornos hechos con mostacilla y finalmente un interesante y original platabado sobre mates y calabazas. Veámoslas separadamente.

La alfarería de los indios del Chaco está hecha con la típica técnica aborígen, es decir, con chorizos superpuestos, formados y alisados y luego cocidos al rescoldo. De diferentes tamaños para diferentes usos, ostentan siempre un hermoso equilibrio de forma y a veces son realmente graciosos. Están tan bien formados y cocidos que hasta los pobladores blancos los utilizan con preferencia para guardar fresca el agua u otros líquidos. En la pequeña ciudad chaqueña de Villa Ángela, las indias han hecho de esto una verdadera fuente de ingreso. Van de casa en casa ofreciendo sus cacharros de alfarería, cambiando los por ropa usada o por alimentos.

Pero donde se manifiesta con todo esplendor la fantasía creadora de la india en invenciones y combinaciones artísticas, es en el telar. El telar abarca la confección de fajas, pequeñas bolsitas y ponchos. En su decoración predominan los elementos geométricos: líneas quebradas, rombos, triángulos, y a veces aparecen en algunas, figuras zoomorfas o antropomorfas. Naturalmente, dentro de esas formas geométricas existe un sinnúmero de combinaciones y variaciones, pero siempre manteniéndose en un innato buen gusto en cuanto a los colores, que no son nunca chillones. Es así que difícilmente se pueden encontrar, por ejemplo, dos fajas o ponchos iguales. Es indudable que existe entre las tejedoras una búsqueda afanosa de combinaciones nuevas, creando de esa manera expresiones individuales. El talento artístico excepcional de una tejedora o la vanidad personal de destacarse, son impulsos poderosos hacia las nuevas creaciones decorativas.

Las pequeñas labores de mostacilla comprenden pulseras, pendientes, bolsitas u otros objetos de adorno. Si bien es cierto que la técnica empleada en estas labores no es aborigen, ya que ha sido enseñada por los misioneros, los motivos decorativos y el empleo de los colores son inconfundiblemente indígenas. En la trama misma entra un elemento muy indio, que es el hilo extraído de la planta chaqueña llamada "chaguar" o "caraguatá". Estos pequeños trabajos son muy atractivos, tanto por su vistoso dibujo como por su elaboración prolífica; tal es así que no pocas veces he visto a las señoras adornadas con pulseras o pendientes indígenas.

El indio como todo primitivo siente un placer estético puro en la creación artística y necesidad de embellecer todos los objetos de uso diario. Aunque esto parezca una afirmación altisonante, no obstante está comprobado que una pipa artísticamente cincelada o una tela de calidad, tienen para el indio más valor que una pipa lisa o una tela de tejido basto. Es un error creer que todo lo que hace el indio tiene un fin práctico. Excelente ejemplo es el de los dibujos pirograbados con que se cubre la superficie de calabazas y mates; es a la vez trabajo y entretenimiento del hombre. En estos dibujos se manifiesta libremente el concepto realista que tiene del mundo y su

predilección por los animales. Figuras primorosas del jaguar, pecari, avestruz y otros animales, decoran sus calabazas, cuyos bordes ostentan dibujos geométricos de una especie de "horror vacui", tan característico en el arte de los primitivos. Puedo afirmar que cada calabaza es una original y encantadora obra de arte.

No puedo dejar de mencionar aquí las hermosas piezas de alfarería que fabrican las indias chiriguanas. Como he dicho ya anteriormente, viven ellas en los confines del Chaco y contrariamente a los indios chaqueños propiamente dichos, se dedican a la agricultura. Sus vasos de alfarería de muy variado tamaño, desde un pequeño puro hasta un gran cántaro, ostentan elegantes y perfectas formas. Para decorarlos emplean vivos colores, donde resaltan los hermosos dibujos sobre fondo blanco u ocre. El mundialmente famoso etnólogo doctor Alfredo Métraux, ha dedicado un extenso y erudito estudio a la alfarería chiriguana, destacando su belleza y su gran valor artístico.

Otra atracción artística de esos indios es la talla de máscaras que emplean para las fiestas de carnaval. Es curioso que los chiriguanos, respondiendo a la demanda de las poblaciones blancas circundantes, están ya desarrollando una verdadera industria alfarera y talla de máscaras que luego venden en los mercados. Está de más decir que por el bajo precio a que están obligados a vender la mercadería, ésta se está degenerando tanto en calidad como en su expresión artística.

Como hemos visto, el indio del Chaco por su tradición artística, por su habilidad manual y por su innato buen gusto, tiene una producción artística-industrial muy importante y sumamente atractiva estéticamente. Desgraciadamente esta artesanía aborigen está condenada no sólo a degenerar en su estilo y forma sino a desaparecer completamente. Los indios hoy día pueden adquirir con relativa facilidad los recipientes de lata y los géneros manufacturados, así no tienen por qué fatigarse en hacer cacharros y tejidos. Poco a poco todo cae en el olvido y las nuevas generaciones ya no tendrán ni siquiera noción de las industrias tradicionales.

Sin embargo el arte indígena es de genuina inspiración cósmica y de vigorosa personalidad, que ni los siglos de

esclavitud ni la influencia de los blancos podrán borrar. Estas manifestaciones no sólo deben ser estimuladas, sino que es nuestro deber combatir todo aquello que tienda a desnaturalizarlas.

Es indudable que estamos presenciando actualmente un renacimiento de artesanía en todo el mundo. Se busca la calidad, autenticidad y sensibilidad individual del artesano. En los países de fuerte elemento indígena, como en Ecuador, Panamá y sobre todo en México, ya hace varios años que se han creado institutos para la conservación, protección y rehabilitación de sus artesanías aborígenes. En el primer Congreso Indigenista Interamericano, celebrado en la ciudad de Patzcuaro en el año 1940, se aprobó también una ponencia en este sentido.

Por otro lado, este mismo Instituto solicitó la valiosa cooperación de la Unesco en el año 1950 para poder desarrollar su proyecto de protección del arte y artesanía indígena. Dentro del seno de este Instituto, el doctor Manuel Gamio, en México, inició y llevó a cabo una labor muy importante, ya que consiguió resucitar la misma técnica que habían empleado los maravillosos ceramistas y tejedores en los tiempos precolombinos.

Mencionaré aquí, como un dato interesante que no escapó a la observación de los primeros misioneros, la habilidad del indio en la artesanía, que produjo muchas veces su admiración y la de los conquistadores. El renombrado Fray Vasco de Quiroga impulsó con tanto celo el arte tradicional de las tarascas (México), que estos bellos objetos eran muy buscados y apreciados en toda la órbita hispanoamericana.

Hoy día existe un gran interés en el mercado mundial por las artes populares. En todas las grandes ciudades del mundo existen muchas tiendas surtidas con toda clase de objetos populares. El turista al llegar a un país busca algo típico para llevarlo como un recuerdo. Como la mayoría de ellos tiene una idea preconcebida del país en cuestión, debido a la propaganda turística, buscará los objetos que correspondan a su idea. Así, en México, comprará aquellos objetos que son la burda imitación de los ídolos aztecas, y en Bolivia la efígie de la Puerta del Sol de Tiahuanaco, sean en plata o en piedra. Satisfacer la exigencia del turista, siguiendo este camino, es suma-

mente fácil, pero para la existencia del arte popular, resulta simplemente criminal. Es la muerte definitiva.

En cambio si sería posible crear un centro de Artesanía aborígen; podría ofrecer al público en general, amante de las manifestaciones artísticas de los pueblos primitivos, pero sobre todo al turista, objetos genuinamente argentinos, donde el artesano indígena no estaría obligado a producir mala calidad para vender barato, ni se vería explotado y a merced de algún comerciante aprovechador.

Desgraciadamente para la artesanía indígena sonó la última hora. El tiempo urge porque dentro de corto tiempo, toda ayuda llegará irremediablemente tarde, pues técnica, producción, artistas, artesanos, desaparecerán para siempre.

ANA BIRÓ DE STERN.

Bases de la pedagogía correctiva

1. Antecedentes y concepto.—Debe considerarse a la Pedagogía Correctiva como uno de los capítulos más modernos de la Pedagogía. Sus antecedentes se hallan en las postrimerías del siglo pasado. Intimamente ligada a la Criminología —ciencia que investiga las causas y razones de la conducta humana socialmente anormal— y la Penología —disciplina que estudia la aplicación en concreto de las penas y medidas de seguridad— debe sus primeros intentos definitivos a Francisco Giner de los Ríos¹.

Junto con un grupo de investigadores, que dieron brillo a la filosofía y al derecho español de una época, fundó en 1899, en su cátedra de Filosofía del Derecho, de la Universidad Central de Madrid, un Laboratorio de Criminología. En él se encararon profundos y meditados es-

tudios relativos a las ciencias penales que condujeron al ilustre español a formular una interesante teoría sobre el delito y el delincuente, que puede ser denominada teoría biopsicológica del delito. Tal teoría sostiene que éste se origina en una falla orgánico-moral, de modo "que el delito debe considerarse como una enfermedad del cuerpo y una dolencia del espíritu". Al admitir tal hipótesis, Giner atribuía una insoportable importancia al tratamiento a dispensar al delincuente y se apartaba del clásico postulado que consideraba a la pena como un sufrimiento expiatorio, duro, para convertirla en una medida reparadora.

El delito, considerado sustancialmente como una anormalidad de la conducta social, es producto de la concurrencia de múltiples factores. Los relativos al mundo circundante del actor se denominan exógenos, y los endógenos, conforman la estabilidad emocional y el equilibrio constante de la personalidad. De ahí que el tratamiento reparador adquiera mayor complejidad, se torne más difícil, por lo que es menester organizar un sistema de métodos que estructuren una disciplina con caracteres propios, típicos.

Al considerar la pena desde este punto de vista, estimó como fundamental la actitud de la sociedad hacia el delincuente. En sus fundamentos generales, ésta no debía dirigirse contra el criminal, sino a su favor, lo que ulteriormente significaría a favor de la sociedad misma. La penalidad, imbuida de ese espíritu correctivo, obraría además como una tutela. En última instancia los intereses del individuo resultan los intereses de la sociedad, por lo que la penalidad debía encarsarse como protección del individuo, tutela contra sí mismo y contra los demás, y protección de la sociedad contra él. Ante esto, el tratamiento que merece el anómalo social cobra un especialísimo y hondo significado en la organización de la comunidad. Para la elaboración del tratamiento adecuado se hace necesaria la búsqueda y aplicación de métodos típicos de reforma, en todos los casos altamente individualizados. El diagnóstico del caso cobra así primordial importancia. Bien afirma Ruiz Funes "que la función de las medidas a adoptar para el delincuente deben ser consideradas esencialmente correctivas, ya que deben tratar

1. Filósofo, pedagogo y jurista español (1839-1915). Es considerado como uno de los reformadores de la enseñanza universitaria de su país. Fue catedrático y profesor durante la sabiduría, imbuído de las teorías del filósofo Krause, del jurista Alvará y del correccionalista Baudry, influyó notablemente en la juventud estudiosa de su época. En 1868 publicó *Estudios literarios y al año siguiente Bases para la teoría de la propiedad*. Entre 1871 y 1872 escribió *Principios elementales de derecho*; *Prolegómenos del derecho* y *Prolegómenos de las ciencias sociales que versan el examen de la filosofía del derecho*, en las que se reflejan las ideas expuestas de de su cátedra, publicada por separado en 1868. En 1874 publicó *Lecciones elementales de filosofía*. Un año después abandonó la Universidad, fundando en Madrid la célebre Institución Libre de Enseñanza, de carácter polivalente, volviendo al Instituto, en el que escribieron las primeras más notables de la época. En 1881 regresó a la Universidad y en su cátedra fundó el Laboratorio de Criminología, en el que se encarraron importantes trabajos sobre la criminalidad, los que le llevaron a formular su teoría sobre el delincuente y su tratamiento. Ese año publicó *La Penología Social*. Sus últimas obras fueron *Filosofía y Sociología*; *Teoría del concepto de la ley en el Derecho Positivo* (1910) y *Filosofía del Derecho* (1912). Colaborador de diversas periódicos y revistas científicas de su época, realizó numerosos viajes de estudio por Bélgica, Francia, Holanda e Inglaterra, país éste que le ofreció la dirección del proyecto de la Universidad Española de Gibraltar, propuesta que rechazó.

de armonizar el interés propio del sujeto con el interés social².

Las medidas a ser aplicadas al delincuente y a aquellos individuos que sin serlo —porque no lesionaron el código repressivo— demuestran con su conducta posibilidades futuras de convertirse en tales. llámense penas, medidas de prevención o de seguridad social, deben adquirir un esencial significado correctivo o correccional. Al tratar de enmendar, reformar, o reeducar al ser humano, con vistas a su ulterior readaptación social, la función penal queda transformada necesariamente en una acción netamente pedagógica. La Pedagogía Correctiva trata de hallar los métodos a que deben ajustarse las medidas educativas, reeducativas y de reforma, proponiéndose con ella la readaptación social de una personalidad anormal.

Como un capítulo más de la Pedagogía, esta disciplina es oriunda de la Psicología, en cuanto de ella debe auxiliarse constantemente. Mantiene íntimos contactos con la Medicina, pero no proviene de ella. Se ubicaría entre ésta y la Pedagogía, participando del carácter de ambas, ya que debe también aplicar métodos, diagnósticos y profilaxis, a la vez que medidas reeducativas futuras.

¿En qué período de la vida debe actuar la Pedagogía Correctiva? La respuesta ya fué formulada por Giner. En el mismo que actúa la Pedagogía, es decir, durante todo el transcurso de la vida del hombre. Porque la educación no es exclusiva de la infancia ni de la adolescencia; es una necesidad vital que puede plantearse en cualquier momento. Lo que sí resultan distintos son los métodos a seguir, ya que los fines que se persiguen son disímiles, pero la educación es perenne a través de las edades. La ciencia de la educación posee un carácter genérico; la

Pedagogía de lo anormal también. Aunque de manera distinta, las diversas formas de anormalidad de la conducta humana, pueden presentarse en cualquier etapa de la vida. El fin de la Pedagogía Correctiva es hallar los medios para remediar, en todo o en parte, aquellos defectos, más o menos graves o permanentes, que en la vida del individuo se presentan, cualquiera sea su conexión con las funciones fisiológicas, valiéndose de los procedimientos de una y otra clase, psíquicos y físicos, que exija su tratamiento adecuado.

Estos procedimientos, no obstante la variación que se hace menester de acuerdo con los fines que se persiguen, poseen en todos los casos un exponente común: la anormalidad. En la Pedagogía Correctiva se une lo educacional a lo patológico. Fijada la naturaleza de la anormalidad, su función consiste en el hallazgo de los métodos y la conducción de los tratamientos tendientes a lograr la reforma o enmienda, de tal manera que se encauce lo desviado. Para ello es necesario observar detenidamente las fallas en la personalidad del individuo, los errores en que se ha incurrido en su plasmación, las causas que han originado las deficiencias y la forma en que ocurrió el desarrollo corporal. El tratamiento debe basarse en todos los casos en un correcto diagnóstico. Su formulación implica determinar especialmente si la desadaptación procede de una enfermedad física, una minusvalía orgánica, o una anomalía caracterológica. Y en todos los casos pensar con cuidado la influencia de los factores endógenos y exógenos de la situación.

En sus albores los planes de la Pedagogía Correctiva fueron formulados con miras al tratamiento de los menores con anormalidades de conducta. Los que cometían delitos, los vagabundos, los viciosos, los que habían sido abandonados, merecían su atención. La medicina correctiva era la encargada de los menores con impedimentos físicos o psíquicos graves, complementada con la pedagogía para sus fines de educación especial. En la actualidad, transcurridos ya más de 50 años de las primeras teorías, resulta necesario ampliar sus horizontes. Las anormalidades de conducta de los adultos también son inherentes a ella. Los ya consagrados exámenes psicológico-diagnósticos, para los delinquentes, los exámenes psiquiátricos, la

2. Coincidente con esto resulta la teoría adleriana de la ley de Interés Social en sus vinculaciones con la criminalidad. Para Adler los criminales son seres que no han podido cumplir con exigencias de la vida normal. La reforma resulta más difícil que la cura del neurótico, pues éste reconoce el interés social, mientras que aquél consigue su objetivo a costa de los demás. El criminal, por ello, se encuentra más cerca del psicótico. Considera, en líneas generales, que el tratamiento para los delinquentes debía fundamentarse en una reeducación en el interés social, pero a su vez afirmaba "que muy pocas o ninguna de las prisiones actuales tienen una comprensión suficiente de la psicología para actuar en este sentido".

creciente necesidad de individualizar con tratamientos especialísimos a los condenados que no padecen de psicosis —es decir al condenado común—, torna imprescindible la intervención de psicólogos dentro de las prisiones. Los caracteres típicos y únicos que poseen los tratamientos penitenciarios, exigen la gradual aplicación, cada día con mayor amplitud, de métodos pedagógicos de puro corte reeducativo.

En la actualidad la desaparición de los viejos elementos retribucionistas de la sanción penal, ha afianzado el criterio puramente educativo y correctivo de la pena. Roeder, cuya opinión compartimos, afirmaba que "la pena es una segunda educación".

En conclusión, es preciso emplear la Pedagogía Correctiva con los menores cuyas conductas los han desadaptado socialmente y cuya solución de sus problemas escapa a la Pedagogía común o general, por los especiales medios de reforma a series aplicados. Al presente resulta asimismo necesaria para los adultos delincuentes y para aquellos que, sin caer en el campo del delito, tal como lo consideran las leyes penales, por su forma de vida y sus costumbres representan un permanente estado de peligrosidad social, que los hace proclives a él. Los tratamientos a ser aplicados son competencia de la Pedagogía Correctiva como rectora o complementaria del sistema reeducativo que es menester encarar.

JUAN JOSÉ DICHIO.

Los vaticinios del Marqués de Varinas

La pérdida o independencia de las Indias fué vaticinada muchas veces. Desde el descubrimiento de América se habló de la posibilidad de que las nuevas tierras fueran entregadas por Colón a la república de Génova o alguna potencia enemiga. Estas fantasías, sin fundamentos se repitieron todas las veces que algún gobernador descontento de las disposiciones reales se alzaba en rebeldía. En México, en el Perú, en otras partes, siempre en el siglo XVI, corrieron voces de que Cortés, Pizarro, Lope de Aguirre o algún otro aspiraba a convertirse en rey o señor independiente. Estos hechos fueron inciertos y no pasaron, a menudo, de acusaciones falsas o de interpretaciones erróneas de historiadores modernos. La Enciclopedia francesa expuso con gran claridad que algún día las colonias españolas del Nuevo Mundo se harían un país independiente y sus palabras fueron citadas como un fundamento por los hombres que proclamaron la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sud, en Tucumán, el 9 de julio de 1816. En general, los extranjeros hicieron correr la especie de que América, tarde o temprano, marcharía por sí sola. Se basaban, para ello, en el odio a España y en el desdén en que la tenían. Juzgaban, en efecto, que España no sería capaz de conservar eternamente unas posesiones tan extensas. En ellas debía, forzosamente, desarrollarse una sociedad que terminaría por gobernarse a sí misma. Todos los autores que hablaron de la ineludible independencia de las Indias, lo hicieron por lógica y como un arma política para desacreditar a España. El conde de Aranda, en tiempos de Carlos III, proyectó una división de las Indias en varios reinos que debían ocupar los hijos del rey; pero este proyecto, aunque lógico y bien fundado, no contó con la aprobación real ni fue conocido en su tiempo por el pueblo americano. El vaticinio más extraordinario que existe acerca de la pérdida

de América fue hecho por don Gabriel Fernández de Vilalobos, marqués de Varinas, en el año 1685. Nunca nadie, jamás, hasta entonces ni después, habló con tanta seguridad de un hecho que terminó por producirse por causas completamente diversas a las que él apuntó. El marqués de Varinas conocía muy bien las tierras de América. Había nacido en Cuenca, en torno al 1642, y a los doce años había partido hacia el Nuevo Mundo. Joaquín Gabaldón Márquez, que ha investigado todo cuanto se conoce acerca de su existencia, declara que de él sólo se sabe lo que escribió en sus obras. Fue soldado, marenante, traficante de negros y agente de contrabandistas. El mismo fue vendido como esclavo en la isla de Barbados, naufragó cinco veces, cayó prisionero en la costa del Brasil y fue rescatado por traficantes holandeses. Más tarde llegó a marqués de Varinas y por último terminó su vida, preso en España, por decir la verdad.

Sus obras capitales, Vaticinios de la pérdida de las Indias y Mano de reloj, fueron dadas a conocer por la Real Academia de la Historia en el tomo XII de la Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las antiguas posesiones españolas de ultramar, en Madrid, en el año 1899.

Nada más han podido decir de él historiadores eminentísimos como Casareo Fernández Duro. Pasamos por alto otras de sus obras de carácter hidrográfico y cosmográfico, ni aludimos a algunos papeles, referentes a su persona que, hace años, vimos en el Archivo de Indias, de Sevilla. Lo extraordinario de estas dos obras, que el Comité de Orígenes de la Emancipación, de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia ha reimpresso en Caracas, en 1949, es que pintan, de un modo maravillosamente exacto, aunque siempre visto con aumento los defectos más notables que la administración española había creado en América. No puede decirse como han dicho algunos, que estas obras, especialmente la primera, Vaticinios... hayan influido en la independencia de América, ocurrida ciento veinticinco años más tarde. Es una muestra de la amplísima libertad que existía en el Nuevo Mundo para que cualquier conquistador pudiese escribir al rey lo que quisiese. Y es una prueba, también, de que el gobierno castigaba a

las personas que exageraban las verdades. El marqués de Varinas, después de ser un protegido, fue un perseguido. Probablemente el decir demasiadas verdades y el acusar, casi directamente, a tantas personas, le haya traído, por parte de los señalados, calumnias como para hacerlo condenar a presidio en Cádiz y en Orán, hasta que huyó a Argel y luego no se sabe bien cómo terminó su vida.

El marqués de Varinas era un escritor fecundísimo. Los escritos a que él se refiere y que, desgraciadamente, no llegaron hasta nosotros, alcanzaban a muchos miles de páginas. Tenía amigos en todas partes; colaboradores espontáneos que le hacían llegar cientos de denuncias convencidos de que él, a su vez, las transmitiría a los reyes. Sus últimos escritos son del año 1695. Observador y crítico de la realidad americana, en sus detalles más desagradables, coincidió con el fin de los Austrias, ya degenerados, y el comienzo de los Borbones, partidarios del despotismo. En otros tiempos habría sido considerado una especie de Padre Bartolomé de las Casas. Pertenece, en efecto, a su escuela de divulgador de crímenes y abusos, a veces aislados, que tanto el Padre como el marqués se complacían en generalizar. Ya que hablamos de estos dos campeones de los errores de los españoles en América, diremos que los críticos e historiadores que han estudiado sus vidas y sus obras no han advertido las escuelas que ellos han creado. El Padre Las Casas creó la escuela de la autodifamación al par que sentó las bases de una interpretación histórica que se fundaba, a su vez, en la bondad de los indios, los derechos naturales de los hombres y la libertad; sobre todo la libertad de los indios, por ser obra de Dios, y de los españoles que venían a América impulsados por el afán de riquezas y, en especial modo, por el deseo de vivir en tierras donde, realmente, hubiese libertad. Esto es todo lo que Las Casas enseñó en filosofía de la historia americana. El marqués de Varinas no abusó del argumento de la crueldad, como el Padre Las Casas, pero creyó grandemente en la atracción, no del oro, que en su tiempo ya era legendario, sino de las posibilidades de explotar a los indígenas y a los propios españoles, en miles de maneras. Su interpretación histórica es la de la mala administración, la de la codicia, la de la explota-

ción del pueblo americano por parte de los funcionarios españoles.

Los estudiosos que se han dedicado a la historia de la historiografía nunca han imaginado que el primer teorizador de esta escuela e interpretación histórica fué el marqués de Varinas. Tiene, pues, este mérito: el de haber sistematizado la interpretación de la codicia de los burócratas españoles como causa de la decadencia de las Indias y fundamento seguro de su perdición. Tiene, además, otro mérito: el de testigo presencial de muchos hechos que describe. En su tiempo, las ciudades americanas habían caído —no todas— en una innegable postración. No había, según él, lugar en qué hospedarse. Todo era pirámide y soledad. El tiempo, a su juicio, debía aumentar esa tristeza y los años traerían desgracias aún más negras. Las cargas de los tributos eran tan excesivas que los vasallos estaban en la desesperación. Es un signo impresionante el de que los impuestos excesivos siempre terminan por producir la ruina de los gobiernos que los imponen.

El marqués de Varinas explicaba que en América había más motivos que en Europa para estar las tierras más pobladas. La conquista no había derramado sangre. Primero porque los indios se habían rendido y las guerras casi no habían existido. Luego, porque la conquista había puesto fin a las carnicerías de indios, a los sacrificios espantosos, a los infanticidios, etc. No eran tampoco los tributos al rey los que despoblaban las Indias. En los españoles, las alcabalas no pasaban del dos por ciento, y en los indios, en todo el año, no llegaban a seis pesos por persona. Las enfermedades eran las mismas de otros tiempos. Las minas y los trabajos de los mitayos tampoco podían ser una causa de despoblación, porque donde no había minas ni mitayos también se habían terminado los indios. El trabajo, en cambio, a que se sometía a los indios era muy duro. El marqués hablaba como Las Casas: "Pongo a Dios por testigo que así como se encuentran en España recuas de mulos y borricos, así se encuentran recuas de indios, de diez y más personas, con las cargas en la cabeza, de a ocho y diez arrobas, trajinando en toda esta provincia, del gobernador, teniente, cura y demás gentío, de forma que todos los in-

dios plebeyos traen hundida la frente (como si fueran bueyes) del temocón con que cargan, que es una faja que se ponen para aliviar el peso que les echan, impiedad notable y digna de que V. M. mande que no lo hagan en adelante, porque no hay razón que lo que no hacen los moros, persas ni tártaros, ni otras naciones, por bárbaras que sean, que lo permita en sus reinos V. M.". Estos hechos daban pie a los extranjeros para que publicasen libros contrarios a los españoles, como las *Bárbaras tiranías cometidas por los españoles en Indias*, aparecido en Amsterdam, en 1681.

El marqués de Varinas atribuía a la codicia la despoblación de las Indias. Esta era la primera causa. La segunda era la destrucción de "la materia y los indios", por culpa de la misma codicia. La codicia era más eficaz, para despoblar reinos, que la crueldad, la peste y el hambre. Su afirmación era rotunda: "Señor: lo primero de su asolación es la codicia de los que cuidan de aquellos indios con la administración de la justicia". Con el nombre del Rey, los malos ministros encubrían robos y delitos. Todo, por fuera, era felicidad, y ruina por dentro.

En ninguna parte del mundo —decía el marqués— estaba la codicia más arraigada que en América. Todas las guerras tenían un fin. En cambio, la guerra que se hacía a las Indias, por medio de la codicia, "es perpetua, universal, acreditada y favorecida, honrada y aplaudida de los superiores, y se defiende con lo mismo que fructifica, y así crece cada día con exceso y no perdona rincón ni se halla apenas ángulo en todos aquellos dominios donde no gima el miserable natural y español y donde no le esté azotando el poderoso".

Era una voz común que ciertos excesos en América no tenían remedio y que ciertos abusos había que tolerarlos porque se habían hecho una rutina y las gentes los consentían. "Los vasallos cuerdos y deseosos del bien público dicen que es tolerable en las Indias que el real del ministro valga real y medio, y el del superior y virrey valga dos reales, y a este respecto en los otros, de suerte que el virrey del Perú, sobre cincuenta mil pesos que V. M. le da cada año, haga ciento, y el de la Nueva España sobre treinta mil haga sesenta, y el ministro de tres mil cuatro mil y quinientos, porque aunque éste es exceso, era tolerable con una disimulada conveniencia, como

quien no lo sabe ni lo cree, porque éste no es de los que asuelan ni despuellan los reinos, aunque no hará bien quien lo practicara sin licencia de V. M. Sirva de ejemplo: Si sucediese que por hacer los virreyes que las utilidades de su oficio, que no tiene más que cincuenta mil pesos cada año, le falta quinientos mil, y a este paso fuesen los demás creciendo en los presupuestos de lo que han de sacar, no dudo V. M. que se asuelan los reinos, se despuellan las provincias, se pierde lo público, se arriesga la corona, y lo que es peor, que todo se aparta de Dios de ella, y la deja, y permite de muchas maneras que la afilijan y la castiguen. La causa de esto es, que cuando esto sucede, ni hay ley ni razón ni justicia ni la paz ni la fe están seguras, porque todo se vende lastimosamente".

El marqués de Varinas no acusaba a nadie en particular; pero decía lo que había visto. Así pedía al rey que imaginase que el ministro superior se dejase llevar por su deseo immoderado de hacer riqueza e hiciese lo que sigue: que vendiese los oficios de justicia, alcalaldías mayores, corregimientos, comisiones y residencias; que vendiese las gracias de las encomiendas, licencias y permisiones; que proveyese los títulos y patentes de tenientes, capitanes generales, conductas, banderas, plazas de castillos, artilleros, condestables y muchas plazas muertas; que hiciese libranzas sobre las cajas reales, diese comisiones de cobranzas y nombrase jueces en diversas averiguaciones, visitas de minas, etcétera; que recibiese regalos por razones del real patronato, de las presentaciones eclesiásticas; que hiciese negociaciones en materias muy reservadas; que negociase autos de asesoría en materias en que intervenga arbitrio y elección en el superior y descanso en el inferior; que comprase, por medio de testaferros, los géneros más nobles y castigase al que los vendiese más barato que él; que compartiese con todos sus cómplices las ganancias de sus negocios; que nombrase, con este fin, a los jueces y protectores de indios; que los oficiales reales embarazasen el comercio de los navegantes españoles que no los pagasen muy bien; que los gobernadores o capitán de los castillos tuvieran la cuarta parte de las plazas sin proveer y las pagasen como si estuviesen proveídas, guardándose el dinero; etc. Por estas razones, en las Indias no se administraba justicia,

cada cual vivía en la ley que quería y se quitaba "la libertad que el derecho natural tiene concedida a los hombres, por ley divina y humana".

El marqués de Varinas era, pues, un partidario de los derechos naturales del hombre y de la libertad. Rousseau no existía; pero, como vemos, se hablaba con sus mismos argumentos largos años antes del *Contrato Social*. Es un detalle más que explica la ninguna influencia de Rousseau en unas tierras en que cualquier polemista conocía los fundamentos de la doctrina roussoniana mejor que su mismo creador. El marqués de Varinas traía otras razones. Los gobernadores que ponían en práctica los métodos que él detallaba trataban de tener a su lado a personas de confianza y de dudosa moralidad. Para ello tenían que hacerse amigos de los inferiores y permitirles incontables abusos a fin de que escribiesen a España siempre a su favor. Del mismo modo, a los Presidentes de las Audiencias y los virreyes "les es necesario andar siempre temerosos y desconfiados del pueblo, el cual, como ve lo que pasa, lo murmura, se queja, habla en ello abierta y públicamente, y se hacen sátiras y pasquines, y de ahí resulta el recelo del superior y el levantar compañías para su guardia, tomando otros pretextos..." Había sublevaciones a menudo contra los malos gobernantes: sublevaciones que los historiadores modernos suponen estaban destinadas a proclamar alguna utópica independencia... El marqués de Varinas, después de enumerar los males que producía la codicia, analizaba cada una de las tradiciones que regía la administración hispanoamericana. La venta de los oficios de justicia, impuesta por necesidades apremiantes, era combatida por los teólogos, que veían en ella, con razón, una fuente de innumerables abusos. La administración de la justicia era comprada por mercaderes y gente indigna, y los altos puestos militares, por individuos que nada sabían de armas. El haber vendido un oficio semejante en Veracruz había significado el saqueo de esa ciudad por los ingleses, con una pérdida de más de seis millones. El marqués de Varinas aconsejaba estudiar, para evitar estos males, no a Rousseau ni a otros filósofos franceses, que no podía conocer, sino a Santo Tomás: "Sin duda que no han leído los opúsculos de Santo Tomás, que si los hubieran visto, allí hallarían los inconvenientes que tiene esta venta". Nadie podía

castigar a quien vendía la justicia, puesto que el vendedor también la había comprado. La inmoralidad, realmente, no podía ser mayor. Lo mismo ocurría con todos los altos empleos que se ponían en venta. No había premios, como en otros tiempos, puesto que los premios se vendían. El gobernador, corregidor, presidente o alcalde mayor que había pagado por su oficio diez o doce mil pesos, vendía mercaderías a precios elevadísimos para sacar arriba de veinte mil pesos. Vendía las mercaderías a siete u ocho veces su valor y compraba a los españoles e indios las mismas mercaderías a cuatro o cinco veces menos su precio real. En esta forma pagaban sus deudas y acumulaban las ganancias que querían; pero los españoles quedaban cada vez más arruinados. Muchísima gente no quería trabajar para no ser esquilada por las autoridades. Estas se veían obligadas a hacer sembrar y trabajar a la fuerza, especialmente a los indios. Los españoles protestaban, pues no querían comprar a precios subidísimos objetos que no necesitaban en absoluto, y vender a precios viles los frutos que les costaban tantos trabajos. Lo que hacían los jueces causaba indignación: "Ordenan que no haya más tienda que la suya, y las tabernas, almacenes y trajes han de ser todos del juez, con esto, el vino corrompido, carísimo, ha de venderse y no ha de venderse el baratísimo y bonísimo del vasallo, y lo mismo sucede del aceite, de la ropa y de todos los demás géneros, con lo cual, sobre el agravio del precio es mayor el de llenar la tierra de malos bastimentos..." Las enfermedades que causaban las comidas y bebidas en mal estado eran muchas. "De donde V. M. no saca de alcabala y tributos dos mil pesos al año, pretende el juez conseguir para sí veinte mil". Los jueces no vendían directamente las mercaderías a los indios, sino a los caciques, "mandones", que luego las revendían a los indígenas. En esta forma se creaba una casta de caudillos que gozaban de la protección superior, servían de intermediarios y oprimían al pobre pueblo. Los mandones eran peores que los jueces que los dirigían, pues se transformaban en verdaderos tiranos de los indios que debían obedecerles. Las tasas se distribuían de un modo injusto. Los indios debían pagar un tanto por arroba de cosecha, lo mismo el que la tenía como el que no la había recogido. Para evitar las cárceles, "ha nacido el dejar perder las

huertas todos los indios, porque adredeamente cortaron los árboles". Otros "dicen que es mejor acabar con todo, y se suben a un peñasco y de allí se precipitan; otros se ahorcan; otros toman ponzoña para condenarse sus almas por toda la eternidad, por cuenta y cargo de los tales ministros de justicia". Parece, al leer estas líneas, que estamos repitiendo las frases del Padre Las Casas. Había de él, indudablemente, en el marqués de Varinas, una fuerte influencia. Así decía que las cárceles eran aposentos lóbregos, sin ventanas, con puertas pequeñas. Los indios hacían allí "sus menesteres, puestos de pies en el cepo, por lo cual es una mazmorra de notable horror". No tenían camas y sufrían hambre. Los que podían, se mataban. "Plegue a Dios—decía el marqués de Varinas—no venga a ser ésta la causa para que V. M. pierda las Indias".

Los jueces trataban de hacer fortuna en muy corto tiempo. Se ponían de acuerdo con sus sucesores para que no los acusasen de todos los males cometidos. Cuando se hacía juicio de residencia a algún juez, los vecinos eran amenazados para que no diesen la verdad. "Sirvase V. M. de considerar qué será ver más de seiscientos jueces de esta calidad, que no dándoles a éstos más que a cuatro tenientes, son tres mil, con sus varas en las manos, abrasando las provincias y asolando las ciudades, despoblando los corregimientos, afligiendo los vasallos, defraudando al fisco, usurpando las alcabalas y otra muchedumbre de agravios; y mande ver V. M. ¡qué lágrimas, qué suspiros, qué clamores, qué desdichas no pasan aquellos vasallos!" El marqués definía muy bien a aquellos pobres vasallos. "No se saben quejar y sólo se saben morir, y no saben acusar y sólo saben llorar".

Ahora bien: el marqués reconocía un hecho extraordinario. Esos jueces, esos alcaldes mayores, esos gobernadores, que exprimían a los indios y sacaban tantas rentas, "viven pobres y mueren en grandísima necesidad y lo más frecuentemente es necesario enterrarlos de limosna". Un lector podría pensar que este hecho es la comprobación más indiscutible de que todo cuanto ha referido el marqués de Varinas es una inmensa calumnia y que los jueces no robaban a tanta gente y vivían en la pobreza, tan sólo con sus pequeños sueldos. El marqués de Varinas se adelantaba a estas objeciones y explicaba

que los jueces vivían y morían pobres porque todas sus ganancias se les iban en dádivas a sus cómplices, de España y del lugar en que se encontraban, para que los ayudasen y no los denunciasen, en malos negocios, en usuras, etc. En esta forma se hacía una cadena de cómplices y de compromisos en que todos se tenían y todos se tapaban. Los obispos y curas también se veían estorbados por las influencias de los oidores, jueces, gobernadores, etc. "Donde resulta una tática conspiración de voluntades superiores a la ruina de los miserables vasallos y súbditos, hallando los remedios cerrados y las puertas de bronce para respirar y pedir justicia, y los agravios siempre constantes y repetidos y la tierra asolada y perdida y el nombre real ofendido y la justicia y hacienda de V. M. acabada".

Estos hechos traían como consecuencia un gran desprecio por las leyes. Y el desprecio por las leyes llevaba aparejado un desprecio hacia los reyes. Eran comunes las frases "Aunque el rey lo mande no lo he de hacer", "Aunque vengan treinta órdenes y cédulas, no lo he de ejecutar: vaya y quéjese al rey, que por lo menos tres o cuatro años de réplicas habrá de andar arrastrado". Los españoles de América se desesperaban y a menudo tomaban las armas contra los magistrados, por su mal gobierno. La conspiración era tan perniciosa que el rey no sólo no recibía noticias de lo que ocurría, sino que, cuando recibía alguna, se le contaba lo que no ocurría. Los informes eran siniestros y falsos. De este modo, se hacían temibles los nombres de los magistrados y gobernantes de América y disminuía el temor que, en otros tiempos, se tenía al rey. El marqués de Varinas no podía asegurar cuánto tiempo tardaría la oveja en volverse león. Lo indudable era que América se hallaba "en la última ruina", las cajas reales estaban abiertas a cualquier exceso, la fe pública se había acabado, "que no hay quien fie a V. M. un peso", todos los artículos se encarecían y los tributos disminuían. Todos los jueces de América tenían en Madrid sus agentes, para lograr apoyos políticos. El marqués de Varinas recordaba que "mientras los romanos guardaron justicia distributiva floreció su imperio y fueron señores del mundo, pero luego que la corrompieron, se fué introduciendo la codicia y poca unión en sus ministros y súbditos y por ahí vinieron a perderse". El Espíritu Santo también

enseñaba que por los dolos e injusticias se transferían los reinos de gente en gente, y las causas por las cuales las monarquías se desunían eran las injusticias. ¿Qué se podía esperar de las Indias, donde había tantas injusticias? La codicia de los jueces no perdonaba a ningún habitante de las Indias. Los jueces impedían el comercio e intervenían en todas las contrataciones para sacar sus buenas ganancias. Explotaban a los mineros y exprimían a los indios. Este desorden, que llenaba toda América, no tenía otro fin que hacer enriquecer unas trescientas personas en cada reino.

La inmoralidad de los jueces chocaba con la labor de los sacerdotes. "Llama al indio la Iglesia a misa, y la codicia y el juez lo llama a que vaya a trabajar para él en los montes, en los ríos y en los campos, porque antepone la codicia a los preceptos de Dios y de V. M. Manda la Iglesia y la ley de Dios a que a los indios les enseñen los primeros rudimentos de la fe; el juez manda que acaben de tejer sus tareas, y que asistan chicos y grandes a buscar la grana, pita, coca y otras más drogas para sus granjerías. Manda la Iglesia que santifiquen fiestas todos los católicos, y el juez manda que tales días vayan a su chacara o a viajes largos, para su codicia. Manda la Iglesia y su párroco que los indios vayan a la doctrina, y el juez manda que vayan a la mita, y esto se antepone, primero para que se prive al indio de oír la palabra de Dios. Mandan las ordenanzas que los indios no tengan embriagueces, y el juez les reparte el vino corrompido para que lo hagan desmedidamente. Manda V. M. que los jueces miren por la conservación de los naturales, y ellos, lo primero que hacen es cooperar a su asolación". Las iglesias eran trampas para los indios. Los indios no eran dueños del agua, en sus haciendas, pues los españoles se la quitaban para venderse la. Los curas no sabían las lenguas de los indios. Las predicaciones no eran, por tanto, entendidas. Además, los curas trataban a los indios con gran rigor. Cuando pagaban lo que debían, se les dejaba vivir a su gusto. La codicia alejaba a los indios de sus sacerdotes.

El Consejo de Indias, compuesto de dos salas de oidores y su presidente, catorce camaristas, dos secretarios y más de ochenta oficiales y contadores, además de otros ministros de la junta de guerra, era un Consejo numeroso;

pero no suficiente para juzgar todos los pleitos y casos que venían de América. En ese Consejo se cometían milares de injusticias. Los miembros del Consejo por lo general nunca habían estado en América y se guiaban por las noticias que les daban otras personas. Rara vez acertaban en sus determinaciones. El marqués de Varinas aconsejaba al rey que les diese otras ocupaciones donde no hicieran tanto daño. Sus componentes no querían salir de él por las dádvas que recibían. En su lugar y en los juzgados y demás empleos de América había que colocar a hombres ricos, que no necesitasen robar, y no a pobres y forasteros, que fácilmente se corrompían. Muy bien sabía el marqués de Varinas que sus denuncias le traerían muchos odios. "No dudo, Señor, que se ha de levantar contra mí gran persecución". Pero nada le detenía: el temor de que el rey perdiese las Indias lo hacía hablar como un buen vasallo. "No pido a V. M. merced ninguna de las que se hicieron a Mardoqueo, porque no aspiro a eso, sólo pido a V. M. que mire por sus reinos, que es causa pública y van de caída, y se puede esperar que los pierda V. M. si hoy no se aplica el remedio de que necesitan por la falta de justicia, y es impiedad notable que los reinos de V. M. estén con esta nota en toda la cristiandad, por omisión de sus ministros y no de V. M."

No satisfecho con estas denuncias, en que presentaba la codicia y la injusticia como causas principales de la destrucción de las Indias y su posible pérdida, el marqués de Varinas escribió otro opúsculo, en el año 1687, también dedicado al rey don Carlos II, que lleva por título *Mano de reloj*. Es, en muchos puntos, una glosa o repetición de su obra anterior. Aumenta, en cambio, su intensidad en sostener que todas las monarquías acaban por la codicia de los ministros, como peste universal. Los agravios a españoles e indios de América ponían en peligro la corona. "La ruina de América ha venido por la codicia de aquellos a cuyo cargo está el gobierno". Los indios no eran desdichados por su gentilidad, sino por haber caído en manos de católicos. "De un cabello está pendiente la desunión de las Indias de la Corona de V. M. por no haberme creído". La mano del reloj señalaba y pronosticaba, infaliblemente, como un castigo de Dios, "la perdición de aquellos dominios". El comercio

aumentaba la herejía. El judaísmo se mantenía en las plazas de comercio, con toda su perfidia. El marqués de Varinas preguntaba al rey si esperaba que viniesen Moisés o Elias a revelarles los males de América. Tampoco debía perseguirse a los religiosos que mostraban demasiao celo por las pobres ovejas de las Indias, como había ocurrido con fray Cristóbal de Miranda, un año antes, religioso de la Observancia, preso en Talavera por el Comisario de Indias, a pedido del marqués de los Vélez, "porque venía a dar cuenta de los excesos y pocos cuidados que hay en la reducción de las almas". Muchos pobres había presos por hurtos insignificantes, pero no se veía a ningún ministro, "aunque sepa V. M. que haya hurtado cien mil y doscientos mil pesos".

Ningún hombre, jamás, habló al rey de España con más precisión que el marqués de Varinas en lo que se refiere a la pérdida segura de las Indias. Lope de Aguirre, el Peregrino, un siglo antes, habíase mostrado rebelde hasta la muerte por ver en Felipe II a un déspota; pero no le había hablado —por ser imposible en su tiempo— de la pérdida completa del Nuevo Mundo. El marqués de Varinas, en la *Mano de Reloj*, dice frases que lo presentan como a un verdadero profeta. "Muy fuera y apartado de esta doctrina se camina hoy en el gobierno de Indias; así han venido a parar ellas. Presto llegará el tiempo en que se diga: "Esto fué de los españoles". El tiempo dió a este observador maravilloso toda la razón. Lo que había que hacer era justicia, dar libertad, disminuir los robos; pero ya era tarde. El marqués no tenía ningún temor en decirselo al rey con una claridad que impresionaba: "Es necesario cortar las desobediencias en flor; pero ha acordado tarde V. M. porque están viclados los medios de la obediencia y se han dejado echar muchas raíces a los males". Todos los males del Nuevo Mundo provenían, según el marqués de Varinas, de dos causas: "La tiranía del gobierno y la falta de justicia". Todo el mundo, en América, era malo, si se exceptuaba a los indios y a los españoles que no tenían ningún mando. "Los doctrineros es uno de los principales enemigos de los indios, principalmente si son frailes. Hacen aún mayores vejaciones que los jueces, y con más insolencia... que por no ofender los oídos de quien leyere, se calla... Lo mismo es sacar un fraile de un convento y enviarle a una doctrina, como

a un caballo de una caballería solitaria en un hato de yeguas". En las Indias no se predicaba para hacer cristianos. "Se entabla a azotes y por fuerza se les hace cristianos". Los virreyes y presidentes de las Audiencias eran los culpables de todos los daños que se producían en América. "No castigan con pena capital a estos hueeces como traigan plata con que comprar sus delitos". Cuando se solicitaba un corregimiento se alegaba suma pobreza para poder medrar y enriquecerse. El marqués de Varinas aclaraba que no todos los eclesiásticos eran malos. Algunos eran muy buenos, santos y doctos. A menudo vivían en una gran pobreza. En Lima y México había conventos con trescientos y cuatrocientos religiosos que andaban vagando en busca de su sustento. Sólo los misioneros que se dirigían a Filipinas y los capuchinos de Caracas y Cumaná realizaban obras notables.

El marqués de Varinas fundaba en observaciones históricas su seguridad de que las Indias se perderían. Los romanos, cuando vieron alejarse sus virtudes y deshecha su justicia, se redujeron a la nada. Ningún reino, por otra parte, conquistado por la fuerza de las armas, tiránicamente, había permanecido en manos de sus conquistadores más de doscientos años. Luego había otras razones astrológicas: Lutero y Cortés habían nacido en el mismo año. A las Indias les faltaba, para perderse, seis años y medio. Todos los grandes conquistadores de América se habían aniquilado, lo mismo que sus parientes. La casa de Cortés se hallaba en la ruina. Los descendientes de Colón vivían de lo que les daba el rey de España. Los Pizarro, a pesar de su título de marqueses, "están pereciendo de hambre". Almagro, Carvajal y Luque no tenían descendientes. Los virreyes estaban todos pobrísimos. El marqués de Cerralvo, hijo de un virrey, fué enterrado de limosna. "Los demás descendientes de conquistadores que hay en Indias, es la gente más pobre, abatidos y despreciables que hay en aquellos reinos, de calidad que, viendo algunas familias que están en suma miseria, se dice: «Esta es de los conquistadores», y es cierto si se pasa a hacer el examen".

Las riquezas de América habían sido la ruina y pobreza de España. Esta afirmación, que algunos economistas, sociólogos e historiadores modernos han sostenido como un descubrimiento, fué hecha por el marqués de Varinas

a fines del siglo XVII. "Estas riquezas, en lugar de alivio, han traído su total ruina, porque en fe de aquellas que cada uno se imagina podrá adquirir pasando allá, se ha despoblado España; ha cesado la agricultura de los campos y crianzas de ganado, y los artefactos; están gravados los reinos con los tributos, y así permite Dios que se deshaga y consuma toda la hacienda con quien se mezcla de plata de Indias".

Las Indias eran codiciadas por Francia, Inglaterra y Holanda. Estas tres naciones se apresuraban a poblar colonias. Todas ellas tenían hombres, municiones y navíos para conquistar las Indias Españolas. Cada una de estas tres naciones no daba un zapazo a las Indias por temor a que las otras dos rivalizasen y se lo impidiesen. Los criollos eran flojos. Los demás habitantes estaban desesperados por la falta de justicia y libertad. Todas las costas estaban indefensas. "Hecha esta unión entre las tres naciones, dividirán la América en la forma que mejor les estuviere, poniendo límite a sus conquistas para cada uno, sin embarazarse con las fuerzas del otro, tome posesión de lo que le toque, mantenga y fortifique, aunque a poca costa. La tierra es tan grande que en muchos años no tendrán guerras unos entre otros".

Los nuevos conquistadores dejarían gobernarse a los vasallos de Indias con sus leyes, darían libertad a los indígenas y les venderían lienzo y mercaderías a precios moderados. Los ingleses se establecerían en el Perú, y los portugueses conquistarían Paraguay y Tucumán. Holanda remontaría el Orinoco hasta Santa Fe de Bogotá. Con poco más de quince mil hombres podrían Francia, Inglaterra y Holanda conquistar la América española. Estas tres naciones tenían más de treinta y una islas pobladas en Barlovento y otras tantas poblaciones en la Tierra Firme. En Europa, España sería atacada en Italia, en Flandes y en Cataluña. La falta de América traería a España una inmensa pobreza. "A una falta de trigo, como sucede en Andalucía, no quedará una cuthara de plata en toda ella, que no se venda, y si viesen dos cosechas malas, se despoblará lo mejor de España". Los mercaderes extranjeros, al ver cortado el comercio, se quedarían en sus tierras. Para mantener las fronteras y la armada, el rey habría de aumentar terriblemente los tributos. Flandes e Italia se levantarían o entregarían al primero

que les hiciese guerra. Perdidas las Indias y quebradas las rentas, los acreedores quedarían sin cobrar. "Este golpe cae sobre toda la nobleza y está a pique pierdan el respeto a V. M., y tomen las armas y se dividan en facciones y por el medio que se pensó podía haber algún alivio, será su perdición y ruina". El marqués de Varinas parecía complacerse en predecir un futuro negrísimo a todo el imperio español. Daba las Indias por perdidas en manos de Francia, Inglaterra y Holanda, y a España en guerra con estas tres naciones, y completamente arruinada. "Todo será una confusión y un clamor universal, porque no habrá quien siembre ni crie, huyendo de los tributos y grandes gastos que se le tiene hasta encerrarlos en sus trojes, porque los precios serán muy limitados, con que V. M. vendrá a ser por esta causa el rey más pobre que haya en toda la Europa". Como si esto fuera poco, el marqués de Varinas predicaba al rey de España que todos sus parientes y aliados de Europa lo abandonarían al verlo en tanta debilidad. Y, por último, el marqués de Varinas entraba en intimidades humillantes para el rey y cualquier hombre con dignidad. Le recordaba y decía públicamente que se hallaba en la más negra miseria y que sus sirvientes no le servían porque no les pagaba. Daba la ruina por realizada y decía: "¿Habrá habido rey en el mundo de quien se cuentan más fatales sucesos? Aun sin haber llegado el caso de la pérdida de las Indias, ¿no es cierto que algunas veces le ha faltado a V. M. un doblón en su bolsillo para dar de limosna? ¿No se ha quedado V. M. en palacio, queriendo salir fuera, por no tener quien monte a caballo, porque sus criados se han ido porque no los pagaba? ¿Cuántas veces, en tiempo del Duque de Medina, faltó a V. M. con que hacer un vestido y fué necesario sacarse fiado por no quererlo dar el mercader de V. M.? ¿No es público y notorio que V. M. estuvo comiendo en unos platos de plata, rompidas las arandelas, derramándole el caldo de la vianda? ¿No han faltado en palacio aquellas luces de cera y aceite que eran de etiqueta? ¿No es público que las damas y camaristas que asisten a la reina nuestra señora, la que no tiene casa de donde la socorran, perecen de hambre? Los criados de V. M. ¿no se han visto azotados públicamente, y V. M. pasó por esta indecencia, que no pasara un pobre hidalgo? Tampoco se podrá negar que sale V. M. a la

calle desairado, en funciones públicas, con coches viejos y remendados que han salido a otras funciones, y algunas veces con un vestido bordado, que llamaban el de las fiestas, porque le sacó V. M. dos días de Corpus; que se murmura en el mundo de ver salir a V. M. a un divertimiento como el Escorial o Aranjuez, que no puede estar el tiempo que quiere porque le quitan sus ministros los medios para traerle a Madrid. ¿Ignoran los embajadores que cada ministro de V. M. es un rey y que V. M. no hace más de lo que ellos quieren? No, por cierto. ¿No es público y notorio a todos los reyes y príncipes de la Europa la indecencia con que están en sus cortes los embajadores y enviados de V. M.? ¿Ignoran los que ellos tienen en Madrid que muchas veces está detenido un correo por cincuenta doblones? ¿V. M. tiene hechura ninguna en sus reinos? ¿No son todos de sus ministros, de sus mujeres, de sus criados y confidentes, porque se les paga y cohechan? Y esto no se castiga, porque han perdido el respeto a las órdenes de V. M., y si tiene algún confidente que sabe le habla la verdad, le persiguen, le aborrecen y no le dan de comer, a fin de que se una con ellos, y V. M. pasa por esta indecencia aunque lo sabe. ¿No tiene sus ejércitos y armadas sin honra y sin disciplina militar? ¿No sabe V. M. que le están robando todos sus ministros y oficiales su real hacienda y no se castiga a nadie?"

Sólo en la calumniada España podía existir tanta libertad como para poder escribir estas palabras.

Denuncias semejantes jamás se hicieron, en la historia del mundo, en ningún tiempo ni país. Hacen temblar y es de imaginar la impresión que producirían al rey y a sus ministros, acusados: uno, de imbécil, y los otros de ladrones. El marqués de Varinas predicaba lo más horrendo que podía ocurrir a una monarquía como la española: la pérdida de las Indias y la pérdida de la propia España. "Y porque no se me arguya con una razón, aunque es sofística, que dirán los que no discurrieren tan melancólicamente como yo, que aunque V. M. pierda las Indias, se mantendrá con lustre con lo que le queda en España, como se mantenían los ascendientes de V. M. antes que tuviesen aquellas tierras, hoy corre diferente pariedad; ahora doscientos años había diez millones más de vasallos, que trabajaban todos; vestían ropas de paño y no estaba introducida la fisonja ni la vanidad. Todos están

introducidos hoy a ser caballeros, y ninguno cuida de la cultura de los campos ni de las maniobras. Los tributos son infinitos; los gastos de la casa real, insuperables; los sueldos de la milicia, muy crecidos, y todo lo demás respectivo; con que precisamente ha de declinar la monarquía de España; porque está despoblada, pobre y sin comercio activo, sin crédito y sin fe pública, que es lo que pudiera adelantar la esperanza de que esto podía convalecer en algún tiempo, y así, la pérdida de Indias se llevará tras sí todos los dominios de V. M."

Estos daños ocurrían, simplemente, porque en las Indias tres mil jueces, oidores, presidentes de Audiencias y Virreyes gobernaban a su antojo con tiranía y con inmensa codicia. Por ellos no valía la pena perder América. El marqués de Varinas aconsejaba al Rey de España, en un último intento, premiar y castigar, apartar la lisonja y celar los Tribunales: así salvaría a América y con América salvaría a España y a la corona.

Los escritos del marqués de Varinas, como dijimos, lo llevaron a la cárcel, de donde huyó para refugiarse en Argel. Posiblemente terminó su vida en alguna prisión española. No se conocen bien estos detalles. Pero sus obras permiten deducir hechos históricos incuestionables. Son la profecía más estupenda y sorprendente que jamás se hizo sobre la pérdida de las Indias. Ningún autor habló como él, con tanta seguridad y precisión. A ratos, hay que confesarlo, sus palabras tienen sonos bíblicos y hoy nos parecen simplemente milagrosas. Fué el creador, como ya dijimos, de la escuela histórica que ve en la codicia e injusticia la causa principal de la ruina de América. Hoy, nuestras investigaciones permiten contemplar a este autor y su escuela con menos entusiasmo y más serenidad. Pasado el primer impulso de sorpresa y admiración, comenzamos por advertir dos hechos capitales: la generalización de todas las afirmaciones históricas y lo inexacto de la tesis relativa a la pérdida de las Indias. Miles de documentos hemos leído en los Archivos de España y de América, durante más de un cuarto de siglo, y no hemos hallado, en particular, los defectos que el marqués de Varinas muestra en forma tan general. Hemos encontrado tan sólo en algún fustigador de la iglesia acusaciones en globo que, a menudo, estaban dirigidas a una sola persona. El cambio de la sociedad americana y de

las ideas españolas es, sin discusiones, muy grande entre los siglos XVI, XVII y XVIII; pero estos cambios no responden a una falta de justicia tan absoluta, corrompida y, sobre todo, tan general, sin excluir un rincón de América, como expone el marqués de Varinas. Pudo haber injusticias en un caso, como las hay en cualquier tribunal de cualquier país; pero no se trata de una corrupción tan enorme. Los documentos no la muestran y si bien hablan de ella otros viajeros, como Jorge Juan y Antonio Ulloa, también es cierto que mintieron, estuvieron influidos por otras fuentes y se refieren a determinadas regiones de América y no a todo el Continente.

El marqués de Varinas, además, escribió bajo la influencia de sus propias observaciones, casos especiales que le habían tocado vivir, y la lectura de algunas obras trastornaron su mente. Dijimos que, a ratos, nos parecía escuchar, al leer sus páginas, la palabra del Padre fray Bartolomé de las Casas. Era, en efecto, el marqués de Varinas, un lector apasionado del obispo de Chiapas. Otros autores, propios de aquel siglo, que calumniaban a España, fundados, precisamente, en el Padre Las Casas, también tuvieron fuerte influencia sobre sus ideas. Entre estos autores hay que mencionar algunos españoles, como fray Luis Moreno, de México, y los que redactaron las *Bárbaras tiranías cometidas en las Indias por los españoles contra Dios y conciencia y contra el derecho natural*, aparecida en Amsterdam. Estos autores, "y otros infinitos", eran las fuentes del marqués de Varinas; autores exagerados, generalizadores, calumniosos y embusteros. Su obra es la denuncia de muchas injusticias y un indudable comienzo de absolutismo en América, pero no es un documento exacto, serio, que pueda considerarse un verdadero espejo de la sociedad hispanoamericana del Nuevo Mundo a fines del siglo XVII. Por el contrario, es una visión deformada, hecha en base a exageraciones e informes calumniosos.

En cuanto al valor histórico de la teoría del marqués de Varinas, que ve en la tiranía y en la codicia las causas de la pérdida de las Indias, ya sabemos que no está de acuerdo con la historia de la independencia americana. En primer término, el marqués de Varinas habló de pérdida de las Indias; no habló de Independencia. Pensó que España podía ser tan débil de dejarse conquistar las

Indias por tres naciones extranjeras: Francia, Inglaterra y Holanda. No tuvo la imaginación de suponer que los propios habitantes de América podían quedarse con sus tierras. Es ésta una equivocación gravísima, una falta de visión que echa por el suelo todas las profecías y todos los vaticinios del pesimista marqués. En una palabra: el marqués no pudo estar más equivocado. La historia demostró que sus vaticinios fueron los vaticinios más erróneos de todos cuantos se han hecho respecto a América. Francia nunca habría podido dominar a España y quedarse con una parte de América. Ni siquiera habría podido soñarlo, como, en efecto, nunca lo soñó. Inglaterra fracasó lamentablemente, vergonzosamente, todas las veces que se acercó a las playas americanas en son de conquista. El Almirante Vernon es un ejemplo, y no hablemos de lo que ocurrió a otros generales ingleses en Buenos Aires. En cuanto a Holanda, es realmente pueril que al señor marqués, justamente encarcelado por irrispetuoso y visionario, se le ocurriera pensar que tan pequeña nación, por el mero hecho de contar con una discreta marina, pudiera tomarse una parte del Nuevo Mundo. Por último, los planes portugueses ya sabemos, también, en qué quedaron. Las Indias, por tanto, no se perdieron, como parece a primera vista y profetizó el marqués, ni cayeron en manos de ninguna de las naciones que veía como futuras dueñas de América. Todo cuanto dijo el marqués resultó inexacto, equivocado desde las más hondas raíces. La pérdida no llegó jamás. Lo que llegó fué lo único que él no pensó ni pudo soñar: la invasión de España, no de América, por Napoleón. Lo que él creía que podía suceder al final, ocurrió al principio, y no a los seis años y medio como él calculaba sino a los ciento veintitrés. Y, en realidad, no sucedió absolutamente nada de lo que él vaticinó. América, en 1808 y en 1810, con la creación de sus Juntas, por una parte, a imitación de las que se habían creado en España, y los juramentos de fidelidad que lo mismo que las Juntas, hacían llegar a los reyes de España los gobiernos que reconocían al Consejo de Indias, se adhirió, de un modo entusiasta, delirante, al rey Fernando VII, a la corona, a España eterna y gloriosa. Nadie pensó en separarse sino en defender a España. La Independencia no llegó, tampoco, por ninguna de las causas estudiadas y descritas por el marqués de Varinas.

Llegó cuando el rey Fernando VII anunció que gobernaría sin libertad y sin Constitución, despóticamente. En América no se sentían, en aquellos años, las angustias que señalaba el marqués de Varinas en 1696 y 1697.

Había sus injusticias, un poco en todos los Tribunales, como en cualquier parte del mundo; pero no había ninguna desesperación, ni por exceso de codicia ni por demasiadas injusticias. América habría seguido fiel a España muchos siglos si Napoleón no la hubiera invadido y si Fernando, al volver al trono, no hubiese proclamado su odio a la Constitución y a la libertad. La independencia de las Indias, en síntesis, no nació de los hechos que describió el marqués de Varinas, ni de lo que él vaticinó, sino de la lucha por la libertad política, por una forma de gobierno, fundada en los derechos naturales de los hombres, que adoptaron esos españoles y esos neoamericanos o criollos que él veía tan abatidos, tan incapaces, y de los cuales nunca pensó que pudieran transformar el Continente en una serie de gloriosas naciones.

ENRIQUE DE GANDÍA

Reflexiones sobre un procedimiento de Platón

Fuera de los métodos fundamentales que han sido a menudo analizados, existen múltiples procedimientos de exposición que se emplean en diversos diálogos de Platón. No pretendemos hacer aquí su enumeración, sino insistir solamente sobre uno de entre ellos que se encuentra muchas veces puesto en valor, notablemente en las primeras obras. Se trata de una argumentación por la cual el interlocutor de Sócrates es conducido a utilizar ciertas fórmulas que serían perfectamente aptas para expresar las tesis del platonismo pero que tienen necesidad de ser especialmente precisadas, pues su examen más profundizado muestra que son empleadas por sus autores en un sentido inexacto, incompleto o indeterminado. Bajo la apariencia de una comunidad de pensamiento, del cual una fórmula idéntica podría dar la ilusión, se manifiesta una divergencia capital, o aun una ausencia total de concepción que importa esencialmente poner en claro, para evitar todo malentendido.

Consideremos primero el Alcibiades. Es éste un diálogo cuya autenticidad fué puesta en duda. Pero sería ésta la obra de un falsario que probaría simplemente la habilidad del autor para asimilarse, consciente o inconscientemente, el procedimiento del que hablamos y del cual vamos a dar además numerosos ejemplos.

Pues vemos en este diálogo a Alcibiades, urgido por Sócrates, declarar que la justicia reina en un Estado cuando cada uno llena allí su función propia. Esta noción de la función propia, que desempeña un papel esencial en la filosofía aristotélica, tiene su origen en el platonismo, donde ella no tiene un lugar menos importante. La definición debía pues ser satisfactoria a los ojos de Platón. Es necesario todavía que Alcibiades, al emplearla, le dé una significación precisa. Luego, el desarrollo del diálogo mostrará que eso no es así. Puesto en presencia del guerrero que llena su función propia haciendo la guerra, y de la mujer que llena también la suya hilando,

Alcibiades será enteramente incapaz de definir aquí la naturaleza de la relación que puede instituirse entre los dos. Y vemos bien cuál es, en este caso, la intención de Platón. Desea mostrar que esta noción no tiene un valor más que cuando está introducida en el conjunto de las cuestiones a las cuales ella se refiere necesariamente. Sin entrar en el detalle de estas cuestiones podemos sin embargo señalar dos que son particularmente importantes.

Primeramente, la función propia no puede determinarse sino por relación con un sistema orgánico al cual la función pertenece, a saber, en el caso particular, el Estado contemplado en su unidad; ella no puede, por otra parte, determinarse más que por relación a las cualidades y a las aptitudes naturales de los factores de los que se trata de fijar la colaboración. Luego, es evidente que Alcibiades ignora estos dos polos de referencia. No sabe nada del funcionamiento armonioso del Estado ni de las aptitudes respectivas del hombre y de la mujer. Una y otra de estas cuestiones serán, al contrario, examinadas por Platón con el más grande cuidado. En particular el problema de las aptitudes de la mujer será el objeto de un largo estudio en la República; Platón concluirá, al final de este estudio, que la mujer es inferior al hombre, pero que ella tiene, en el conjunto, las mismas aptitudes que él. Se podrá discutir la solución, pero siempre está largamente motivada y Platón se apoya sobre ella para abrir a la mujer todas las carreras masculinas, comprendida la de las armas. Nada muestra mejor la actitud de Platón que las argumentaciones del Político sobre el tejedor real; éste debe tejer la trama del Estado de manera que sea a la vez tan sólida y tan flexible como es posible. He ahí su fin. En cuanto a los medios los encuentra en la diversidad de los caracteres, de los que Platón nos da un cuadro notable, mostrándonos lo que ellos darían abandonados a sí mismos y lo que son, al contrario, capaces de dar cuando están disciplinados por su organizador. Hay allí además otro problema muy importante que ignora Alcibiades, es el de la distinción de los conjuntos o de la síntesis que exigen para constituirse elementos homogéneos o, al contrario, factores desemejantes. Es ésta una cuestión a la cual Platón da la mayor importancia. Sócrates la discute en particular muy largamente con Hipias en el Hipias mayor y se la

ve aparecer frecuentemente bajo múltiples formas, notablemente en el Teeteto. El problema es igualmente encarado en el plano específicamente social a propósito de los matrimonios. El autor del Político querría en esta materia que se preocupara de provocar la unión entre complementarios y, sin hacer de ello una obligación, la hace recomendar por el legislador. Si pasamos entretanto al Eutifrón nos encontramos en presencia del mismo procedimiento. Después de una larga discusión, concerniente a la cuestión de saber si la piedad consiste en hacer lo que es agradable a los dioses, tomando como fin este agrado planteado como arbitrario, o bien si la piedad tiene una esencia y una objetividad intrínsecas, de tal suerte que debe consistir en buscar un fin definible en sí mismo y en el cual los dioses mismos deben encontrar su agrado, se llega allí a una concepción de apariencia correcta y muy platónica: la piedad consiste en un servicio rendido a los dioses, que se traduce por una verdadera colaboración, y no solamente esta concepción es platónica sino aun se puede decir que es cristiana y hace pensar en la palabra del apóstol: "Del adjutores sumus". Pero en realidad, bajo su apariencia correcta, es enteramente insuficiente. En efecto, no se trata solamente de hablar de colaboración; es necesario saber también en vista de qué se colabora. Pues, Eutifrón interrogado por Sócrates, declara que, gracias a esta colaboración obtendremos la prosperidad de nuestras ciudades y de nuestras familias. Dicho de otra manera, ve en ella esencialmente un beneficio material a obtener, mientras que podría verse allí, al contrario, un medio de mejoramiento moral y de perfeccionamiento individual. Sin duda podemos considerar que la oposición es demasiado brusca entre las dos concepciones, y que Platón exagera al hablar, a propósito de la primera, de técnica comercial. Sin duda podemos pensar que hay allí una manera espiritual de solicitar aun los bienes materiales, introduciendo un acto de confianza, un homenaje rendido al poder y a la bondad de Dios. Pero nosotros vemos muy bien cómo el autor del diálogo es cuidadoso de hacer precisar la interpretación de una actitud que queda en sus formas extremas susceptible de ser interpretada en dos estilos enteramente diferentes.

El mismo procedimiento aun en el Hippias mayor cuando se trata de determinar la esencia de lo bello. A través de una serie de discusiones, a veces paródicas y que constituyen frecuentemente divertidas escenas de comedia, Hippias llega a dar una definición correcta de lo bello caracterizándolo por la conveniencia, pero percibe que el término de conveniencia es equivoco. Hay una conveniencia objetiva, por decirlo así, que pertenece a la naturaleza intrínseca de la cosa y que los artesanos conocen bien. Esta está orientada hacia la verdad y hacia la realidad. Hay también una conveniencia que está orientada hacia la ilusión y hacia la apariencia.

¿Cuál de las dos ha querido introducir Hippias en la definición de lo bello? E Hippias responde que ha tenido en vista la conveniencia dirigida hacia la apariencia. Luego el debate se liga todavía aquí a los principios más importantes del platonismo, a la división de las disciplinas en artes propiamente dichas o técnicas y en rutinas o recetas que constituyen simples falsificaciones de las artes propiamente dichas. Y esta distinción misma se relaciona con la del agrado, con la impresión subjetiva y con la cualidad intrínseca de la cosa, de lo que constituye en ella la esencia. Dicho de otra manera, la conveniencia vista por Hippias será la que realiza la composición, mientras que la verdad de la conveniencia es la que persigue el médico o el maestro de gimnasia.

Se hace cuestión también en el Hippias mayor, de los sentidos que son susceptibles de dar una satisfacción estética y se acuerda el no reconocer como tales más que la vista y el oído. Esta cuestión es, desde entonces, aún hoy, controvertida; y Guyau escribió una bella página sobre la sinfonía gustativa experimentada al beber una taza de leche perfumada durante una excursión por la montaña. Platón está aquí de acuerdo con Hippias pero existe entre los dos una profunda diferencia. Hippias se ha contentado, en efecto, con notar una situación de hecho que él cree haber observado. El no sabe del todo la razón de esta situación y no se preocupa de buscarla. Al contrario, Platón desea que se busque en la especificidad de los placeres producidos por estos sentidos privilegiados una razón de esta diferencia. La cuestión será examinada en el Filebo que, tratando del soberano bien, abordará necesariamente el problema del placer. Se per-

cibirá entonces que la esencia del placer consiste generalmente en la cesación progresiva de una ausencia, de una falta o de una necesidad. En la mayor parte de los casos no existe placer sin necesidad previa. No hay placer en calentarse, si no hay frío; en rascarse si no hay picazón; en comer si no hay hambre; en beber si no hay sed; de manera que los más grandes placeres son los que siguen a los más violentos deseos. Se es pues conducido para sentir de nuevo los placeres correspondientes, a recrear artificialmente las necesidades que ellos suponen. Y como dice Platón hay gente que no desearía vivir sin tener hambre o sed para poder apaciguar su hambre y su sed. Luego, sólo los placeres de la vista y el oído no están precedidos de esta falta; ellos son, diríamos, desinteresados o, más exactamente, no están ligados a ningún interés y precisamente este desinterés será más tarde para Kant, una de las características esenciales del placer estético. Para Platón, son todavía los placeres puros los que merecerán sólo entrar en la constitución del bien.

El Protágoras nos ofrece otro ejemplo del procedimiento que acabamos de indicar. En este diálogo, Platón trata muy particularmente de la cuestión de la unidad y la pluralidad de la virtud, cuestión que le preocupará hasta el fin de su vida, puesto que se la encontrará examinada en el último libro de las *Leyes*. Esta cuestión no es, desde luego, más que un caso particular de un problema más general, que es el del uno y del múltiple. Todos los historiadores de la filosofía griega señalan este problema como uno de los que han tenido el más amplio lugar, no solamente en el platonismo, sino en toda la especulación helénica.

En el transcurso de su discusión con Sócrates, Protágoras ha sido llevado a hablar de la virtud, ya sea como si constituyese una unidad, ya como si formara una diversidad. Es interrogado por Sócrates para saber cómo él concilia estas dos actitudes que parecen a primera vista contradictorias. Y, si hay una multiplicidad de virtudes, Sócrates pregunta si ellas tienen una multiplicidad homogénea y puramente numérica como las partes de un lingote de oro, o una multiplicidad cualitativa y heterogénea como las partes de un rostro. Protágoras se pronuncia por el segundo término de la alternativa, y es evidente que, en esto, parece estar de acuerdo con Pla-

tón. Pero el acuerdo sobre la fórmula y sobre la analogía considerada ¿prueba un acuerdo profundo? ¿Indica asimismo que Protágoras tiene en el espíritu una idea clara y distinta? La continuación del diálogo prueba que no es así y que Protágoras ignora en realidad totalmente la esencia de las relaciones del uno y del múltiple. Estas relaciones presentan, en efecto, dos aspectos fundamentales: de una parte, la virtud es como un principio inspirador, un poder dinámico de realización que, según los caracteres y las circunstancias, se particulariza en formas múltiples y da, de sí misma, una infinidad de expresiones sin perder su unidad. Tendrá de una parte, la virtud de la mujer, la virtud del hombre, la del ciudadano, la del niño, la del esclavo, la del padre y del hijo, de la hermana y del hermano. De otra parte tendrá la justicia, la temperancia, el coraje, la piedad, la sabiduría. Es así en la virtud como en la ciencia, como en la justa medida, como del otro o del no-ser con respecto a los cuales Platón trae exactamente la misma afirmación. Se puede asimismo comparar esta actitud con la de Descartes al comienzo de las *Regulae*, cuando nos dice que las diferentes ciencias no son más que formas particulares de la ciencia en general que, traducéndose bajo todas estas formas, no pierde su unidad, como la luz del sol cuando ilumina los objetos más diversos. Hay allí una actitud de matemático. Mientras que, para un lógico que concibe el mundo bajo la forma de una jerarquía de géneros y de especies o para un empirista que se instala primeramente en lo sensible, la extensión y la comprensión de las ideas varían en sentido inverso, siendo la idea de ser, finalmente, la más extensiva y la menos comprensiva, para un matemático la comprensión y la extensión varían en el mismo sentido. La definición general del triángulo, porque es generadora, engloba como simples particularizaciones o como simples modalidades de su acción, la esencia de los triángulos particulares. Descartes nos hace así, de una manera muy neta, esta actitud cuando nos habla de la "cogitatio". Esta "cogitatio", dice, no es un "conceptus communis" que se habría extraído como un elemento de similitud del conjunto de los fenómenos psicológicos particulares; es verdaderamente el principio immanente que da su forma a todos los fenómenos psicológicos y que se debe necesari-

riamente encontrar en todos. En este punto de vista, se puede decir que la idea general, encarrada en su forma dinámica, aparece realmente como un universal concreto. Es igualmente así como Spinoza concibe el poder divino con sus atributos.

El segundo aspecto de las relaciones del uno y del múltiple, en el platonismo, consiste en la subordinación funcional de la parte al todo. Es esto aun lo que no ve Protágoras. El no se da cuenta, al comparar las diversas virtudes con las diferentes partes del rostro, que esta comparación podría proporcionarle la solución de la cuestión. En efecto, las partes del rostro no son simplemente cualitativamente diferentes, sino espacialmente agrupadas y complementarias; colaboran, como de una manera general nuestros diferentes sentidos, a la realización de un efecto global que es la existencia y el mantenimiento de la vida. Esto hacen las virtudes. Son esencialmente funciones que sirven para la existencia y el mantenimiento de la organización estática y psicológica. Si una de ellas peca por exceso o por defecto, cesa de ser lo que hubiera parecido ser aisladamente, es decir, una virtud, porque ella trae el desarreglo del sistema del que forma parte. Vemos precisamente, en las obras de Platón, y notablemente en las *Leyes*, que el defecto de la mayor parte de los legisladores es tomar en consideración, de una manera demasiado exclusiva, una u otra de las virtudes; es el caso, por ejemplo, del legislador espartacista que ha dado al coraje una importancia exagerada.

El Gorgias nos presenta un ejemplo del mismo tipo. En el Gorgias interviene el famoso sofista Calicles, cuyas teorías han sido comparadas con las de Nietzsche. En su *Apología de la fuerza*, en alguna de sus expresiones como por ejemplo en la afirmación de que los débiles han roído las garras de los fuertes como se hace con los cachorros de león para impedirles hacer daño, en su tesis de que la justicia tal como es generalmente concebida es una invención de la multitud para amordazar a los poderosos, parece, en efecto, ser el precursor del filósofo alemán. Pero no es necesario llevar, sin embargo, más lejos la analogía. En efecto, la fuerza nietzscheana está al servicio de una creación; está destinada a engendrar el superhombre; implica la entrega del individuo a un ideal de progreso y supone una especie de ascetismo mis-

tico; Nietzsche no tiene sino desprecio por el hedonismo, por la busca del placer como tal; quiere que el hombre sea vencedor de sí mismo, declara que tiene en sí el yunque y el martillo, que debe ser el escultor de su propia templanza divina del séptimo día. La doctrina de Calicles, al contrario, no es más que un hedonismo exagerado, donde toda satisfacción debe ser dada al máximo posible de las pasiones. Esto es precisamente lo que lleva a poner en luz la discusión con Sócrates cuando las fórmulas empleadas por Calicles hubieran podido aparecer en el primer momento como estrictamente platónicas. En efecto, en el curso de la discusión, Calicles, invitado por Sócrates a definir lo que en último análisis entiende por los mejores, por estos hombres que tendrían todos los derechos en estado de naturaleza, llega a declarar que son los más sabios y los más valientes. Pues esta discusión está enteramente conforme con la concepción platónica de la virtud. Se cree, en efecto, a menudo equivocadamente, que Platón ha hecho consistir únicamente la virtud en la sabiduría o la ciencia del bien, pero, en realidad, no es así. Todos los textos prueban, al contrario, que en él la virtud supone, fuera de esta ciencia, lo que el cristianismo llama la virtud de fortaleza y lo que él mismo llama coraje, es decir, una intervención del thymos, indispensable para que la ciencia del bien se traduzca en actos.

¿Pero Calicles entiende por sabiduría y coraje la misma cosa que Platón? Evidentemente no, pues la sabiduría, para Calicles, consiste en el arte de saber multiplicar sus pasiones, de saber llevarlas al máximo de poder y de diversidad, y después, en el arte de descubrir los mejores medios de satisfacerlas. En cuanto al coraje, consiste en una ausencia total de escrúpulos y en una voluntad inquebrantable de satisfacer sus deseos. Así, Calicles, interrogado por Sócrates sobre lo que él entiende por dominación y en particular si él se refiere a una dominación sobre sí mismo, responde que tal dominación es el patrimonio de los débiles y de los tontos. Así Platón conduce a menudo al interlocutor hasta el punto en que la exactitud de una fórmula podría hacer creer por error en la exactitud de una doctrina. En este momento, en particular, se propone efectuar la rectificación o aportar

la precisión necesarias, sea en el diálogo mismo, sea en una serie más o menos larga de diálogos posteriores. Se encarga, a veces, de decirnoslo él mismo. Así, por ejemplo, en el *Eutifrón* señala el punto preciso en que el interlocutor va a enunciar una verdad de la cual luego se aleja. "Decididamente, dice Sócrates, no está en tu ánimo el instruirme, lo veo bien. Tú estabas hace un momento a punto de hacerlo, y bruscamente me has ocultado tu respuesta. Si me la hubieras dado, hubiera aprendido de ti lo que es ser piadoso y estaría satisfecho (14 §)".

PIERRE LACHIEZE-REY.

Revue Philosophique.

P. U. F., París, Enero-marzo, 1956.



La ciencia de la Paleontología

✓ Todos aquellos que han visitado el Museo de La Plata, se habrán preguntado alguna vez al llegar a la Sección Paleontología: ¿cuál es el origen de todos esos grandes vertebrados?, ¿cómo han vivido esas formas? ¿de qué se alimentaban?, ¿con quiénes convivieron?, y como éstas, un sinnúmero de preguntas más. Pues bien, estas mismas preguntas se repitieron los hombres en épocas remotas. Pero, antes de llegar a la idea de que esos elementos óseos pertenecieron a animales de una fauna completamente extinguida, fué necesaria una larga época de ensayos.

Hoy hablamos con absoluta seguridad de restos fósiles pertenecientes a formas que vivieron en el pasado y que caracterizaron las distintas épocas de la historia de la evolución y configuración de la tierra.

Aunque parezca sorprendente fueron necesarios siglos enteros para que tan sólo pudiera admitirse que esos restos, que ahora llamamos fósiles, hubieran pertenecido a animales o vegetales que vivieron sobre la superficie de la tierra en forma semejante a la fauna y flora que actualmente la puebla. Lo que para nosotros ahora resulta claro, para los hombres del pasado fueron incógnitas que necesitaron una lenta progresión para llegar a despejarse y constituir postulados que hoy en día no admiten discusión.

Poco a poco, fueron aumentando aquellos que sintieron la curiosidad de averiguar qué representaban esos restos y así se fué creando esta rama de las Ciencias Naturales que se ocupa de ello, la Paleontología.

Hagamos un poco de historia y apreciaremos cuál fué la evolución y los progresos que sufrió a través de los años, porque fueron necesarios varios siglos para que la Paleontología se constituyese como ciencia, es decir, para llegar al concepto que posee como tal en nuestros días.

La Paleontología es, por su etimología griega (*Paleo* = antiguo; *onto* = el ser; *logos* = razón), la ciencia

que estudia los seres orgánicos que han vivido sobre la superficie terrestre con anterioridad a la época actual, y busca la razón de su existencia, así como las relaciones entre ellos y su ordenación en el tiempo.

La antigüedad concedió un interés muy escaso a los restos fósiles. Entre las obras más antiguas en que se trata de restos fósiles merecen ser citadas las de Xenófanos (600 años antes de Cristo), el cual dedujo de la observación de las conchas fósiles de Siracusa, Paros y Malta, que la superficie terrestre había presentado en tiempos remotos un estado fangoso. No obstante esto, los sabios de la antigüedad ignoraron las relaciones existentes entre los animales prehistóricos y actuales.

La obra histórico-natural más importante de la antigüedad fué la Historia Natural, de Aristóteles, en la que no se hace mención de los seres petrificados. Si consideramos que la obra del gran estagirita constituyó el fundamento de la ciencia histórico-natural de los primeros tiempos medievales, no es de extrañar la absoluta falta de interés por el problema de la procedencia de los restos petrificados de plantas y animales que aparecían en las rocas. El imperio de las ideas contenidas en los libros de Aristóteles era tan grande que a nadie se le ocurrió intentar profundizar en el conocimiento de una flor o de una abeja. Menos aún podían llamar la atención los restos fósiles.

Así llegamos al siglo XV sin que se tuviese una idea o tratara de explicarse el origen de esas petrificaciones con formas de seres animales o vegetales. Hasta este siglo la Paleontología pasaba por lo que se llama "Período fantástico", en el que el hallazgo de restos fósiles despertó las más descabelladas teorías acerca de sus orígenes. Surgió así la idea de que estas petrificaciones no eran, en opinión de la mayoría de los sabios, verdaderos restos de plantas y animales, sino "caprichos de la naturaleza" (*lusus naturae*, según la denominación que le daban). Para ellos las rocas poseían un poder especial o fuerza natural que creaba estas petrificaciones. Es lo que llamaron *Virtus formativa* o *vis plastica*. Sin embargo, esta creencia no fué general, ya que uno de los más célebres sabios del siglo XIII, el conde Albert von Bollstaedt, llamado generalmente Alberto Magno, admitió la posibilidad de que las petrificaciones no fuesen exclusivamente

producto de la virtud formativa, sino que también pudieran petrificarse auténticos restos de cadáveres animales o vegetales. Empero, a esta idea tan sensata, no se le concedió ninguna importancia y así se continuó creando absurdas y fantásticas teorías.

En los escritos de Georg Bauer, llamado Agricola (1494-1555), hállese la afirmación de que los dientes fósiles de tiburones, o glosopetros como los llamó Plinio, no eran otra cosa que "porciones de agua endurecida".

Los autores de los siglos XVI y XVII, estaban casi completamente de acuerdo en admitir que era la vis plastica la que formaban las notables "piedras figuradas", que era el nombre que daban a las petrificaciones o fósiles.

Todavía a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, algunos autores sostenían obstinadamente estas extravagantes opiniones.

Una circunstancia especial redujo al absurdo la hipótesis de la vis plastica y la condenó para siempre al ridículo. La pasión coleccionista del profesor de Historia Natural en la Universidad de Würzburg, Johannes Bartholomaeus Beringer, sugirió a sus alumnos la idea de jugarle una mala pasada. Enterraron estos lapides figurati artificiales en una de las canteras que Beringer solía visitar para recoger ejemplares. El crédulo colector, obseñado por la idea de la vis plastica, encontró, con gran asombro por su parte, soberbios ejemplares de ranas en cópula, figuras del Sol, de la Luna y de las estrellas con sus correspondientes rayos, insectos de diversas especies, salamandras, pájaros y caracteres de escritura hebrea. Entusiasmado, como es de imaginar, con estos valiosos hallazgos, los describió en un magnífico volumen (1726). Finalmente, en una excavación ulterior apareció una piedra figurada con el nombre de "Beringer", lo cual hizo comprender al profesor que había sido víctima de una broma. Trató, entonces, por todos sus medios, de recoger la edición entera de su obra y destruirla, pero se salvaron algunos ejemplares que él no pudo hallar, y en 1767 salió a luz una segunda edición de este curioso libro, que alcanzó gran difusión. Tenemos que agradecer a los irrespetuosos estudiantes de Würzburg el haber reducido al olvido, para siempre, la absurda teoría de la vis plastica y haberla condenado al ridículo.

Habían caído por tierra esas teorías que durante tantos siglos estuvieron en boga y a las que se aferraron tenazmente los mejores sabios; pero —y ahora ¿qué explicación se daría a todas esas petrificaciones?—, ¿cuál era su origen? Tratóse entonces de sacar otra vez a la luz del día las obras antiguas que durante largo tiempo habían estado arrinconadas, y en las que se interpretaban las petrificaciones como auténticos restos de animales y plantas. Empezaron de nuevo a ponerse de moda las ideas acertadas de Leonardo de Vinci (1452-1519). Este, uno de los hombres más cultos y comprensivos de su época, trabajando en su juventud como ingeniero en la construcción de canales en el Norte de Italia, había encontrado muchas conchas marinas petrificadas, de lo cual dedujo la consecuencia lógica de que estos animales debían de haber vivido en aquel lugar y que, por consiguiente, el mar había cubierto en algún tiempo la Italia septentrional.

No podemos menos de preguntarnos: ¿cómo es posible que esta interpretación, la única y evidente, no hubiese sido aceptada, y que transcurrieran siglos para llegar a convertirla en un postulado? Realmente, ahora, nos resulta casi incomprensible.

Pero, aceptadas y comprobadas en general estas opiniones, había que explicar cómo llegaron esos restos orgánicos a depositarse en tierra firme cuando su origen se encontraba en las aguas marinas. El explicar el origen de los restos vegetales continentales era algo que no presentaba muchos inconvenientes, pero, ¿cómo se explicaba la presencia de esos estratos cuajados de conchas marinas? Nació entonces la escuela de los Diluvianos, que alcanzó gran predicamento durante el siglo XVIII y cuyos restos últimos no se extinguieron hasta mediados del siglo pasado. Estos explicaban que las inundaciones producidas durante el Diluvio, arrastraron sobre las superficies de los continentes las faunas que las aguas marinas albergaban en su seno. Hubieron, no obstante, quienes se opusieron enérgicamente a estas hipótesis de los diluvianos, como por ejemplo Alessandro degli Alessandri y Hieronymo Fracastoro. Concienzudamente ellos se preguntaban: ¿es posible que una inundación hubiese durado el tiempo necesario para formar las potentes capas sembradas de restos de cadáveres? Además, decían, con

acertado criterio, que los restos cadavéricos procedentes de la inundación no hubiesen podido haber penetrado profundamente en el espesor de las rocas, sino que hubieran quedado dispersos en la superficie del terreno.

Pero, era natural que estas opiniones no tuvieran la aprobación general cuando se vivía en una época en que las cosas eran juzgadas con un espíritu demasiado estrecho.

Así, sabios como Johann Jakob Scheuchzer (1672-1733), aceptaron con entusiasmo esta teoría y, más aún, él trató de aportar nuevas pruebas en su favor. La coronación de la obra de toda su vida fué el hallazgo de lo que llamó un "ímpio pecador", ahogado durante el Diluvio, al cual designó con el nombre de *Homo diluvii tristic testis*, y cuyo retrato trazó, diciendo que era "la triste osamenta de un antiguo pecador, que ablandaba las piedras y los corazones de los nuevos hijos de la perversidad".

Fué C. George Cuvier, quien demostró que este supuesto hombre del Diluvio, cuyos restos se conservan en el Museo de Teyler, en Haarlem, era una forma afín con la salamandra gigante japonesa.

Poco a poco nos acercamos a la época moderna en que comienza el estudio científico del mundo animal y vegetal prehistóricos. Pero falta mucho aún para que la Paleontología adquiera el cuerpo necesario para llegar a establecer los fundamentos que sustentan a la Paleontología actual.

A esa época que hemos llamado "Período fantástico de la Paleontología", sigue otra en la que las investigaciones paleontológicas son realizadas por los geólogos o geólogos. Estos no poseían suficientes conocimientos biológicos como para apreciar el valor biológico de dichos restos fósiles; mostraban por los fósiles un interés unilateral, ya que les servían para la determinación de las rocas cronológicamente distintas. Los zoólogos y botánicos, que eran quienes con mayor autoridad podrían haberlos estudiado, no se interesaron vivamente, mostraron escaso interés por las petrificaciones, posiblemente a causa de que estos restos eran, con frecuencia, demasiado incompletos para que de ellos se pudiera deducir la organización del animal extinguido.

Surge aquí George Cuvier. Comprendió este gran sabio, con clara perspicacia, que si bien los restos de animales

invertebrados son insuficientes para hacernos conocer la organización que tenían, en cambio las partes esqueléticas y dientes de los vertebrados fósiles nos proporcionan datos suficientes como para darnos una idea de la organización completa de aquellos seres.

Entendió que los conocimientos sobre el esqueleto de los vertebrados vivientes que a la sazón se tenían, eran muy escasos, por lo que se aplicó a su estudio con toda dedicación. De esta manera pudo establecer comparaciones con los esqueletos de las especies extinguidas y sacar consecuencias acerca de la diversidad o identidad de las formas vivientes y fósiles. Enunció así la "ley de la correlación", que establece que es posible deducir la organización de un animal entero por el examen de un solo elemento esquelético que, en apariencia insignificante, es importante desde el punto de vista anatómico. Cuvier, con estos estudios, vino a demostrar algo que hoy pertenece al dominio vulgar. Hasta ese momento todas las investigaciones paleontológicas realizadas se asentaron sobre la base errónea de que todos los animales y plantas petrificados, por extraña que pudiera ser su forma, debían ser considerados como restos de seres semejantes a otros que todavía viven, pero —como decían—, ocultos en algún lugar escondido o habitando los parajes desconocidos de la superficie terrestre. La consecuencia inmediata de las investigaciones de Cuvier, fué el reconocimiento de la existencia de especies extinguidas en las rocas de épocas remotas. Pero Cuvier cayó en el más grave error, pues él llegaba a la conclusión de que las faunas y floras fósiles habían sido aniquiladas por grandes cataclismos, ya totalmente, ya parcialmente, por haberse librado de la destrucción un reducido número de individuos. Tales cataclismos debían —según era su creencia— haberse repetido con frecuencia en el transcurso de los siglos. Por esta razón se atribuyó a Cuvier la creencia en nuevos actos de Creación que siguieron a cada cataclismo. En realidad fué Alcide d'Orbigny (1802-1857), el autor de la genuina "teoría de las revoluciones o de los cataclismos". Según este autor el número de actos de creación del mundo orgánico se eleva a 27 ó 28. Los naturalistas de los tres primeros decenios del siglo XIX admitieron, casi sin excepción, la teoría de las revoluciones,

pero ésta no llegó a arraigar en Inglaterra ni en Alemania.

Pero al brillante progreso en la Paleontología realizado por C. G. Cuvier siguió un periodo relativamente largo de estancamiento. El estudio de los fósiles continuó siendo, casi exclusivamente, del dominio de los geólogos, los que poco a poco se fueron alejando del aspecto biológico que su conocimiento imponía, hasta llegar a ser, más que unos estudiosos de la historia de la vida, estudiosos de la secuencia estratigráfica de "pequeños objetos" que llegaron a fosilizarse. De esta manera, en muchos casos, se perdió la perspectiva y la filosofía del estudio de la vida del pasado a causa de que los fósiles, más que los restos de organismos que algún día estuvieron dotados de vida, eran para ellos las "marcas" o "señales" que sólo servían para indicar la antigüedad de las rocas que los contenían.

Si bien es cierto que este mal perdura aún en nuestros días y en nuestro medio, los verdaderos paleontólogos se mantuvieron activos desde los lejanos días de Cuvier y mucho se ha avanzado desde entonces. Nadie puede negar en la actualidad que cuando se intenta el estudio de cualquier forma animal, ya sea que nuestro interés resida en establecer sus relaciones, estructura, comportamiento, etc., el conocimiento de su historia evolutiva es absolutamente necesario para llegar a tener una adecuada comprensión de su naturaleza.

El pronunciado resurgimiento en los últimos años del siglo pasado del estudio de la evolución y, muy especialmente, de los procesos evolutivos, trajo aparejados nuevos impulsos a la Paleontología, la que comenzó a perder lo estático que en ella había con la introducción de un nuevo concepto dinámico. Pero este nuevo impulso se debió a los estudiosos de los vertebrados fósiles más que a los de los invertebrados, ya que ellos fueron los paleontólogos que abrieron un nuevo frente en la interpretación de la evolución orgánica. El aporte de la Paleontología a la interpretación de estos problemas biológicos fué incrementándose por imperio de nuevos y felices genetistas. Entonces, junto a la legión compuesta por los genetistas, taxonomistas, zoogeógrafos, se hallaron los paleontólogos, quienes, con un nuevo concepto de los datos aportados por los fósiles, introdujeron uno de los más significativos



avances en la búsqueda de la solución de los problemas de la Evolución.

El estudio de la anatomía y la posición sistemática de las especies fósiles, el intento de averiguar su configuración externa, la constitución de un organismo, su modo de locomoción, los lugares de su residencia y su manera de alimentarse, no fueron más que los medios de que se valía la Paleontología para determinar la genealogía, es decir, el origen de los animales y vegetales vivientes.

Todos esos seres inertes que hallamos en las salas de un museo como el nuestro, son los auténticos documentos de la historia de la vida. Los magníficos dioramas que la Naturaleza nos brinda en los diferentes rincones del suelo que habitamos, no son más que el resultado de un largo proceso histórico que comenzó hace ya más de 500 millones de años. De ese archivo natural que constituye la corteza terrestre se extrajeron esos documentos, a cuyo estudio se debe el que hoy tengamos el conocimiento de la aparición, evolución y ocaso de incontable número de seres que, diversificados en infinitas ramificaciones, conducirían a nuestra fauna y flora vivientes.

ROSENDO PASCUAL

El magisterio de Carlos Vaz Ferreira

Vaz Ferreira vivió bastante como para asistir, desde la altura de una lúcida ancianidad, a la justa difusión de su obra. Su muerte, acaecida en los primeros días de este año, se produce en momentos en que la editorial Losada ha empezado a publicar algunos de sus textos menos asequibles, conferencias y reflexiones que se agregan útilmente a las obras mayores y completan el perfil de la personalidad intelectual más importante del siglo XX uruguayo. El volumen inicial de la serie¹ proporciona quizás el mejor acceso al pensamiento del filósofo, demuestra la rigurosa actualidad de sus ideas y permite advertir, a través de la riqueza ondulante y fermental de un estilo peculiarísimo, las más valiosas constantes de su espíritu. Desde la discusión de cuestiones epistemológicas todavía palpitantes hasta el enfoque de los conflictos morales de nuestro tiempo, pasando por sus proyectos —que le fueron siempre tan caros— sobre parques escolares y enseñanza superior no profesional, el lector puede formarse un concepto acabado de los problemas que han interesado a nuestro pensador y de la indeclinable actitud crítica y constructiva que ejerce al abordarlos.

Si el reconocimiento a la ingente obra de Vaz Ferreira, así como la reverencia hacia su persona, no han de quedarse en una admiración puramente exterior, será necesario afrontar con resolución la única tarea, para nosotros imprescindible, que vale por un homenaje auténtico: darnos clara cuenta de lo que esa obra y esa persona han significado para la cultura y, más radical-

1. *Algunas conferencias sobre temas científicos, artísticos y sociales* (1ª serie), 1956.

mente, para la vida misma de nuestros países. Podemos estar seguros de que el Maestro no admitiría ninguna prueba mejor de su relevancia histórica: él, que buscó ser eficaz en el pleno sentido de la palabra, del modo como puede serlo un profesor y conferenciante cuya actividad sirva de vehículo a un incansable oficio de analista preocupado por aquellos temas, lo mismo ideológicos que prácticos, que provocaban la reacción de su inteligencia y de su sensibilidad. Ya es tiempo de apreciar en conjunto esa influencia que ha irradiado en tantas direcciones. A ello apuntan las consideraciones que siguen, aunque su autor tenga que apresurarse a asignarles el carácter de un esbozo imperfecto.

Por de pronto, pensamos que Vaz Ferreira debe ser estimado en su propio terreno, el de un espíritu en permanente ejercicio de la docencia pública. No sabríamos decir cuánto pudo limitarlo esta circunstancia decisiva en lo que atañe a las posibilidades de la reflexión pura, ajena a todo otro cuidado que no sea la estricta consecuencia a las ideas. Pero si nos parece evidente que este rasgo define una forma, en el perfectamente lograda, del trabajo intelectual, que llegó a hacerse consustancial con su temple filosófico. Cuesta imaginarlo —es casi una contradicción en los términos— entregado a la meditación que no se vierte, que no se despliega en las animadas palabras de la lección o la conferencia; esas palabras aún hoy casi audibles que conservan la virtud de restablecer, con la eficacia original, la comunicación directa. Muchas veces se ha recordado que su identificación con la enseñanza llegaba hasta el punto de hacerse imposible vivir sin la cátedra. Y no es extraño que, en algunos momentos, esta especie de fatalidad se le haya aparecido como una frustración de su tarea como pensador. Exasperado por motivos incidentales, no siempre un hombre es enteramente consciente de la inextinguible vocación en que se realiza. Así, no podemos dejar de ver una cierta incompreensión, sin duda explicable, de su verdadera índole, en la observación retrospectiva que el propio Vaz Ferreira ha hecho en este párrafo por otra parte revelador: "En el ejercicio de la enseñanza, y en los cargos públicos que en ella desempeñé, todas mis aspiraciones intelectuales

fueron dominadas y, para lo especulativo, esterilizadas, por el fervor de educar"².

Lo que sostenemos, en efecto, como primera aproximación a la naturaleza filosófica de Vaz Ferreira, es que, sin que importen para el caso las conabadas clasificaciones biopsíquicas, era la suya una constitución extravertida que rendía sus mejores frutos cuando se dejaba guiar por aquellas inquietudes, en apariencia nada excepcionales, que solo en unos pocos espíritus dan origen a la transfiguración, en un plano superior, de las inmediatas urgencias de la cotidianidad. Su pericia inimitable radicaba en el método; un método, agreguemos, hecho de generosidad de alma tanto, por lo menos, como de lucidez mental. Por lo demás, nos atrevemos a asegurar que pierde el tiempo quien se empeñe en buscar algún secreto inconfesado detrás de esta absoluta publicidad de su modo de ser.

Los numerosos años de su actividad estuvieron dedicados a una incansable labor de esclarecimiento, comprometida siempre con lo sustancial, que nos gustaría comparar —por la dilatada trayectoria que los aproxima, por la constante atención a los problemas reales que los vincula— con la obra de John Dewey, su coetáneo norteamericano. En este lapso, tan decisivo para la organización política y social del Uruguay contemporáneo, la inteligencia de Vaz Ferreira se inclinó sobre las cuestiones más diversas, sin otra limitación —y esto debe hacerse constar con insistencia— que la de tratarse de asuntos que, de manera más o menos directa, afectaban a la vida de los hombres concretos, ciudadanos de su patria o jóvenes de la nación futura, que se hallaban siempre presentes en el horizonte de su afán intelectual y práctico.

A ninguna altura de su dilatada evolución se satisfizo con el trabajo de la teoría pura, de la especulación que se cierra en sí. No era el suyo el pensamiento que se

2. *Fermentación*, Prefacio, págs. VII-VIII. (El subrayado es nuestro). Todo este Prefacio es un texto fundamental sobre el carácter que Vaz Ferreira atribuyó a su obra así como sobre las condiciones en que tuvo que desarrollarla.

plena a sí mismo; pero, a cambio de esta beatitud que, buscada por una mente nada más que humana, arriesga degenerar en esterilidad, conoció la seducción de lo real, aplicó su privilegiada aptitud crítica a las situaciones de aquí y de ahora que le parecían necesitar una discusión esclarecedora o una corrección ponderada.

Esto no amenguaba en nada (¿por qué habría de hacerlo?) la profundidad de una labor así fecundada en contacto con las tareas de la docencia. Tal vez nos obligue, eso sí, a rectificar algunos conceptos comunes sobre lo que constituye verdaderamente la intensidad de una obra de pensamiento. Sin duda es imposible que haya grandeza intelectual alguna (o grandeza humana, simplemente) allí donde no hay autenticidad de reflexión, fidelidad a las seguridades realmente alcanzadas o, acaso, sólo entrevistas. Pero esto es perfectamente compatible con el estado de comunicación en que se coloca el enseñante sin misterio, sin repliegues inaccesibles a la relación interpersonal; para usar una prestigiosa fórmula hegeliana, digamos que lo interior puede llegar a coincidir con lo exterior. Es, en cambio, comprensible que un pensamiento que de este modo se constituye, se hace y se rehace sobre la marcha de la transmisión más sincera, produzca la impresión engañosa de hallarse desposeído de toda jerarquía trascendente; de la misma manera que, inversamente, hay buenas probabilidades de padecer la ilusión opuesta ante ciertos textos sibilinos que, en definitiva, no pasan de simular una profundidad inexistente.

La hondura filosófica, a diferencia de la genialidad científica, es una cualidad que se presta a múltiples malentendidos, y sólo el prejuicio lleva a creer que aquella se identifica necesariamente con la celosa guarda de un misterio intransferible o con la férrea articulación de un sistema imponente. (Si lo primero fuera exacto, anotemos de paso, deberíamos decidimos a declarar superficiales, por ejemplo, a Descartes y a Kant, dos representantes inequívocos del filósofo a plena luz). Porque, para volver a nuestro caso, es indudable que no hay una esotérica vazferreiriana, que no existen doctrinas no escritas, o no dichas, del Maestro. Al contrario: nadie descubrió nunca con tan perfecta buena fe el mecanicismo íntimo de su inteligencia, el fondo mismo de su personalidad filosofante.

En Vaz Ferreira, la adhesión a una tesis se sitúa siempre al nivel de la claridad que se ha conquistado a su respecto; la psicología no se separa de la lógica, el afán de afirmar no violenta la certeza. Precisamente, lo que ha reclamado con mayor insistencia es que los pensadores confiesen, como hombres obligados a la más severa honestidad, hasta dónde y en qué grado ven con nitidez las proposiciones que sustentan, suprimiendo la distancia que a menudo media entre las vacilaciones del espíritu que busca —el zetetikós, en el sentido genuino— y la falsa seguridad del espíritu que afirma sin reservas.

Se comprende sin dificultad que Vaz Ferreira haya rehuído siempre las construcciones sistemáticas cerradas y que haya escrito páginas inolvidables contra el espíritu de sistema, esa forma de la impaciencia que ha rendido y rinde frutos tan funestos en el terreno especulativo como en el práctico. No es sólo que su temperamento le impedía simpatizar con las doctrinas outrées: sabía, además, hasta qué punto las simplificaciones que responden al monopolio de una idea, llevan a desconocer la complejidad de la experiencia, pretendiendo reemplazarla

3. Sabemos que, entre las muchas filiaciones posibles de esta actitud, a Vaz Ferreira le agradaría sobre todo la ilusión, en este punto, a J. M. Guez, por quien manifestó siempre una simpatía que, de rechazo, sirvió para comprenderlo a él mismo. Los fragmentos siguientes de *Unidignia de Fecundar* podrían valer como lema para buena parte de la obra vazferreiriana, si no para toda ella.

"La suspensión voluntaria del juicio, a la que llamamos duda, señala un estado de espíritu extremadamente adelantado. En el niño y en el salvaje, el pensamiento afirma su objeto al pensar; no sabe reverter en aprobación, desconfiar de su propia inteligencia o de la de los demás. Se necesita una cierta humildad, de la que son incapaces los espíritus demasiado inmaduros, para decir: esta puede ser, pero también puede no ser, —en otras palabras: no sé—. Hay que tener entonces paciencia para verificar con cuidado lo que se cree, y la paciencia es la más difícil de las valentías.

"El ideal del filósofo sería una correspondencia perfecta entre el grado de probabilidad de las cosas y el grado de afirmación interior. Se requiere que nuestra conciencia reprodujera exactamente nuestra ciencia con sus demostraciones y sus vacilaciones, todo a un tiempo. Si una inteligencia primitiva no puede revertirse a permanecer en suspenso, es incapacidad de afirmar, una inteligencia más perfecta se veonca en que la verdad de lo que está sujeto a duda. (...) Llamemos, para cortocircuitar a lo que es verdaderamente, creencia plausible o probable a lo que es posibilidad o probabilidad".

con esquemas abstractos. "La naturaleza es más aguda que los doctos", decía William James, y Vaz Ferreira estaba muy cerca de compartir la penetrante observación del filósofo norteamericano, no obstante los graves y, en muchos casos, definitivos reparos que hubo de oponer al autor de Pragmatismo.

La Lógica viva es una vasta, incansable lección de ese necesario empirismo que consiste en estar alerta para los matices de la realidad humana, para el claroscuro de las transiciones que con frecuencia defraudan, como es inevitable, las predicciones de un entendimiento demasiado adherido al ídolo de la geometrización y de la simetría. La gran tesis de este libro impar, su tema único, es la regla que aconseja evitar la tentación del ahorro de energías; una norma que, por su propia naturaleza, resulta inepta para transformarse en una simple técnica de aplicación infalible. Es economía de esfuerzos la falsa oposición, que excluye factores que debieran tomarse como concurrentes; lo es, asimismo, la precisión indebida del saber; lo es, también, la resistencia a admitir el valor de las soluciones relativas, perfectibles. Y, por encima de todo, el más persistente enemigo de lo razonable: la tendencia a descreer de toda iniciativa o interpretación que no ofrezcan el carácter de una construcción rígida, invulnerable. Puesto que a Vaz Ferreira no le disgustaba servirse de imágenes tomadas de la medicina, no sería quizá desatinado hablar de una constitución esquizoide del espíritu de sistema.

Lo que hará siempre de la Lógica viva una obra singular, es el sentido humano, moral, de esta inusitada teoría de los sofismas, querremos decir: su intención de mostrar, subyacente al paralogismo, la vivida estructura de un alma enferma. La crítica del error parece recuperar aquí la significación que poseía en la refutación socrática y que se halla ausente en Aristóteles, quien, sin embargo, la emprendió en una perspectiva mucho más próxima a lo que hoy acostumbramos llamar "lógica". Vaz Ferreira está más interesado, como Sócrates mismo, en la orientación de la vida que en el juego de las ideas; o, mejor, le importa la coherencia del pensamiento en cuanto ésta puede fomentar (o, al contrario, impedir) modos superiores de concordia humana. El pensamiento

recto, la indeclinable vigilancia ejercida sobre sí para evitar que el "grado de afirmación interior" desborde al dimiento mutuo, encauza la acción por las vías de la búsqueda progresiva. El error no es única, ni principalmente, la infracción de ciertas reglas formales: es, ante todo, el vicio de una inteligencia que mutila la integridad de la experiencia y se complace en acogerse al simplismo de las posiciones irreductibles.

Como toda pedagogía digna de ese nombre, la de la Lógica viva contiene una exigencia que es energética en su intención fundamental, aunque sea también amable en la manera de proponerse. El sistematismo, la inclinación a pagarse de palabras, la manía de raciocinar sin cuidarse de los hechos, son otros tantos modos de la fealdad, de la pereza mental. Entre el monismo de la idea exclusiva y el dúctil pluralismo de muchas ideas que es preciso graduar atendiendo a la singularidad del caso, la mente falseada por esta especie particularmente insidiosa de los ídola, tribus preferirá sin vacilar la primera alternativa y se sentirá desamparada cuando haya de moverse entre direcciones múltiples. Ninguna simple admonición formal basta para deterrar esta inclinación paralogística, porque su verdadera raíz, inalcanzable por los procedimientos de la lógica clásica, se halla en un estrato más profundo del alma. El remedio, que aquí se asemeja a una katharsis mejor que a una emienda intelectual, tiene que llegar tan hondo como el mal mismo:

"Lo que yo procuro enseñarles, esto es, pensar con todas las ideas que se pueda, teniendo en cuenta a todas, tomándolas como tendencias, en cada caso, equilibrándolas, adaptándolas, es muy fácil de comprender. Si es difícil de aplicar, es, sobre todo, porque cuesta al espíritu humano libertarse de la impresión de abandono en que le parece encontrarse una vez que lo dejan libre. (...) Si es difícil pensar como yo les recomiendo, es porque es difícil libertarse de la impresión de que aquel a quien le quitan sistemas unilaterales, o la costumbre de hacerlos, pierde algo. Lo importante es sentir entonces que se gana".

Por lo tanto, si deseamos ubicar exactamente a Vaz Ferreira, es preciso no exigirle lo que no pretendió, lo que no quiso realizar. Luego de pasar por sus análisis siempre luminosos, no ocurre que los problemas por él abordados dejen lugar a una doctrina inatacable, o que las realidades que se propone mejorar lleguen a reñir como modelos perfectos: lo inatacable y lo perfecto son los dos ídolos que él ha querido destruir, haciendo ver los deplorables efectos de inhibición, de falsa seguridad y de intolerancia que ellos producen en las actitudes humanas, sean las del pensamiento o las de la conducta. Habiendo renunciado a la noción, que ni siquiera es cartesiana, de que la verdad nazca del propio cerebro como Minerva del de Júpiter, sabía que sólo es posible proceder por aproximaciones, con la cautela y la sinceridad de quien presiente la inagotable complejidad de la experiencia. Nos ha pedido que pensemos con todas las potencias del alma, con el sentimiento y el buen sentido no menos que con el raciocinio. Podemos creerle cuando nos dice, sin estridencias, que la lógica pura no lo es todo, porque al mismo tiempo nos permite asistir a su esfuerzo por comprender y hacer comprender.

Quien confía de veras en la significación eminente de los estados conflictuales, quien no rehuye la denodada labor de la inteligencia que revisa sin cesar sus certidumbres y sus propósitos, tiene que contemplar con esperanza las promesas de una época como la nuestra, conmovida por el horror de la violencia pero también por la riqueza de los objetivos que están a la vista como fines que ya no pueden ser ignorados. Y, en efecto, pocas veces como en algunas de las mejores páginas de Vaz Ferreira⁶ se ha señalado con tanta penetración el valor excepcional del tiempo en que vivimos. Son páginas de un optimismo legítimo, activo, consciente. El hombre contemporáneo, se dice en ellas, experimenta demasiadas cosas para que le sea posible ostentar el perfil nítido y simple, aunque también grandioso, del sabio antiguo. La

conciencia moral se ha enriquecido en posibilidades; el trabajo de siglos ha puesto de manifiesto zonas del valor que ya no podemos desconocer. Surgen de ello los conflictos de ideales, las interferencias multiplicadas al infinito. ¿Hemos de ver en esto un síntoma de crisis? Si la hay, observa Vaz Ferreira, será una crisis por exceso, no por defecto: lo que falta de la enteriza solemnidad del hombre que mira a una sola estrella —su ciudad, su dios, su rey—, se ha ganado con ventaja en sensibilidad, en simpatía para las más heterogéneas formas del anhelo humano⁶. Individuo y sociedad, nación y mundo, profesión y personalidad: todas estas tareas reclaman su sitio en una decisión que se resiste a sacrificar nada de lo entrevisto como deseable, que quisiera incorporar el máximo de posibilidades; que confía, en suma, en la fuerza creadora de la duda, hasta de la angustia moral.

Si una conclusión se desprende de estas breves anotaciones sobre la personalidad del filósofo uruguayo recién desaparecido, ella es la de que, con toda evidencia, no será cosa fácil hacerle justicia a la rectoría espiritual que este hombre ejerció durante sesenta años, a partir del momento en que, hacia 1897, inauguró un modo de la reflexión que era desconocido en su país y en América. Ha sido, tiene que seguir siendo, un magisterio singular, que desafía muchos conceptos corrientes. Confesemos que, puestos a juzgar una obra cualquiera, es siempre un motivo de desconcierto la imposibilidad de establecer paralelos adecuados. En el caso de Vaz Ferreira, las comparaciones no lo empujaban, pero, llevadas demasiado lejos, lo desubican, lo colocan fuera de la órbita que es la suya propia. Las dificultades para comprender exactamente la índole y la proyección de su enseñanza no provienen de que su meditación se halle a la altura de una genialidad inalcanzable, sino, en gran parte, de que resulta penoso, y hasta produce un cierto malestar, entender cómo puede darse un género de acción, de una

5. Nos referimos especialmente a la conferencia titulada *¿Cuál es el signo moral de la inquietud humana?* (1936). Se publicó originalmente en *Fermentario*; ahora figura también en el volumen citado en nuestra nota 1.

6. De nuevo se recuerdan unas bellas palabras de Gerson (op. cit.): "Un ideal social completo no puede consistir ni en la moralidad por el solo, ni en el simple bienestar económico, ni en el arte sólo, ni en la ciencia sola; se necesita todo esto reunido, y el ideal más alto será el más amplio, el más universal".

elevada eficacia pedagógica, que, sin embargo, no reviste la forma de un sistema incontestable, de esos que promueven adhesiones (y diatribas) exaltadas. Tendremos que habituarnos a la idea de que una labor de pensamiento puede hacer un enorme bien sin ser capaz, y por eso mismo, de despertar adoraciones místicas, de concitar cultos orgiásticos —antes bien, reprimiéndolos—; sin presentarse, en fin, organizada en la rígida unidad de títulos, artículos e incisos. Llegar a entenderlo así, será, en nosotros, una excelente prueba de madurez.

En último término, no creemos que al Maestro le disgustara la perspectiva, que otros pueden sentir como angustiante, de que su obra padezca esa especie de olvido o de omisión que les está reservadas a las sustancias, físicas o mentales, que se incorporan al organismo para fortalecerlo. En alguna parte de la *Lógica viva*, el mismo Vaz Ferreira ha hablado de aquel tipo de celeridad, que afortunadamente no será la suya, que soportan los autores indigeribles, aptos, a lo sumo, para el ejercicio escolar de la refutación. El, en cambio, quiso convertirse en fuerza viviente y (¿por qué no?) útil. Lo que debía de parecerle temible era la posibilidad de convertirse —es decir, de que lo convirtieran—, en un oráculo o en un monumento público, cuya consagración objetiva eximiría de la necesidad de hacerlo nuestro en la vida de todos los días.

Es el estilo mismo de su obra el que nos permite suponer que, ciertamente, no deseó seguidores incondicionales, ni, por lo demás, admiradores ignorar. En adelante, y, voluntaria o involuntariamente, desde hace mucho tiempo, será, fué necesario pensar con Vaz Ferreira; pero si de veras hemos aprendido de él, no estaremos obsesionados por la preocupación de pensar, siempre y en todos los casos, como Vaz Ferreira. Porque, para distinguir las buenas adhesiones de los servilismos molestos, conviene no olvidar una corta reflexión del filósofo:

“¿Cómo se reconoce al “maestro”?

“De afuera, en que estimula la individualidad de sus discípulos, en vez de inhibirla o ahogarla.

“Y, de adentro, puede reconocerse el mismo si experimenta sufrimiento —como una especie de repugnancia dolorosa— cuando sus discípulos lo imitan demasiado”.

ENRIQUE PUCHET.

El iluminismo y las causas de la Independencia

En un artículo anterior habíamos sostenido que a principios del Ochocientos, cuando se gestaba el movimiento de independencia de los pueblos sudamericanos, la mayoría de la población de los tres virreynatos coloniales —Perú, Nueva Granada y Buenos Aires— no ofrecía, de ningún modo, un terreno abonado para la propagación de las ideas científicas y filosóficas del iluminismo. Esto no sólo se debía a la estrecha vigilancia impuesta a la importación de libros del género. Más que todo, era resultado de la ignorancia predominante; de las deficiencias del medio educativo —secuelas de la vida colonial— que seguían conspirando contra la posibilidad de progreso de las masas; de su encauzamiento efectivo por los caminos de superación que ya habían aparecido en las naciones de Europa y en los Estados Unidos. Las observaciones de Andrés Bello y García del Río en la brillante tribuna *Repertorio Americano* que editaban en Londres (tuvimos oportunidad de leer un ejemplar del primer número de esa revista en la Biblioteca Deering de la Northwestern University de los Estados Unidos)¹ no dejan lugar a dudas: todo cuanto se enseñaba en los llamados colegios y universidades de los centros urbanos coloniales —en las ciudades capitales primordialmente, porque en el resto no existían planteles de enseñanza superior— era “un monumento de imbecilidad”; los libros de que se podía disponer estaban “plagados de errores”, de concepto y de forma; la educación, predominantemente, era teológica, alejada de toda práctica experimental, de una auténtica lógica científica.

Esas observaciones pueden valer como prueba documental de primer orden, no sólo por el prestigio intelectual

1. Edición de julio 1.º de 1876.

tual de los dos escritores que editaban el *Repertorio*—publicación acaso la más autorizada del género al iniciarse la vida republicana de los nuevos Estados— sino también porque ambos, García y Bello, tuvieron ocasión de estudiar en colegios y seminarios coloniales y observaron de cerca las prácticas, los métodos y sistemas que regían en los centros educativos de ese tiempo.

Debe además tenerse en cuenta que estas opiniones ni son las únicas ni las más exageradas. De 1817 data, por ejemplo, la publicación en Filadelfia de un curioso libro en el que, además de un despiadado ataque a los métodos educativos coloniales, se realiza una ingeniosa interpretación de la libertad política de los pueblos a través de las enseñanzas de la Biblia. La obra, que se debe a la pluma del ciudadano venezolano J. G. Roscio y lleva por título *El Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo*, pretende ser "la confesión de un pecador arrepentido de sus errores políticos" y está dedicada a "desagrarar en esta parte a la religión ofendida con el sistema de la tiranía". Roscio, probablemente un teólogo disconforme de la oscura realidad de su patria, informado de las ideas revolucionarias de su tiempo, era un extraño ejemplar de buen servidor del cielo y decidido soldado de la justicia terrena, como esos raros togados de la ley y de la sacra ciencia —el arequipaño Viscardo de Guzmán, los altoperuanos Muñecas y Medina— en cuyos espíritus abiertos prendió la llama de la libertad por los caminos del Iluminismo y el inquietante espectáculo de las miserias de sus compatriotas.

La crítica central de las referencias bibliográficas citadas, que por sí solas dan ya una idea clara de la mentalidad política del pueblo en los albores de la Independencia, aparece repetida y confirmada, tanto en documentos de primera mano de los años iniciales de existencia de las repúblicas, como en la copiosa bibliografía histórica publicada hasta el presente.

Autores de filiación liberal, desde Sarmiento y Alberdi, han repetido hasta el cansancio que la revolución emancipatoria fué un resultado directo de la propagación en

América de las ideas de Rousseau, Montesquieu y los enciclopedistas. El escritor y diplomático uruguayo Luis Alberto de Herrera publicó todo un libro para justificar la influencia de la revolución francesa en las colonias españolas de la América del Sud.³ Y aun críticos sociales más exigentes —José Carlos Mariátegui, entre ellos— aceptan como un hecho definido que los principios igualitarios adoptados por la revolución de independencia —"igualitarismo verbal", dice, que sólo tenía en mira al criollo e ignoraba al indio— se alimentaron, fundamentalmente, de ideología jacobina.⁴

No participa de este criterio el historiador argentino Ricardo Levene. Para él "sería equivocado filosóficamente, además de serlo históricamente, concebir la Revolución hispanoamericana como imitación o epifenómeno de la Revolución Francesa o de la Norteamericana".⁵ La Revolución de Mayo, como las demás ligadas al movimiento de independencia, tenía "fuentes ideológicas hispanas e indianas". Las primeras obedecían a la influencia de escritores de ideología antimonárquica: fray Rivadeneira o Saavedra Fajardo; a la infiltración de la ideología igualitaria propugnada por Mariana y Suárez, en el orden civil interno, y por Francisco de Vitoria, en el plano internacional.

Este igualitarismo teórico tenía, por otra parte, orígenes más antiguos. Se remontaba a Solórzano Pereyra, defensor del derecho político de los criollos; a Las Casas, protector de los indios. Que ese cuerpo de doctrina española alcanzó alguna propagación en América se evidencia sin mucha dificultad. Barros Arana, en sus *Orígenes de Chile*, informa, por ejemplo, que el oficialismo peninsular de fines del setecientos suprimió los gérmenes de enseñanza suarizta que algunos discípulos del profesor de

3. *La Revolución Francesa y la América del Sud*, París, 1910. (Francisco García Calderón y Víctor Andrés Belaúnde asignan al mismo factor de influencia, considerable importancia).

4. Mariátegui, 7 *Ensayos de Interpretación de la realidad peruana*, página 80.

5. *Independencia y Organización Constitucional*, Vol. V, *Historia de América*, 1949, p. 12.

Salamanca habían logrado introducir en el convictorio de Santiago, en un período anterior al Colegio Carolino⁶.

Conviene señalar, finalmente, que en el ámbito de las influencias ideológicas, la Revolución americana no fué reflejo, como se ha insistido, de la Revolución Francesa, como tampoco fué inspirada exclusivamente por la filosofía de los escritores liberales españoles, porque si bien es cierto que en las colonias circulaban ejemplares clandestinos de los enciclopedistas y las obras de los padres Mariana y Suárez, no eran por completo desconocidos los documentos políticos de la Revolución norteamericana.

De igual modo que los doctores chuquisaqueños estudiaban sigilosamente a los filósofos europeos; que Mariano Moreno, miembro descolante del gobierno revolucionario de Buenos Aires, se ocupaba de publicar, con prólogo explicativo, el *Contrato social* de Rousseau; así también el neogranadino Antonio Nariño traducía y editaba, en 1794, la *Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen*; Belgrano, Dorrego, Artigas y otros patriotas americanos demostraban su solidaridad con los principios liberales de la independencia estadounidense. Según el historiador Robertson, Belgrano tradujo el *Farewell Address*, famoso discurso de despedida del Presidente Washington. Artigas, el *montonero* y más tarde gobernante uruguayo, propuso en sus *instrucciones* del año 13, la adopción de los principios contenidos en la *Déclaration de Independencia* y la Constitución de los Estados Unidos.

En cuanto a las influencias ideológicas en el movimiento de independencia sudamericana, no caben, por consiguiente, preferencias ni exclusivismos. La influencia vino, en diversas dosis, de Europa y de Norteamérica; pero, así y todo, el factor ideológico no fué el primero ni el decisivo en el estallido revolucionario.

Lo expuesto en las líneas precedentes demuestra un hecho incuestionable: que, pese a la censura de libros y a las resistencias y limitaciones del ambiente, un reducido grupo de americanos había llegado a informarse —y se esforzaba por difundir, así sea fragmentariamente— de las radiaciones de la cultura científica y filosófica

predominante en la Europa del siglo XVIII. Las masas, en cambio, continuaban incultas, impreparadas. Si el acceso a las escuelas y universidades era un privilegio de minorías pudientes, la ignorancia popular de las doctrinas enciclopédicas no podía menos que tener amplio justificativo.

En estas condiciones, en la Revolución de independencia no hubo, propiamente, en lo fundamental, dirección de principios, de ideas sistemáticas que prendieran en el ánimo del pueblo, sino emoción libertaria, tendencia autonomista. Y su advenimiento, que algunos historiadores poco avisados atribuyen a un mero proceso de "inducción", respondía, más bien, a causas objetivas, elementales —el sufrir, el inquietarse por las injusticias cotidianas— que, naciendo de una economía desorganizada, excluyente de beneficios para los criollos y demás clases americanas, creaba condiciones de inestabilidad y de desequilibrio político en las colonias.

ARTURO VILELA.

6. Belandier, *Bolívar and the Political Thought*, p. 29.

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

¿DÓNDE ESTÁ EL INVENTARIO DE LOS FÓSILES?

Continuamente se recogen numerosos fósiles, que nos dan una visión de lo que fué la vida en los últimos quinientos millones de años. Al igual que los seres vivos, los fósiles son estudiados por especialistas (si es que los hay), descritos en monografías y conservados en colecciones. A pesar de esto, las recolecciones no se hacen en forma sistemática, pues siempre preservan algo de su carácter de expediciones lejos de los grandes centros de civilización.

Sin embargo, son frecuentes los descubrimientos sensacionales, que vienen a modificar los cuadros penosamente contruidos. Recordemos solamente los recientes hallazgos de Australopithecus, seguidos de los de Anthropos, con sus consecuencias sobre el estudio de los orígenes del hombre.

Pero no obstante su importancia, nuestras series de fósiles siguen siendo muy insuficientes. Existen "lagunas" considerables que forzosamente perturban la comprensión de las distribuciones antiguas. Por ello, es necesario devolver a la Sistemática su puesto de honor, demostrando cuál es su sentido actual, definitivamente apartado de la confección de catálogos. P. Teilhard de Chardin ha expresado esto mejor que nadie:

"Hasta la aparición del punto de vista evolucionista", dice, "la historia natural no ha sido —ni podía ser— verdaderamente una ciencia".

"¿Qué significa actualmente determinar una forma viviente? ¿Consiste sencillamente, como antaño, en encontrar su lugar en una clave dicotómica? Evidentemente que no; ya no hay nadie que crea en eso. Para un naturalista digno de su nombre, clasificar un animal o vegetal significa hallarle su lugar verdadero, natural, en el con-

junto orgánico de formas vivas considerado como un todo en vías de desarrollo. Por lo tanto, para comprender a un ser vivo, no basta enumerar sus caracteres y, tomando uno cualquiera de ellos (el más evidente o más cómodo), incorporarlo en uno u otro de los capítulos de un catálogo. Se requiere —lo que es trabajo mucho más profundo— haber reconstruido su historia orgánica, explicado su ámbito biológico y hecho plausible su distribución geográfica, aunque más no sea de manera aproximada y provisoria".

La Sistemática antigua había marchado en busca de marcos lógicos, dentro de los cuales pudieran ubicarse todos los seres vivos. Tropezó, sin embargo, con una dificultad imprevista: los marcos rígidos no existían; y en su lugar se hallaban conexiones orgánicas dominadas por realidades físicas. Por encima de los individuos estaba la Vida, realidad física de orden distinto cuyas propiedades constituían la unidad natural. De este modo, fueron los antiguos sistemáticos quienes contribuyeron a revelar la existencia insospechada de la biosfera.

Por otra parte, los errores de determinación son tanto más numerosos cuanto peor conservados estén los fósiles. H. Douville, al intentar el primer ensayo de comparación de las faunas del Jurásico malgache con las de Abisinia y del Cutch (India) señala que "el paralelismo sería aún mayor si los fósiles estuviesen en el mismo estado de conservación y, sobre todo, si no hubiesen sido estudiados por paleontólogos distintos". La revisión general no será hecha hasta 1933 por L. F. Spath. Mme. Taxy-Fabre (Tesis, 1940) tuvo la sorpresa, al revisar las faunas clásicas del Cretácico de Provenza, de descubrir un gran número de errores entre las determinaciones antiguas.

Podrían multiplicarse los ejemplos. Los especialistas que visitan los museos señalan muy a menudo errores de determinación que figuran en los rótulos. Todo esto atestigua sobre las grandes dificultades de la determinación. Se impone, pues, tender hacia una Sistemática perfecta y resignarse a revisarlo todo, a recomenzar. La Sistemática debe ser impecable, pues toda distribución ilustrada se torna falsa cuando las determinaciones no son correctas.

Ya que forzosamente la distribución debe tomar particular cuenta de las especies, sería necesario que los

biólogos se pongan de acuerdo sobre la definición de ellas. Con frecuencia, la especie viviente se define todavía sólo por caracteres morfológicos externos, lo que a menudo resulta insuficiente. Los caracteres anatómicos de los animales vivos no siempre son estudiados y su biología es generalmente desconocida.

La sistemática actual es tan insuficiente que, desde 1940, L. Berland ha podido demostrar que ella debería cambiar sus métodos si es que se desea que prosiga con el inventario de la naturaleza. Pueden citarse algunos ejemplos:

Las ostras de agua dulce, o Ethéridos, serían Unionados que se han adaptado a la vida fija. Aquí se han agrupado los *Estherias* de África y Madagascar, las *Pseudomüllerias* de India peninsular, las *Bartlettias* y *Acostaas* de América del Sur. No obstante, el estudio anatómico ha demostrado que el parecido morfológico de los géneros americanos con *Pseudomülleria* es puramente casual, debido a una convergencia de formas.

Los Unionados con forma de *Solen*, como las *Solenais* de China y Siam, se asemejan al género *Mutela* de África y a los géneros sudamericanos *Mycetopoda* y *Mycetopodella*. Tal es el parecido externo que un ejemplar del Amazonas fué determinado como una *Solenia* proveniente de Asia.

Por su parte, H. G. Schenek y A. Myra Keen han insistido mucho sobre la necesidad de una Sistemática seria, basada en ilustraciones y no en descripciones. Estos autores citan otros ejemplos sorprendentes. *Martesia intercalata*, de las costas pacíficas de Estados Unidos, se cita a menudo bajo el nombre de *Martesia striata*, que es una especie del Atlántico, lo que puede ocasionar consecuencias deplorables en un mapa de distribución. A veces, las anomalías paleoclimáticas son debidas solamente a errores de determinación. Estos mismos autores señalan además el peligro que constituyen los "sadistas de la nomenclatura (*nomenclature sadists*)", quienes torturan a sus colegas al mantener en caos perpetuo las denominaciones genéricas, de manera que las listas de especies dejan de ser inteligibles.

Ahora bien, una de las dificultades esenciales de la Sistemática reside en la definición de especie. Muy a menudo interviene un coeficiente de apreciación personal,

y no es raro que autores diferentes que estudian un mismo ejemplar vayan desde la variedad al subgénero. La multiplicación de las especies es una manía deplorable. Preferimos la definición de especie dada por Tate Regan: "Una especie es una comunidad, o un número de comunidades vecinas, cuyos caracteres distintivos, según la opinión de los sistemáticos competentes, son lo suficientemente distintivos para que se le pueda conferir un nombre específico".

Actualmente, a comienzos de la segunda mitad del siglo XX, los esfuerzos combinados de la física, la química, la geología y la astronomía tienden a construir una Sistemática del mundo inorgánico en la que aparecen todas las interdependencias. Los biólogos pueden intercalarse allí, en el nivel de la biosfera, la clasificación de los seres organizados, vivientes y fósiles, especificando a la vez la evolución.

La Sistemática moderna debe ser refinada y debe tener conciencia de su importancia. Salvo en sus aplicaciones industriales, no debe ser objeto de maniobras intelectuales especializadas, sino tarea de científicos plenamente provistos de los datos esenciales de diversas disciplinas. En biogeografía, esto no constituye un fin, sino que es un medio. Tal conclusión se desprende de la lectura de algunos trabajos y aun de tratados, como el *Traité de Zoologie* dirigido por P. P. Grassé y el *Traité de Paléontologie* dirigido por J. Piveteau. Tales obras han superado ampliamente el estado de catálogo que era propio de los tratados de principios de siglo.

La Sistemática perfecta encierra mucho más que la mera determinación de especies. Permite discernir las líneas filogenéticas e introducir nociones sobre la antigüedad del mundo viviente. Este empleo de los "fósiles vivientes" es casi una tentativa de paleontología sin fósiles, que puede extenderse a las épocas recientes de la vida terrestre, digamos algo así como cincuenta millones de años. Debemos reconocer que tales tentativas nos audaces y peligrosas, en primer lugar porque "imaginan" líneas filogenéticas sin fósiles conocidos, y en segundo lugar, porque su calidad depende exclusivamente de la de su creador, quien corre el riesgo de hallar imitación de su creador, quien corre el riesgo de hallar imitadores incapaces. Sin embargo, se apoyan en datos paleogeográficos y por ello pueden incitar a los geólogos

a revisar ciertas ideas o a buscar la solución a algunos enigmas.

En dos obras muy interesantes, J. Arènes ha estudiado la sistemática, la filogenia probable y la distribución geográfica de *Arctium* y *Centaurea paniculata* (dos géneros de Compuestas, N. del T.). En 1923, en una nota a pie de página, Braun-Blanquet escribía que la "...mezcla de elementos mediterráneo y eurosiberiano con el subelemento sarmático hace difícil su individualización". Y agregaba: "Para atribuir una especie a uno u otro de tales elementos, nos hemos basado siempre sobre su distribución general actual". Es éste un método muy peligroso y el caso de *Centaurea paniculata* hace resurgir de manera notable los inconvenientes en el estudio de la filiación de los elementos de la flora actual. "Sobre la base de su distribución actual", escribe J. Arènes, "se llegaría a la conclusión de que *Centaurea paniculata* forma, desde el punto de vista filogenético, un complejo constituido artificialmente que reúne los términos más heteróclitos: atlánticos, centro-europeos, caucásicos, sarmáticos y mediterráneos. Pero si se utiliza el método genético, si se investigan las afinidades naturales de las razas basadas en la sistemática, se arriba a conclusiones muy distintas: todos estos elementos, geográficamente tan dispares, constituyen en realidad una *Sippe* (término inductible alemán, que significa consanguinidad, parentela, tribu, N. del T.), tienen un origen común ancestral y geográfico, derivan todos —directa o indirectamente—, por líneas más o menos complejas de las que subsisten términos más o menos numerosos, de un mismo zócalo aralo-caspio".

El método geográfico es muy peligroso y, "para no elegir más que ejemplos del elemento aralo-caspio...", notemos que existen allí grupos indudablemente sarmáticos que no tienen ningún punto común con su dominio de origen, o que, existiendo en este dominio, y fuera de él, se hallan representados en localidades aisladas y a veces separadas por distancias considerables".

Además de estos métodos, J. Arènes utiliza con mucha sutileza los datos de la paleogeografía y reconstruye las grandes rutas que han podido llevar desde Asia central hasta las islas Baleares y Cerdeña. Todo esto habría tenido sus comienzos en el Pontiano, en la época de la

migración de los Hipparions, y todo concuerda de manera muy lógica y, podría decirse, muy satisfactoria.

La Compuesta *Centaurea spinosa* existe en Creta y podría servir de testigo sobre la realidad de la gran Egeida. Se la halla también en Creta, en la mayor parte de las Cicladas, en las islas frente a la costa turca y en Turquía occidental (Esmirna y Troada). Como la especie es siempre la misma, podría interpretarse que el fin de la Egeida fue reciente, lo que concordaría con los datos geológicos. Por desgracia, no se conocen restos fósiles anteriores a la flora de Cromer, que es del Pleistoceno antiguo, es decir, muy reciente desde el punto de vista geológico.

El mismo método ha sido empleado, en 1937, por el doctor R. Jeannel, para explicar la distribución de los Bembioides hipogeos, que sin duda alguna eran coleópteros de origen asiático. El doctor Jeannel considera que se originaron en la época montana y, con la ayuda de datos paleogeográficos, explica cómo llegaron a poblar todas las tierras mediterráneas. Todo esto resulta muy lógico, pero no hay ningún fósil que aporte la más mínima prueba.

En 1956, el doctor Jeannel vuelve a utilizar este método con relación a los Pseláfidos de África del Norte. Estos pequeños coleópteros tienen dos orígenes: unos proceden del África sud-sahariana, y otros de Eurasia. A igual que los Isópodos terrestres estudiados por M. Vandel, no tuvieron mucho éxito al tratar de atravesar el Sahara. El doctor Jeannel propone entonces una paleogeografía que comienza a principios del Terciario. Las especies laurasianas llegan hasta el reborde litoral de África del Norte, pasando por la Tirrénida, en tanto que las líneas africanas ("gondwánicas") se acercan desde el Sur. En el Oligoceno, las líneas laurasianas, que han llegado por el puente bético-rifeño, subsisten en los islotes de Tunisia y Kabila que no han sido sumergidos en el mar. Esta interpretación concuerda con los datos paleogeográficos de Castany, Flindrin y Furon, pero debe señalarse que L. Glangaud y J. Dirand-Deiga ponen en duda la existencia de la misma Tirrénida. En el período geológico Pontiano, Berberia se hizo continental y se enriqueció con especies venidas de la Egeida. Por fin, en el Cuaternario, un gran número de coleópteros europeos

invadió África del Norte, donde subsiste actualmente una sola especie refugiada en las montañas. En cuanto a los Pseláfidos de África tropical, no pudieron atravesar el Sahara demasiado seco.

Este ensayo es audaz ante la ausencia de todo fósil, pero el poblamiento de las islas atlánticas agrega un documento de primera calidad. Los geólogos ignoran la fecha del aislamiento de estas islas, pero el endemismo de las especies, y aun de los géneros, obliga a retrotraer al Mioceno el aislamiento de Madeira y las Canarias. De este modo, la Sistemática pura y la filogenia que de ella deriva, fuerzan a los geólogos a revisar y completar su documentación.

RAYMOND FURON.

*Cours de la répartition des êtres vivants.
Paléogéographie, Biogéographie dynamique,
Masson et Cie, Paris, 1955.*

Traducción de Mario E. Teruggi.

LA OBRA CINEMATOGRAFICA: ¿ALIENACIÓN O MEDIACIÓN?

Entre todas las producciones del arte humano, la obra cinematográfica es sin duda la que suscita aún, después de setenta años de existencia, las apreciaciones más divergentes, en cuanto a su significación última para el hombre. Para muchos, y a pesar de que es preciso destacar algunos éxitos excepcionales, el cine es fundamentalmente una ocasión de envilecimiento y el símbolo exacto de los pecados contra el espíritu en el mundo contemporáneo. Por el contrario, para otros, el cine sólo ocasionalmente y por el defecto de intervenciones extrañas a su naturaleza, es un instrumento de degradación. Tomado en sí mismo, no es otra cosa que el más maravilloso medio de expresión que haya estado a disposición del hombre, el único en todo caso adaptado a las nuevas dimensiones del mundo, tal como la técnica moderna no cesa de revelárnoslo.

Sin duda es vano el dejarse encerrar, desde el comienzo, en estas oposiciones entre estructuras esenciales y condiciones concretas de existencia. Todo estudio serio

debe tener en cuenta unas y otras. Si se quieren evitar los lamentos estériles y las especulaciones aventuradas, detalles de su complejidad. Será evidente entonces que toda solución sintética será indudablemente prematura, mientras un cierto número de disciplinas interesadas —de la fisiología a la epistemología—, se vean obligadas a confesar, como lo acaban de hacer en el último Congreso Internacional de Filmología, que sobre el asunto sólo tienen una experiencia en la etapa del balbuceo. Entretanto, recurrir a la estética y a la filosofía del hombre, es poner en claro algunas perspectivas del problema.

1. Lo que distingue en forma absoluta la obra cinematográfica es su volumen y el orden de su ejecución. En pocos años, el cine ha tomado la delantera a todas "las artes del espectáculo", y su importancia mundial no hace sino crecer, pese a la competencia reciente de la televisión. A menudo han sido descriptas esas multitudes silenciosas, paradas horas enteras, formando largas filas a la entrada de las salas cinematográficas, y luego sentadas en la sombra, en un estado de receptividad total, facilitada por la inmovilidad del cuerpo y el abandono del espíritu. Los fenómenos psicológicos de la participación y de la proyección encuentran allí condiciones ideales para desenvolverse. Su estudio preciso ha sido ya esbozado por algunos psicólogos. Por su lado, el sociólogo Edgar Morin en un libro reciente (*El Cine o el Hombre Imaginario*, Ed. Minuit, París 1956), ha intentado una apreciación sintética, muy rica de pensamiento, en una perspectiva hegeliana y marxista. Lo que parece surgir de todos estos trabajos es la determinación, en este nivel, de un mundo psicológico elemental abierto a todas las confusiones originarias; subráyase al mismo tiempo, y de modo constante, el parentesco de ese mundo con los de la magia, el mito, el sueño, la poesía o la infancia. Tal es una de las conclusiones provisionarias de E. Morin: "Lo que en el cine interesa y lo que le interesa al cine es el espíritu en infancia". A esta participación elemental corresponde un cierto nivel estético. Lo que sirve de criterio de apreciación para las multitudes, que nos muestran las estadísticas, no es nunca la verdad del fondo o la belleza de la forma, sino únicamente el poder de

encantamiento en la obra. La cuestión definitiva que juzga el valor del espectáculo, es saber si se "ha sido tomado o no". Esta satisfacción es tanto más difícil de obtener, cuanto que el espectador nunca cobra directamente conciencia de las técnicas subyacentes en el film. Su reflexión estética se limita al interés más o menos cautivante de la trama o al juego más o menos seductor de los actores. Y aun en esto, no tiene sensibilidad para la calidad de los medios utilizados, siempre que se alcance el fin previsto. Ahora bien, éste, teniendo en cuenta la inclinación a lo fácil, es función más bien del contenido de la intriga que de su estructura, de la complacencia de los artistas que de su maestría. De este modo el acento se pone obligadamente en las grandes fuerzas de atracción que proyectan al hombre fuera de sí mismo, el erotismo, la violencia, el mito, y en el soporte imaginario que todas ellas precisan: la vedette.

Resulta difícil no concluir que, en este nivel al menos, el "cine es una de esas artes de hartazgo", de las que ha hablado Malraux, y sin duda la más elemental y la más eficaz. Quien se entrega a él, es inmediatamente tomado en cuerpo y alma, sobre todo si a causa de la edad, del temperamento o de la condición, no se somete suficientemente al contrapeso de la realidad o de la reflexión. ¿No es lógico entonces, a propósito del cine, hablar de "alienación", para emplear un término que, cualquiera sea su origen, se ha hecho corriente para caracterizar estas situaciones en las que el hombre se transforma en un extraño para sí mismo? Sin duda es posible relacionar esta alienación con otras más profundas o aun explicarla por medio de éstas; en todo caso resulta incontestable. ¿Acaso surge de aquí la imposibilidad radical de situar el cine —con anterioridad al fin hipotético de toda alienación— en la ribera de las grandes manifestaciones de la libertad del espíritu?

2. Tomada en otro nivel ¿puede entrar la obra cinematográfica en el estatuto antropológico de la obra de arte, y ofrecer de ese modo una salida normal a las fuerzas primitivas de la participación, impidiéndoles al mismo tiempo, gracias al rechazo estético, el transformarse en fuerzas alienadoras? El problema no es nuevo, ya que la *Bibliografía general del Cine* (Ed. del Ateneo, Roma 1953),

cita doscientos autores, en diez lenguas distintas, que se han ocupado del cine desde el punto de vista estético, y es indudable que un público restringido, aunque en aumento creciente gracias a los esfuerzos de los cineclubes y las revistas especializadas, los sigue sin dificultad por este camino. El "cinéfilo" se distingue siempre de la masa vulgar que, a sus ojos, se compone por otra parte de todos aquellos, intelectuales, burgueses o proletarios, que no ven en el film sino un medio de diversión. En cambio, él ve en el cine el arte más maravilloso, susceptible como cualquier otro, y tal vez mejor que otro, de ser objeto de una auténtica cultura. Desde luego, pocos serán los films dignos de ser elegidos para este fin; pero ¿ocurre de otro modo en otros sectores? Si se diera el nombre de literatura a toda impresión negra sobre papel blanco, y música a todas las combinaciones de sonidos, ofrecidas cotidianamente a los oídos de los auditores, como se da el nombre de cine a todo lo que aparece sobre una pantalla, ¿lo inservible no sería más considerable en esos casos?

Puesto que el cine posee, como la literatura y la música, formas propias, cuya variada utilización puede dar nacimiento a estilos diferentes y cuyo dominio más o menos decisivo puede ser apreciado estéticamente, cumple todas las exigencias y sería imposible rehusar su admisión entre las artes más antiguas. En todo caso, la persona que en algún momento ha gustado la música de un verso de Racine, el arabesco en un dibujo de Matisse, el sabio cromatismo en un cuadro de Vermeer o la plenitud perfecta de una melodía de Bach, comprenderá qué gozo estético puede procurarle al conocer el montaje a la vez riguroso y conmovedor de tal o cual película... Estamos aquí en el dominio de las formas puras, cuyo valor no depende del contenido que encierran, igual que en el caso de las estatuas griegas, cuyo valor no depende de la divinidad que representan. Estamos lejos, pues, de la pasividad aniquiladora propia del gran público. Ni adormecimiento hipnótico, ni sobreexcitación mórbida, sino actividad sutil de las facultades espirituales, afinadas de un modo superior.

¿Se ha eliminado por ello todo peligro? ¿No se corre el riesgo de encontrar aquí también una actitud esteticista común a otros dominios y que llevada al extremo sólo

reemplaza los alcoholes groseros, suficientes para el pueblo, por cocteles más sutiles, pero igualmente capaces de poner fin a la verdadera presencia personal? Ello se debe sin duda a que el mal es más profundo y que está situado en algo que no es el cine, puesto que no basta considerarlo como un arte para quitarle toda nocividad y suprimir todo riesgo de alienación. ¿Es preciso acaso situar ese riesgo en un estado económico particular, o más profundamente en el hombre y en su poder de dar un sentido a la obra de sus manos y de su espíritu? Dicho de otro modo, ¿puede el cine ser, desde ahora, para los que deseen, aun en medio de las peores dificultades, poder ser algo más que la fuente de una embriaguez más o menos distinguida?

3. En lugar de fascinar al espectador y de absorberlo en los universos autónomos que despliega en la pantalla, universos de contenidos imaginarios o de formas puras, la obra cinematográfica puede también orientarlo activamente hacia lo real, hacia los valores o hacia los hombres. Sería fácil mostrar que el cine es particularmente apto para cumplir esta función mediadora, sin dejar de ser por ello obra de arte, sino al contrario, con esa exclusiva condición. Muy numerosos son, en efecto, los films que atestiguan este poder inigualable de revelación del universo y de los hombres, poder que se da en la obra cinematográfica cuando permanece simplemente fiel a la orientación estética que le es propia. Pero, entendámoslo bien, esta fidelidad plantea sus exigencias no sólo al realizador, sino también al espectador, y en especial una actitud muy particular que haga intervenir plenamente los poderes más personales de iniciativa, de reflexión y de diálogo. Es necesario, por un lado, que el creador utilice el instrumento de que dispone no tanto en vista de "satisfacer" a cualquier precio a los destinatarios, cuanto en vista de abrirles horizontes nuevos. Hay más cosas en el cielo y en la tierra que en la imaginación de los hombres y no existe tal vez ni una sola que no pueda registrar la cámara, directa o indirectamente, revelando de este modo formas, no sólo fijadas entonces en su pura belleza, sino captadas en su función mediadora y en su intención significativa. Esto no disminuye en nada, por otra parte, su función estética, sino que la consagra cargándola de sentido.

¿Quiere decir esto acaso que la mediación fílmica, así concebida, elimina todo riesgo de alienación? Esto sería libertad de lectura que conserva siempre, respecto de ella, todo espectador. No sólo del tinto grosero o de los cocteles se puede hacer mal uso. Es posible también embriagarse, si no intoxicarse, con los mejores vinos, si se olvida que están hechos para acompañar alimentos más sustanciales. El curioso deseo que parece tener el hombre de poner fin a su existencia personal lo persigue hasta los niveles más elevados de su actividad espiritual. Es en esto, precisamente, donde reside, en fin de cuentas, la eficacia última de todas las drogas, en ese punto misterioso en que el hombre decide libremente sobre la presencia o ausencia de sí mismo.

Un riesgo fundamental subsiste pues siempre, pero la obra cinematográfica no tiene una relación particular con el, y para eliminarlo no bastaría seguramente modificar su estructura. En cambio al nivel del gran público y de la producción comercial que se le impone, algunas modificaciones de orden económico y social, que quitaran al film su carácter de mercancía, bastarían probablemente para suprimir las alienaciones elementales que hemos mencionado. Sería menester sin duda unir a ello, en el nivel del cine como arte, una verdadera formación estética. En un orden más profundo, no se trata aquí solamente de un problema de sociología o psicología, sino en realidad de un problema de ética. Sólo que para llegar a él, quizá es menester franquear primero las etapas precedentes.

AMÉDÉE AYPRE
L'Esprit et les Quatre, 1951.

Traducción de Carlos A. Disandro.

REVISTAS TUCUMANAS DE CULTURA

Hablar de revistas literarias es tarea relativamente fácil, a condición de que, como generalmente ocurre, se hable mal de ellas. Son muchos los defectos que se les atribuyen; entre ellos, y en primer lugar, se repite que ciertas

revistas literarias —o, en general, de tipo cultural— fomentan la creación de capillas exclusivistas, y deforman el gusto por una excesiva sujeción a posiciones estéticas extremas. No se repara con suficiente frecuencia, sin embargo, en la labor positiva de este tipo de publicaciones, que muchas veces alimentan las apetencias literarias de sectores extensos de lectores, complementando eficazmente la tarea de conjunto realizada por el libro. Y cuando esa labor se realiza desde el interior del país, con todo el peso en contra que implican las distancias a superar, la escasez de las comunicaciones, las dificultades con las imprentas, la escasa densidad del medio cultural y las agravadas dificultades financieras, entonces puede decirse que ella asume rasgos francamente heroicos.

En el caso de Tucumán, las revistas del tipo mencionadas siguen, con bastante exactitud, los pasos de la evolución de la cultura provinciana, desde el modernismo hasta los días que corren. Hay en ellas momentos de plenitud y momentos de desasosiego; hay búsqueda y afirmación. Nítidamente, además, se muestra la puja generacional: a veces una revista es intérprete de un grupo humano homogéneo, estabilizado y en situación de preponderancia cultural; otras, es la hoja rebelde en que se ataca denodada y alegremente a las figuras consagradas. La atención a la circunstancia inmediata y el llamamiento de voces con vigencia universal, por último, impulsan también esta dialéctica de las revistas literarias y culturales, que se convierten así en útiles testimonios del ser profundo de los argentinos.

Una reseña, por sucinta que sea, de las principales revistas tucumanas de cultura, debe comenzar necesariamente por la *Revista de letras y ciencias sociales*, la primera de real importancia en ese medio provinciano. En el número inicial se exponían algunas ideas que, si no son ciertamente originales, al menos resultan curiosas para el Tucumán de 1904 que vio su aparición. Allí se decía: "Las revistas, que son una verdadera exigencia en todas partes, son entre nosotros plantas exóticas que no se ha conseguido aclimatar y que han arraigado su infecunda vida en pobres invernáculos. Debemos creer que la época y el ambiente no les fueron propicios o que no se adaptaban a ellos". Esas palabras sobre lo que hoy es un lugar

común —la dificultad y corta vida de las revistas, especialmente literarias— se referían muy directamente al caso de Tucumán, fueron redactadas probablemente por Ricardo Jaimes Freyre y figuran, como se ha dicho, al frente del número de la *Revista de letras y ciencias sociales* correspondiente a julio de 1904. Contradiciendo su propia y velada predicción, la revista vivió hasta diciembre de 1907. Abarcó siete tomos, con un total de 39 números. La dirigía Ricardo Jaimes Freyre, la importante figura del modernismo literario hispanoamericano —era boliviano y estaba radicado en Tucumán—, y figuraban como redactores otros dos personajes importantes de las letras provincianas: Juan B. Terán y Julio López Mañán. Es extraño, por la calidad que llegó a alcanzar la publicación, que poco después pasara a ser casi completamente desconocida, tanto que ni los estudiosos de la obra de Jaimes Freyre suelen citarla. Recientemente el problema ha sido estudiado por Emilio Carilla; gracias a sus investigaciones sabemos bastante sobre el carácter de esta revista, que fué, ante todo, una revista del modernismo, con marcado carácter generacional. Publicó colaboraciones originales de los más importantes escritores de lengua española de ese momento: Rubén Darío, Guillermo Valencia, Chocano, Díaz Mirón, Amado Nervo, Ismael Enrique Arciniegas, Leopoldo Díaz, Lugones, Ricardo Rojas, entre los americanos; Unamuno y Manuel Machado, entre los españoles. La *Revista de letras y ciencias sociales* cumplió diversas actividades culturales, en un medio que todavía no contaba con la Universidad (pues ésta se fundó en 1914); por ejemplo, editó el primer libro de Juan B. Terán: *Estudios y notas*, 1903. Tuvo, en fin, verdadera importancia, y en dos sentidos: fué uno de los órganos de expresión más característicos del modernismo, sin que ninguna revista argentina de esos años alcanzara pareja jerarquía; en lo local, por otra parte, sirvió para un primer nucleamiento de fuerzas culturales tucumanas, en las que figuraron los nombrados Terán y López Mañán, junto a Alberto Rougés, Ricardo Rojas, Mario Bravo, Silvano Bores, Germán García Hamilton y otras figuras de prestigio.

Otra revista tucumana del pasado, pero de un pasado más reciente: *Sustancia*, fundada y dirigida por Alfredo

Coviello. Su primer número data de junio de 1939; revista de gran formato, presentada con dignidad y hasta con pretensiones de reflejar, además de lo literario, filosófico y científico, la labor de los plásticos. Coviello fue una dinámica personalidad: venido del campo del derecho —disciplina en la que no llegó a graduarse—, encontró en el periodismo, la docencia y la investigación filosófica, los vehículos apropiados para su expresión; fue profesor y consejero de la Universidad de Tucumán, y a su iniciativa se debieron la incorporación a ésta de nuevas facultades y la creación de un clima cultural más acorde con los años que se vivían. De Sustancia salieron 17 números (más uno póstumo que publicó su esposa después de la muerte del fundador, acaecida en julio de 1944); y ellos significaron más de dos mil quinientas páginas, con importantes colaboraciones debidas —entre muchos otros— a Ricardo Rojas, Juan Alfonso Carrizo, Alberto Rougés, Gino Arias, Juan Carlos Dávalos, Pablo Rojas Paz, Nicolás Olivari, Rodolfo Mondolfo, Eugenio Pucciarelli, Aníbal Sánchez Reulet, Silverio Boj, Marcos A. Morinigo, Juan Mantovani, Marta Brunet, Macedonio Fernández, Roger Labrousse, Francisco Romero... Sustancia quiso substituirse "Tribuna continental de la cultura provincial"; y, casi cuatro décadas después de la revista de Jaimes Freyre, intentó poner en práctica, como aquella, lo que parece ser una constante de la cultura tucumana: la ambición de integrar la cultura universal con las circunstancias concretas de la realidad regional.

Pero el Tucumán de esos años no era ya el de principios de siglo, aquel Tucumán tradicional en el que las metáforas modernistas y los dioses nórdicos de Castalia bárbara producían un impacto sensacional. Un nuevo clima cultural, mayores exigencias, se imponían como resultado de varios factores, entre ellos la presencia en el ambiente del Departamento de Filosofía y Letras de la Universidad, prestamente transformado en pulante Facultad. Había sobre todo una magnífica exigencia de crítica y autocrítica, de sinceridad y rigor en los quehaceres literarios y culturales. A estas circunstancias respondió la aparición de *Cántico*, revista de "poesía y poética"— así se substituía—, en agosto de 1940. La dirigía Marcos A. Morinigo, entonces profesor de literatura en la

mencionada Facultad. Sus fines eran muy explícitos: "*Cántico* —afirmaba la declaración inaugural— es una revista de los jóvenes y para los jóvenes, dedicada exclusivamente a la poesía y a la poética... Aspira a reflejar en sus páginas las actividades poéticas del interior, y las inquietudes y curiosidad de sus escritores jóvenes". La historia literaria ya ha señalado el papel de *Cántico* en la literatura argentina contemporánea: fue una de las dos revistas capitales de la llamada "generación del 40" (la otra fue, naturalmente, *Canto*, de la Capital Federal). Sin acudir a ninguna exageración, la cuenta de sus méritos presenta un balance claro: *Cántico* era; según su director, "una iniciativa a favor de las juventudes provincianas que ven, generación tras generación, marchitarse sus sueños en la indiferencia de los medios locales", y cumplió con ese compromiso. Sobre todo, sirvió para presentar a poetas jóvenes de la zona, como Guillermo Orce Remis, Leda Valladares y María Adela Agudo, por completo inéditos, o poco menos, hasta entonces. En sus páginas publicaron nutridos cuadernillos de poesías, y aparte salió *La casa muerta*, poemario de Alfonso Sola González, muy representativo de ese momento poético.

Del importante grupo literario de "La Carpa", actuante en Tucumán, y en general en el Norte, a partir de 1944, no nos queda —y es lástima—, ninguna revista, si exceptuamos los breves boletines agregados a cada uno de sus libros primeros. Luego, en Tucumán se entra en un proceso de sobra conocido por todos los intelectuales del país. Los tiempos no son propicios para revistas literarias, tan sospechosas siempre para los regímenes policiales... Por años, sin embargo, un extraordinario esfuerzo privado concretó la sostenida aparición de la revista de mayor jerarquía con que hasta la fecha haya contado Tucumán: la magnífica *Notas y estudios de filosofía*, dirigida por Juan Adolfo Vázquez. En años tan difíciles para la cultura argentina, los 18 números de *Notas y estudios de filosofía* (1950 a 1955), son un estupendo ejemplo de amor al saber, de dedicación y de trabajo, en un medio no siempre comprensivo y, por aquellos tiempos dolorosamente cercanos, tan hostiles para las actividades del espíritu. La Facultad de Filosofía y Letras, por su parte, publica *Humanitas*, revista que sólo después de la recuperación

universitaria ha comenzado a cobrar cierta calidad. En fin, una nutrida producción literaria puede irse siguiendo, domingo a domingo, en la sección literaria de *La Gaceta*, el tradicional diario tucumano; allí los trabajos, rigurosamente seleccionados, de los escritores y poetas jóvenes tucumanos, aparecen en confrontación involuntaria con colaboraciones de las más prestigiosas firmas del país.

Es fácil hablar mal de las revistas literarias, decíamos al comienzo. Pero ¿no son ellas una viva expresión de inquietud espiritual? "Las innumerables "revistas literarias" —dice Lionel Trilling— han sido una herolca respuesta a la declinación de la literatura. Desde principios de siglo, enfrentando dificultades que sólo sus directores pueden imaginar, han tratado de mantener abiertos los caminos". Si ello es cierto respecto de los grandes centros, lo es aún más en nuestras provincias, allí donde, como en el caso de Tucumán, las revistas de cultura han sido el noble vehículo de inquietudes, cuya perdurabilidad debe interesarnos vivamente.

DAVID LAOMANOVICH

LA NATURALEZA DE LA SIMETRÍA

El mundo que nos rodea tiene abundantes ejemplos de simetría. Los más elegantes son los cristales, cuya variedad de formas deriva de la distribución interna de sus átomos.

A primera vista, el mundo que nos rodea parece presentar una infinita variedad de formas. Pero cuando se estudian éstas en sí mismas aparece, antes de su amplia distribución, una cierta ordenación general. Hay, por ejemplo, una repetición de partes que produce la simetría. Puede ser la quintuple repetición de los brazos de una estrella de mar, ocho veces los tentáculos de un pulpo o la simetría bilateral de muchos animales, desde los reptiles en adelante (incluso nosotros mismos).

Pudo haberse pensado que esa simetría, en sí misma, es infinitamente variable. Actualmente los elementos de simetría son escasos y pueden ser descriptos en términos

de repetición alrededor de un punto, una línea o un plano. Sin embargo, estos elementos pueden existir juntos de muchas maneras para dar una amplia variedad de formas. Probablemente la ilustración más elegante de esta variable simetría proviene de la forma de los cristales.

En 1830, en los comienzos de la historia de la cristalografía, un perspicaz investigador predijo que, con los elementos de simetría encontrados en los cristales, era posible la existencia de treinta y dos diferentes grupos simétricos. Entonces, en aquella época en que solamente eran conocidos ocho de estos grupos, esta predicción era ciertamente aventurada. El pronóstico ha sido confirmado con el descubrimiento de cristales que pertenecen a cada uno de estos treinta y dos grupos y no a otros.

La simetría de los cristales refleja la subyacente simetría en la distribución de sus átomos. Puede decirse que los átomos prefieren ordenarse ellos mismos en un metódico y repetido enrejado: en el lenguaje de los físicos, pues la distribución significa una mínima energía libre. Dado este básico entrelazado, sin embargo, las formas externas de los cristales variarán. Pero la simetría de estas formas variables serán las mismas en todos los cristales de la misma sustancia.

La ciencia de la cristalografía comenzó con el estudio de los minerales, puesto que los minerales nos proporcionan una variedad de cristales ya hechos. Lo que puede ser llamado el descubrimiento inicial de la cristalografía científica comenzó en 1669. Un danés, con una inteligencia inquisitiva, Nils Stensen (o Nicolaus Steno, versión latinizada de su nombre y por el cual es más conocido) examinó ese año una cantidad de cristales de cuarzo de diferentes formas y tamaños. No contento con la mera admiración de la variedad de forma los estudió más detenidamente y observó que los cristales tenían siempre seis lados. Su curiosidad le sugirió entonces medir los ángulos entre las caras adyacentes. Aunque variara la forma o el tamaño de los cristales de los seis lados, los ángulos eran siempre de 120°. Nicolaus Steno ha encontrado la primera ley de cristalografía: que en los cristales de la misma sustancia, los ángulos entre caras correspondientes son siempre los mismos.

El próximo gran avance de la cristalografía fue en los comienzos del siglo XIX donde se destacó el trabajo de un sacerdote francés, el abate Haüy. Con mejores aparatos le fue posible medir los ángulos de los cristales grandes y pequeños de muchos minerales diferentes. Él pensó más profundamente que su predecesor acerca de las sustancias específicas que dan a los cristales su forma específica. La época era también a propósito para los avances de la inteligencia: la química como ciencia se desarrollaba rápidamente y el concepto de átomo y molécula estaban tomando cuerpo. Dicho esto, un día, Haüy dejó caer un preciado cristal de calcita sobre una piedra del piso y lo vio, con mortificación, hacerse pedruzcos. Próximo a deshacerse de los despojos, observó, sin embargo, que cada fragmento conservaba la misma forma: todos romboedros. Comenzó a desmenuzar las piezas: cada una cuando se rompía nuevamente, producía pequeños romboedros. Haüy pensó que este proceso de ruptura podría continuarse hasta obtener la última molécula de calcita que tendría en sí misma una forma romboedral. De esto sacó en conclusión que la forma externa de los cristales puede ser una reflexión del conjunto de formas regularmente unidas de dimensiones moleculares.

Tuvo que pasar una centuria antes de que se pudiera probar el razonamiento de Haüy. En 1912, un físico alemán, Max von Laue, estudiaba los rayos X. Estos se conocían desde pocos años antes y su verdadera naturaleza era todavía un asunto de discusión; algunos científicos creían que eran corrientes de minúsculas partículas, otros, que eran ondas de radiación con muy pequeña longitud de onda. Laue perteneció a la última escuela e investigaba por la retícula del microscopio con la cual producía la difracción de los rayos X, cómo una retícula rige la difracción de la luz. Pero si los rayos X tienen una longitud de onda cien veces menor que la luz, ¿dónde encontraría una retícula cuyas divisiones pudieran ser de un tamaño de cienmillonésima parte de una pulgada? Laue retomó el concepto de Haüy de que un cristal está formado por un conjunto de unidades moleculares de dimensión pequeña y regular. Si el concepto de Haüy era acertado, quizás este conjunto de las uni-

dades produjera la difracción que él necesitaba. Era un simple experimento para dirigir un rayo de los rayos X a través de un cristal de sulfato de cobre y fijar el rayo en una placa fotográfica. La fotografía mostró un conjunto regular de manchas, prueba de que el cristal había actuado como una retícula de difracción que produjo una serie de rayos del rayo primario de los rayos X. De un golpe Laue estableció la verdadera naturaleza de los rayos X y probó la verdad de la brillante intuición de Haüy de un siglo antes.

Nuestro ensayo de simetría y forma en la naturaleza lo tomamos de los minerales y sus cristales de moléculas, átomos y rayos X.

BRIAN H. MASON
Natural History, Enero 1924

Traducción de Elena I. Pontalé.

EDUCACIÓN, CULTURA Y TÉCNICA DESDE EL MUNDO DE LOS LIBROS

Educación, cultura, técnica: he aquí tres conceptos cuyas jurisdicciones inquietan a nuestros contemporáneos. La educación, peligrosamente instrumentada al servicio de la técnica, amenaza, en algunas concepciones actuales, con desprenderse de los vínculos que naturalmente la anclan en la cultura y lo humanístico, en cuanto cultura y humanidades son cosmovisiones que dan al hombre sentido de su relativa ubicación en una serie histórica donde, a la vez, es heredero y legatario. Sin embargo, frente a tendencias deshumanizadoras del hipertecnicismo, surgen reacciones que tratan de equilibrar estos tres factores. Así, en nuestro país, las promovidas por las actuales autoridades de la Universidad Tecnológica y las de la Escuela Nacional de Bibliotecarios, intentan conciliar con la presencia de asignaturas humanísticas en los respectivos planes de estudio, el déficit cultural de sus alumnos, integrando el proceso educativo que, comprensiblemente, en nuestro tiempo, tan poco puede dejar de enfatizar el aspecto técnico.

Entre las materias propuestas para tal finalidad la "Historia de la Cultura" cumple, sin duda, papel pre-

ponderante para advertir al educando contemporáneo cuál es su deuda con el pasado cultural; de dónde procede el patrimonio técnico que usufructúa; y cómo si éste es para él el punto de partida, fué, en otros estadios culturales, meta.

En el mundo tecnificado que nos ha correspondido en suerte, el enfoque de las proyecciones espirituales reclamadas por la cultura en su plantamiento histórico de asignatura escolar ha de partir necesariamente del deslinde de ambos campos.

La "Historia de la Cultura", como materia de enseñanza en la Escuela Nacional de Bibliotecarios, constituye una especie de llave que abre la puerta divisoria del carácter puramente técnico y material de la carrera de bibliotecario y el orden humanístico y humano cuyos contenidos pueden hacer del guardador de libros, no el funcionario indiferente y mecánico, no el empleado desinteresado de su menester, sino la persona que "siente" la biblioteca, que conoce su alma —porque en toda biblioteca hay un aliento viviente, un alma, un espíritu— y que es capaz de ser útil a ella, no por la mera eficiencia externa del oficio, sino porque vibra en él ese espíritu de la biblioteca que es el espíritu de la cultura, porque se siente simpáticamente solidario con él, porque de metro fichista y catalogador, se transforma en guía, orientador, asesor, cicrone para el lector que llega a él. Y en ímán para hallar a ese otro futuro lector que aún no acertó el camino de la biblioteca.

Todo bibliotecario ha de ser excelente técnico. Su técnica es la bibliotecología; en él la capacidad instrumental es absolutamente indispensable. Pero, además, otros valores espirituales debe cultivar, sobre todo aquellos que tienden a acendrar el amor por el oficio a través de la verdadera penetración con él.

Quien haya visitado en Europa los viejos castillos de provincia habrá sin duda tropezado con alguno de esos pintorescos cuidadores que, tras guiar al turista por galerías y cuartos, ante un mueble, un tapiz, un cuadro o un utensilio, es capaz de evocar en torno de ellos —y auténticamente— toda una época, una familia, un modo de vivir, un carácter, un gesto pretéritos, que ilustran al turista tanto como el más erudito tratado o el más inge-

nioso Baedeker. Esos viejos guardadores están identificados con su quehacer y con el medio; sienten amor por lo que hacen y cultivan ese amor. No otra cosa debiera ser el auténtico bibliotecario: fiel conservador simpáticamente compenetrado con las atmósferas que envuelven libros y bibliotecas, cultivador amante del progreso de su idoneidad técnica y cultural; casi un artista antes que un frío técnico.

Es sugestivo tener que hacer estas consideraciones que parecerían obvias en todo oficio o profesión, mucho más en un menester como el de bibliotecario que se supone estrechamente vinculado con lo humanístico. Sin embargo, en momentos como los actuales, en momentos de replanteos decisivos en todos los órdenes culturales, son necesarias, sobre todo porque las apariencias nefastas de una civilización desorientada tienden a presentar cultura y técnica como caminos divergentes, cuando en realidad no se trata sino de una única ruta, de una única meta: la integración de lo humano. Pero insisto, integración simpática y humanizada que pareciera estar cada vez más ajena, distante, desde todos los puntos de vista profesionales, incluso el del bibliotecario.

Cada día se oye más creciente el reclamo de que los oficios y profesiones se desempeñan con desamor; con técnica, sí, pero desaprehensiva, inhumana, despersonalizada; quizá con excesiva técnica pero sin goce, como pesadas cargas. Ese hipertecnicismo supone una visión parcial y limitada de la realidad, particularmente si la técnica peca por deshumanizada y deshumanizadora.

La técnica en tales condiciones es fría, indiferente, y cuando no se la reintegra en la cultura, engendra el hábito, la mecanicidad, anula la individualidad creadora. Véase, a manera de ejemplo, un caso que podrá ser discutible, pero que sin dudas tiene base real.

Hoy el hombre no canta; tiene "pudor" cantante. Ni alegrías ni tristezas se canalizan en el canto personal. Hubo épocas en que, desde la cuna a la tumba, le acompañaba. Creaba orfeones, coros, cantares, rondas, coplas; amenizaba con ellos las reuniones, la buena mesa, la amistad, el amor, el trabajo.

Ahora, en cambio, acompaña a todas partes al individuo la "radio" portátil; y en el tren, el "colectivo", el

avión, el paseo o la reunión, escucha pasivamente —y obliga a otros a padecerlo— programas musicales, sin pensar que el mismo podría lanzar al aire su cantar. Si hasta en las celebraciones patrias, la "grabación" del Himno ha sustituido al canto fervoroso.

La "radio", la "grabación", son la técnica; facilidades mecánicas que dan idea falsa de perfección y progreso al anular la personalidad humana, la aptitud creadora.

En principio, y en su noble finalidad, la técnica "es la parte de la actividad humana en la cual, mediante una organización energética del proceso de trabajo, el hombre fiscaliza y dirige las fuerzas de la naturaleza con miras a conseguir sus propios fines humanos" (Mumford).

Al llegar a nuestra época, la técnica ha alcanzado altísimo grado de refinamiento científico, pero se ha impersonalizado, se ha deshumanizado. Hoy en países desarrollados, la técnica tiende a identificarse con la automatización.

El gran problema de nuestro tiempo consiste —según Lewis Mumford— en restablecer el equilibrio y la totalidad de lo humano; "darle al hombre moderno la capacidad para dirigir las máquinas que ha creado, en lugar de convertirse en cómplice indefenso y víctima pasiva; traer de vuelta al corazón mismo de la cultura ese respeto hacia los atributos esenciales de la personalidad humana, su facultad creadora y autonomía, que el hombre de occidente perdió en cuanto hizo a un lado su propia vida para concentrarse en el mejoramiento de la máquina".

Ortega y Gasset en la *Meditación sobre la técnica* ha hecho un interesante juego de conceptos, en cuanto, partiendo de la afirmación de que "la técnica es la producción de lo superfluo" conviene en que la técnica "es, ciertamente, el medio para satisfacer las necesidades humanas. Ahora podemos aceptar esta fórmula que ayer rechazábamos porque ahora sabemos que las necesidades humanas son objetivamente superfluas y que sólo se convierten en necesidades para quien necesita el bienestar y para quien vivir es, esencialmente, vivir bien". "He aquí —concluye Ortega— por qué el animal es atécnico". Pero, atécnico desde un punto de vista racional, no desde el punto de vista biológico, por cuanto "el animal se contenta con vivir y con lo objetivamente necesario para existir. Desde el punto de vista del simple

existir el animal es insuperable y no necesita la técnica. Pero el hombre es hombre porque para él existir significa, desde luego y siempre, bienestar; por eso es *a nativitate* técnico creador de lo superfluo". Es decir que entre necesidad y técnica se crea en lo humano un círculo vicioso según el cual la técnica satisface una necesidad, pero a su vez crea necesidad.

Piénsese, por ejemplo, el caso del teléfono, el del automóvil. Nacieron de un esfuerzo de la técnica por satisfacer la necesidad que el hombre tenía de economizar tiempo y energía. Hasta que la técnica no los creó, el hombre se arregló perfectamente sin ellos y, de un modo u otro, cubrió esa necesidad de economía de tiempo y energía. Mas, hoy, ¿puede el hombre contemporáneo prescindir del teléfono, del auto? O sea que, a su vez, hoy, teléfono y auto son necesidades y engendran nuevas necesidades que la técnica trata a cada instante de superar.

Por otra parte, como bien lo ha señalado Mumford, la técnica no es elemento exclusivamente humano. Hay otras criaturas vivientes, no racionales, que poseen paralelas disposiciones técnicas. Desde luego que éstas no son adquiridas y externas como las del hombre, sino naturales y adheridas *ab ovo* a su ser, pero ¿se ha pensado la maravilla "técnica" que es una colmena?, ¿qué principios de ingeniería aplica el topo en las galerías de su mundo subterráneo?, ¿qué misterio técnico constituye la descarga eléctrica de la anguila? ¿Y el radar del murciélago que lo orienta en su vuelo a ciegas?

En cambio, en ninguna de las etapas de la escala animal irracional aparece para la cultura disposición paralela a la que muestra el hombre, único animal que cuece sus alimentos, que piensa sobre sí mismo, que no tiene en sí mismo, adheridos a su ser físico, los elementos de defensa y ataque de las fieras, aunque los crea con un instrumento más poderoso: la inteligencia racional con ayuda de la técnica.

El hombre es, en tal aspecto, el animal que usa técnicamente las manos y la mente, el instinto y la capacidad de realizar, el *homo faber*. Desde ningún punto de vista, menosprecio la técnica. Señalo, solamente, la necesidad de no considerarla excluyente; la necesidad de integrarla en una cultura humanista y humanizada. Sé que "no hay

hombre sin técnica", pero sostengo que lo humano sin cultura se desvirtúa, se anula.

Si echamos una mirada al campo educacional y seguimos las tendencias registradas en las últimas décadas, podrá verificarse una decidida inclinación hacia la especialización técnica, muy saludable por cierto en etapas últimas de una dirección vocacional, pero discutible en las etapas básicas de la formación del hombre por desatender, precisamente, a su humanización.

La función de la cultura como factor cimentador en la preparación de nuestros estudiantes, puede ser humanizadora; es decir, contribuiría a volver a atender al factor humano, al cultivo de lo espiritual. La técnica es fría y deshumanizada cuando no es más que técnica. Si, por ejemplo, el médico en su misión no atiende al factor psíquico y queda sólo en lo somático, se deshumaniza; el cirujano, si no adelanta la razón cuerpo-espíritu, se convierte en simple carnicero, se queda en la técnica que no es más que técnica.

No hace muchos días comentaron los diarios porteños que el actual decano de la Facultad de Medicina, doctor Florencio Escardó, al dirigirse a los estudiantes que deseaban ingresar en dicha casa de estudios, les interrogó públicamente sobre qué entendían por medicina psicosomática. Y lo tremendo del caso no fué sólo el desconocimiento acreditado por muchos de los aspirantes sobre el particular, sino que los planteos del actual decano humanista dejaron entrever que la orientación de los estudios médicos haya sido alguna vez otra que la psicosomática; es decir, que el organicismo médico, en la didáctica del ramo, apoyado únicamente en técnicas y hechos concretos, mensurables, haya olvidado la integridad de lo humano en este aspecto tan particular de la cultura —porque la medicina también nació de la cultura— que es el cuidado de la vida.

Casi todos los planteos contemporáneos enfrentan esa divergencia entre técnica y humanidad, que es decir entre técnica y cultura, entre técnica y amor; en último término, entre el mundo de los objetos y el mundo subjetivo.

Esta creciente divergencia tiene dos ecos igualmente nefastos: la despersonalización de la técnica, nacida

estrictamente en lo personal, y la masificación de las conciencias.

El primero de ellos mata la emoción, persigue el automatismo; y, paradójicamente, hace que hoy el mayor elogio que pueda hacerse a un sabio, al decir de Mumford, deba concebirse en estos términos: "es absolutamente objetivo", es decir: no se apasiona por nada.

En una de las conferencias que con el título de *Art and technics* pronunciara Lewis Mumford en la Universidad de Columbia, ha señalado justamente que "el mundo en el cual prefieren vivir nuestros contemporáneos de mentalidad operativa, es un mundo del cual se ha eliminado deliberadamente el sentimiento y la emoción (la actitud espiritual y amorosa), un mundo en el cual todo aquello que parece oscuro y dirigido hacia el interior, todo aquello que no puede reducirse a una cantidad, es, por ese motivo, tratado como algo irreal; un mundo, como decimos, impersonal, preocupado por los medios y las consecuencias, no por los fines y propósitos".

Porque hoy —y mil ejemplos aparecen apenas se mira a nuestro alrededor— lo que no se impersonaliza, lo que no se masifica, lo que no adquiere la condición informe de masa, no es advertido ni decididamente gravitante. Que lo digan, si no, escritores, profesores, maestros, intelectuales que, de un modo u otro resistieron en la Argentina la presión masificadora.

Es cierto que el fenómeno social de la ascensión de las masas, ayer denunciado por Ortega y Gasset como "rebellón", es hoy universal. Es cierto que, como lo demuestra José Luis Romero en lúcida *Introducción al mundo actual*, socialmente de la ascensión de las masas puede resultar la dignificación del hombre desconocido. Pero, lo grave de la cuestión reside en que al propio tiempo puede deshumanizarse el hombre conocido por caer en la masificación de las conciencias.

Este es el segundo de los ecos nefastos de la diversificación entre técnica y cultura: la masificación, la sujeción entre técnica y cultura: la masificación, la sujeción por la conciencia individual, de la personalidad, por la infraconciencia colectiva, el cual tiene en relación con la cultura esta otra y grave circunstancia negativa: la muerte de la capacidad de elección y selección, de la libre determinación y del triunfo de los más capaces, la igualación por raseros de la mediocridad.

Esto es evidente, hasta en el terreno social y económico, donde masificación significa desaparición de la clase media, cuyo largo entrenamiento de la reflexión y de la voluntad crea siempre terreno apto para la culturalización.

La escritora inglesa Freya Stark, en un pasaje de su libro *The Lycian Shore* ha asentado esta categórica afirmación, con resabios del Víctor Hugo de *Los Miserables*: "Sostengo que la clase media ha alcanzado el pináculo de la civilización, y que es productora de civilización, porque es la única clase constantemente preparada para llegar a una conclusión. No es lo suficientemente rica para tenerlo todo, ni suficientemente pobre para no tener nada, y tiene que escoger: escoger entre una mesa suculenta y una selecta biblioteca; entre viajar o tener un departamento de lujo en la ciudad; entre un automóvil y una escuela mejor para el niño. Cuenta con suficientes cosas superfluas para usarlas libremente según sus necesidades, pero sólo a través del constante ejercicio de la capacidad de elección. Cuando el rico llega a ser muy rico y el pobre muy pobre, y cada vez menos gentes viven bajo la permanente disciplina de sus decisiones (es decir, cuando ocurre la masificación), la edad de las grandezas entra en decadencia".

La masificación de las conciencias —más peligrosa que el fenómeno social de "masa"— lleva, pues, a esta nueva paradoja: que la técnica, nacida de lo estrictamente individual y cuyos grados de perfeccionamiento sólo se alcanzan en los esfuerzos consientes de lo individual, adquiere en la indiferencia de la masa, despojada de elementos de cultura, de emoción, amor y sentido estético, de capacidad de decisión, que concurren a su origen, un poder ciego, anulado el sentido de elección y selección, que parece ser el síntoma de lo coetáneo.

Y ésa es una de las tragedias de nuestro tiempo. Ya en 1930, la voz premonidora de Karl Jaspers advertía en *La situation spirituelle de notre époque* la tensión entre la tecnificación de la masa y el mundo de la existencia cultural-individual y la contradicción específica del hecho que "la organización de la masa constituya un mecanismo universal de la existencia, que destruye el mundo verdaderamente humano de la existencia".

Esta deshumanización lleva a nuevas y continuas contradicciones: la tecnificación a la altura de las masas, esto es innegable, ha mejorado las condiciones de vida; pero, consiguientemente, ha creado nuevas necesidades. La tecnificación también ha satisfecho esos nuevos reclamos, aunque de modo tal que, transformándolos en hábitos, en su indiferencia ha disminuido el placer que se esperaba de ello. De allí que otro de los síntomas angustiosos y trágicos que caractericen lo contemporáneo sea la constante y creciente insatisfacción del individuo, su desconcierto; y de allí, también, que para huir de ellos, se sumerja en la masa anónima, sea en una tribuna deportiva, en la penumbra de un cine, en la columna de un mitin, en cualquier parte donde el aturdimiento embote el llamado del espíritu.

La técnica, el quehacer tecnificado, en su despersonalización e indiferencia, al volcarse en oficios y profesiones, se ha constituido en tarea abrumadora, sin horizontes espirituales, sin placer estético. Ya en el siglo XVIII, Kant, hablando del trabajo y del arte, entendía al primero como una ocupación desagradable y provechosa y, al segundo, como un juego desinteresado con finalidad en sí mismo. Pudo agregar, como luego lo hizo Schiller, que aparte del desinterés, el arte produce placer.

La separación de trabajo y placer, el unir el trabajo únicamente al interés y provecho, se ha ido acentuando cada vez más y en la era técnica que vivimos es ya catastrófica, hasta llegar a la rutina, la indiferencia y mecanización que son, en último término, desamor por el propio oficio y anulación. En este sentido, cabe recordar aquellos conceptos que el escultor Rodin escribía a su colega Bourdelle: "Lo que falta a nuestros contemporáneos —expresaba— es a mí parecer, amor por su profesión, por su trabajo, por sus instrumentos de labor. Sólo cumplen sus obligaciones con repugnancia. La sabotean conscientemente, tanto en lo más alto como en lo más bajo de la escala social. Sin embargo, cuánto más feliz sería la humanidad si el trabajo en vez de ser para ella el rescate de la existencia, fuera su objeto. Para que este maravilloso cambio se operara, sería preciso que todos los hombres siguieran el ejemplo de los artistas, pues el vocablo (artistas) significa para mí: los que se complacen en lo que hacen, los que gozan con lo que hacen".

Es evidente, pues, que uno de los planteos críticos al que urgentemente ha de abocarse la educación y los educadores en el mundo contemporáneo consiste en la humanización de la técnica y ciencia; consiguientemente, en salvar el abismo que han ido alejando técnica y cultura, ciencia y cultura. En volver a hallar por medio de la cultura y el arte los resortes placenteros de la técnica y el quehacer tecnificado, en despertar otra vez esa conciencia artesanal que hace de todo oficio un arte, de todo trabajo un goce, de todo trabajador un artista. No olvidemos que en su origen griego los conceptos de arte y técnica están expresados por la misma palabra *téchne*, significando con ella tanto el oficio, el procedimiento, el producto logrado, como el goce de lograrlo y contemplarlo.

Toda técnica debería volver a ese concepto total de constituirse en un perfeccionamiento integrado en lo humano y, sobre todo, debería tender a restaurar en el individuo la capacidad de elección y decisión. Por eso decía bien la antes citada Freya Stark: "Producir ese estímulo de larga vida que consiste en escoger tanto en el pensamiento como en la acción, debería ser el objeto de toda educación, y el estadista debe, sobre todas las cosas, proporcionar un gobierno que permanezca en manos de gentes cuya vida las ha adiestrado en el arte inestimable de decidirse". No en el de cumplir a ciegas directivas irracionales. Educar es, en su sentido más humano, capacitar para la responsabilidad y para distinguir y elegir los matices entre el "quiere", el "puedo" y el "debo", que al fin de cuentas, son los grados progresivos jalonadores del camino que va de la incultura a la cultura.

En una de sus tantas concepciones, la cultura ha sido definida por Jaspers como una forma de vida que se apoya sobre la disciplina del pensamiento y se ejerce en el dominio de un conocimiento ordenado. Supone una actitud espiritual amorosa frente a un contenido donde juegan por igual "la comprensión de las formas del pasado, la aprehensión de evidencias apodicticas, el conocimiento de lo real y la familiaridad con los lenguajes", vale decir, con todas las posibilidades de expresión del hombre. Porque sólo en lo humano se da la cultura, señalándose así una de sus más profundas diferencias con la técnica.

Desde luego que la técnica se origina siempre en la órbita de la cultura, pero ésta permanece en el orden de lo espiritual, mientras que aquella se materializa. Un tornillo es técnica; el goce, real aunque impreciso de formas y variantes en cada individuo, que puede producir la contemplación del Partenón o de la Gioconda o hasta, si se prefiere, de un nuevo modelo de automóvil, es cultura. Uno y otra —goce y cultura— se dan en razón directa: a mayor cultura, mayor goce. Tómese el caso de la lectura de una obra exquisita a una edad y a otra de la vida. En la adolescencia, con un primario respaldo cultural, el goce del *Quijote* es relativo. ¡Cuán distintos son los horizontes de la relectura en la madurez!

A esto se refiere Jaspers cuando entiende que para nuestros contemporáneos "la cultura designa una realidad que no llega jamás a tomar formas, pero de la cual, por un puro efecto de intensidad, esperan que les arranque del vacío en el cual no cesan de caer y recaer".

Por otra parte, en esa misma oposición de materialidad y espiritualidad se observa otra de las razones de privanza de la cultura sobre la técnica: la cultura es perdurable, la técnica edifica sobre lo perecedero. ¿Qué otra cosa son una biblioteca, un museo, o nuestra manera de hablar, o de saludar, o de vestir, o de comer, sino la presencia viva de la cultura, la imagen de su continuidad, de su permanente presente, de su perduración? ¿Y cómo un custodio de ese tesoro de la cultura como es el hombre no ha de estar comprometido, disciplinadamente, de ese pasado, de esa realidad, de esa evidencia, de esa necesidad que es la cultura?

La técnica, en cambio, está sujeta a la caducidad, a un constante suicidio. El tecnicismo avanza continuamente en perfección, pero cada paso lo gana destruyéndose a sí mismo, emergiendo de su *harakiri* el nuevo hecho técnico que declara caduco al antecesor. Piensen los bibliotecarios, por ejemplo, cómo han caducado los sistemas de catalogación desde el primitivo índice, lleno de intercalaciones, que es, pongo por caso, el inventario de la biblioteca del Marqués de Santillana en el siglo XV, hasta los ficheros móviles y la moderna codificación vaticana. Pero, en esta era bibliotecaria de la clasificación decimal, ¿volverían al método primitivo del siglo XV?

Piénsese, en otro orden de cosas, en el gran hallazgo técnico que significó la rueda y con ella en todas las etapas de la tecnificación del transporte. Todas, en su momento, significaron el gran avance, pero, en esta era de la velocidad supersónica, ¿volveríamos a la diligencia? Con razón y con humor, sobre la mesa de pruebas de un equipo de proyectistas de novísimos equipos de aviación, un chusco colgó esta advertencia: "Atención: si funciona, ya está anticuado".

Y todos los grados intermedios —hasta llegar en bibliotecología a la clasificación decimal; o entre una y otra etapa de la técnica del transporte mecánico— están igualmente caducados o se consideran tales.

En otro orden de cosas no hay que olvidar que, además, entre los elementos que se reciben por vía de la cultura hay cierta gratuidad rara vez exhibida por los elementos técnicos. Gratuidad en todo sentido: tanto en el de no exigir precio, cuanto en el de no exigir compromiso. "Las mejores cosas de la vida —escribía James Harvey Robinson en *The Mind in the Making*— se nos dan gratis. ¿Quién puede jactarse de que inventó el arte de la escritura, o de ser el descubridor de sus convicciones religiosas, políticas y morales, o algunos de los artificios y prejuicios sociales que le proporcionan en adecuadas condiciones sus viandas y vestidos, o cualquiera de las fuentes del placer que se derivan de la literatura y las bellas artes? En suma, la cultura apenas consiste en otra cosa que el medio de obtener esto o aquello al precio de... nada".

La cultura se ve así —y es una de las tantas maneras de entenderla— como una herencia, un legado que cada individuo, cada sociedad, cada época, recibe del pasado y a su vez conserva y transmite a la posteridad. El esfuerzo anónimo de cientos de generaciones que gratuitamente llega a nosotros: tal es la cultura. Una herencia, sin impuesto a la herencia, al precio de... nada. Se sobreentiende que este *nada* es relativo: nada material, pero mucho espiritual: esfuerzo, voluntad, sensibilidad y, especialmente, humildad para medir en valores reales nuestra ignorancia y recoger, asimilar, conservar y enriquecer ese patrimonio que nos llega del pasado.

Bien decía Silvio Pellico que "el saber sólo es dañoso cuando va unido al orgullo. Que se le una la humildad,

• impulsará al alma a amar con más intensidad al género humano".

Cultura y técnica para la educación y los educadores han de ser una constante invitación a la humildad y a la responsabilidad: por lo poco que sabemos, lo mucho que ignoramos; por los oscuros resortes que aún la técnica no domina, pero acerca de los cuales —como en la eldética platónica— adivina antiguos recuerdos; y por los muchos consuelos que la cultura ha proporcionado en todos los tiempos a los que han sabido espigar en ella.

Cultura y técnica son rutas convergentes en la educación moderna y ambas han de integrarse en lo humano.

RAUL H. CASTAÑON.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

GARABATOS Y MONIGOTES INFANTILES

Su análisis grafológico

En los primeros garabatos y monigotes espontáneos trazados por los niños hasta el momento en que inician el aprendizaje de la escritura, aparecen una serie de signos gráficos que permiten individualizarlos, al extremo de hacerlos inconfundibles con los realizados por otros niños.

Estos rasgos pueden ser analizados de acuerdo con las leyes de la Psicografología Experimental. Sin embargo, su estudio, por demás valioso para la formulación del diagnóstico precoz del carácter infantil, ha sido incomprensiblemente descuidado hasta ahora por casi todos los grafólogos y pedagogos.

Así como hay una eclosión del lenguaje hablado, existe otra eclosión del lenguaje gráfico, que nada tiene que ver con el aprendizaje de la escritura. Esta es el resultado de una enseñanza. Aquél, en cambio, aparece espontáneamente, entre los dos y tres años de edad, más o menos. En este período, no hay, salvo rarísimas excepciones, niño que, lápiz en ristre, no garbatee en cuanto papel caiga

bajo su mano, y aun en todas las superficies adecuadas de mesas, sillas y paredes.

En este primer periodo de la personalidad humana, muchos antropólogos han creído ver reproducida la etapa preliminar de la civilización humana, cuando nuestros antepasados trogloditas cubrían de pinturas las paredes de sus cavernas.

Estos balbuceos gráficos del niño, tan semejantes en apariencia unos de otros, ofrecen sin embargo profundas diferencias para cada sujeto, aunque guardan caracteres inalterables en todos los que produce un mismo niño. Más aún: las peculiaridades gráficas de los primeros garabatos, a la edad de dos años, subsisten en el monigote y posteriores dibujos espontáneos trazados entre los cuatro y cinco años; luego, en la escritura inicial de los seis años, y aun no pocas aparecen más tarde, tras un periodo de ausencia, en la escritura evolucionada del adulto.

Grafológicamente, este fenómeno se explica por el hecho de ser, el lenguaje gráfico, la representación esquemática de la personalidad psíquica y evolucionar ésta paralelamente al desarrollo físico del individuo, sin perder durante el mismo muchos de sus rasgos primitivos, especialmente los que dependen del temperamento, las aptitudes congénitas y el caudal de la libido. Por tal motivo, no es arriesgado asegurar que se puede pronunciar un precoz diagnóstico sobre el temperamento, y futuro carácter de un individuo, analizando cuidadosamente, a la luz de las leyes de la Grafología Experimental, sus grafías preescolares.

Naturalmente, es condición imprescindible que esos garabatos y monigotes estén realizados espontáneamente, es decir, que mientras el niño los ejecuta, no debe hacerle sentir sobre él la influencia del adulto mediante modelos a copiar y, menos aún, "llevándole la mano".

Un grafismo infantil preescolar, se puede analizar siguiendo el mismo plan utilizado para el estudio de la escritura. Este plan abarca la observación del grafismo en sus ocho aspectos: 1. *Ordenamiento* (ubicación del dibujo o garabato en la hoja); 2. *Ritmo* (velocidad de su trazado); 3. *Dimensión* (proporción con respecto a la hoja utilizada); 4. *Presión* (nitidez con que aparecen los trazos); 5. *Forma* (predominio de curvas o ángulos); 6. *Inclinación* (orientación de los trazos longitudinales); 7.

Continuidad (fragmentación de las líneas); 8. *Alineamiento* (orden de los diferentes motivos del grafismo).

El análisis gráfico se completa luego con la determinación del llamado *gesto-tipo* y que es, como su nombre lo indica, el *gesto gráfico* que, por su constante repetición, se convierte en la nota característica o *típica* que sirve para individualizar el conjunto.

Todo este planteamiento anterior sirve al grafólogo de guía para sus deducciones psicológicas basadas en leyes ampliamente probadas.

Siendo imposible, por el escaso espacio a que debo limitar este artículo, anotar las diferentes especies de grafismos que pueden darse en cada uno de estos ocho aspectos, tomaré, para dar una idea de cómo se realizan estos análisis, un ejemplo práctico que he seleccionado del material que para mis investigaciones me facilita el Instituto Grafo-psico-pedagógico Crépieux-Jamin, de la Capital Federal. En él trataré de mostrar, con toda la claridad posible, la evolución del lenguaje escrito de un niño, a partir de sus garabatos de los dos años hasta su escritura actual (seis años y medio).



Juanito inicia su expresión gráfica a eso de los dos años. Toma el lápiz con desenvoltura, sin que nadie se lo indique. Esto revela ya que es un buen observador y que posee habilidad manual, al mismo tiempo que memoria visual. Realiza un grafismo consistente en círculos bastante bien formados. Veamos cómo los analizamos grafopsicológicamente según sus aspectos:

Ordenamiento: En la hoja ocupan solamente la parte superior: actividad imaginativa.

Ritmo: Acelerado (actividad).

Dimensión: Pequeña, pero creciente a medida que avanza el trabajo: (concentración activa).

Presión: Apoyada: (buena salud, energía).

Forma: Predominio absoluto de las curvas: (gracia, docilidad, imaginación).

Inclinación: Ejes verticales, con leve tendencia a inclinarse a la derecha: (afectuosidad contenida).



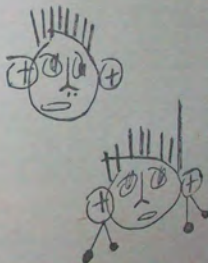
Continuidad: Cada círculo está hecho de un solo trazo. La mano sigue la dirección contraria a las agujas del reloj, como en la escritura corriente. El cierre no es perfecto y queda a la izquierda: (Introversión).

Alineamiento: Los círculos no están colocados al descuido, sino que llevan una dirección casi horizontal, con leve descenso al final del renglón: (orden).

Gesto-tipo: Cierre imperfecto de los círculos, y ubicado a la izquierda de los mismos: (Introspección).

Como lo revela el análisis grafopsicológico, a esta edad Juanito era un niño dócil, cariñoso, de modales suaves, capaz de concentrarse en los juegos, imaginativo y muy apegado a la madre.

A los tres años, comienza a preocuparse por retratar a su papá y a su mamá. Los monigotes que los representan constan de una cabeza bien redonda; en ella tres círculillos figuran los ojos y la boca. A los costados, otros dos círculos más son las orejas. El complicado interior de



las mismas, se resuelve con sendas crucecitas. La nariz es por demás original: una especie de y invertida. El cabello es una serie de líneas rectas pero sin rigidez, trazadas de abajo a arriba. El cuerpo y los miembros son simples líneas, más o menos quebradas.

Los aspectos de su nuevo grafismo no presentan variantes en cuanto a Presión, Ordenamiento, Ritmo, Dimensión, Inclinación, Continuidad y Alineamiento. Sólo en la Forma, notamos la aparición de rectas y ángulos. Debemos interpretar, de acuerdo a las leyes grafológicas, que Juanito está en plena afirmación de su personalidad, y que su inteligencia es más bien razonadora y

lógica. En efecto, los ángulos son índices de energía vital y las simplificaciones (las crucechas de las orejas) así como la originalidad (la forma de la nariz), índices de una inteligencia despierta y asimiladora.

A los cinco años, Juanito ya no es el niño sosegado y paciente de hace poco. La continua presencia y juego de los hermanos mayores lo han estimulado a la acción. El hecho de ser varios años menor, le ha valido también cierto privilegio de inmunidad. Sus actitudes, por consiguiente, son ahora más enérgicas y no siempre dóciles.

Analizando sus monigotes notamos, como variante gráfica, que "los cabellos" son bastante más rígidos y apoyados y que sus extremos finales carecen de término bien definido. En realidad, reproducen el gesto impulsivo propio de quien no es capaz de contener su impaciencia. Este final impetuoso y descontrolado aparece en la terminación de todas las líneas rectas, trazadas de abajo a arriba y de izquierda a derecha.

Las deducciones grafológicas coinciden con la realidad: Juanito tiene ahora arranques de impulsividad, que no dejan de asombrar en un niño de naturaleza dócil y cariñosa. Sin embargo, nada tienen de extraño, puesto que la libido o energía nerviosa de este niño es intensa, así como lo demuestra la fuerte presión de los trazos de su dibujo.

*autentamente
torso y miembros*

A eso de los cinco años y medio Juanito —que no ha concurrido al Jardín de Infantes— comienza a "escribir cartas" a los abuelos, imitando, seguramente, a sus hermanos. Sus grafías son espontáneas. Nadie le ha impuesto modelos y la imitación, si es tal, obedece a una selección personal. Pasa largos ratos "escribiendo", concentrado y cuidadoso. De vez en cuando "relee" y agrega uno que otro rasgo accesorio. Confirmamos su poder de concentración, atención, prolijidad y amor propio (preocupación por presentar su trabajo lo mejor posible).

Sus grafías consisten en hileras casi perfectamente horizontales de ojajillos de diversa altura, siempre a manera de e y i; nunca como f o g. Estos ojajillos se combinan con palotes semejantes a t y nunca como p o q. Con otras palabras: las longitudes que traza en su grafía son siempre superiores, es decir, trazadas hacia arriba del renglón. De esto deducimos, otra vez, que su actividad imaginativa es mayor que la corporal. (Esta se manifestaría por el predominio de las longitudes inferiores). Ocasionalmente, coloca puntos y "barras de t" en los palotes.

Así como en los anteriores monigotes, notamos una armónica combinación de curvas y ángulos, de igual modo, vemos aparecer el gesto-tipo de la impulsividad. En efecto, el rasgo final de cada renglón y aun el de los grupos integrantes de éste, son centrifugos, es decir huyen fuera del centro de la letra hacia arriba, oblicuamente, de izquierda a derecha.

También como en los monigotes, es un gesto-tipo ocasional y extraño a un conjunto con abundancia de gestos suaves derivados de la curva. La atención se mantiene buena ("barras de t" y puntos bien centrados sobre los palotes). La prolijidad y el orden, ídem (no hay confusión en el conjunto). La actividad es acentuada y sostenida (el trazado es rápido y con pocas interrupciones).

Nos llama la atención que en esta etapa de su desarrollo gráfico no aparezcan los círculos característicos de las anteriores grafías.

Antes de ingresar a Primer Grado Inferior, pide a su mamá que le enseñe a leer y escribir. Ha llegado, naturalmente, a la madurez para este aprendizaje. Por el método fonético-silábico, en diez días Juanito está en condiciones de hacer pequeños dictados y leer lecturas sencillas.

Caramelos

Como se podía prever, por la soltura de su mano y la continua ejercitación gráfica, el aprendizaje de la escritura no le representa ningún obstáculo. Cuando el-

vida el dibujo de una letra, le basta una rápida ojeada a la muestra para reproducirla hábilmente. (La atención, observación y memoria, siguen siendo excelentes).

Analicemos ahora su escritura de los seis años y medio, en uno de sus cuadernos de deberes de Primer Grado Inferior:

*Los indios habitaban
en chozos y toldos
andaban casi desnudos
usaban adornos de plumas*

Buena Distribución y Ordenamiento (hábitos de disciplina).

Alineamiento horizontal, con leve destenso al final (actividad que tiende a declinar).

Presión uniforme y nítida (buena salud).

Dimensión de las letras en aumento progresivo (atención sostenida con esfuerzo).

Ritmo rápido (actividad mental).

Continuidad interrumpida para colocar barras de *t* y puntos. (Prolijidad, concentración y precisión. Amor propio). Ovals de las letras entreabiertos a la izquierda (Introspección).

Gesto-tipo: Finales centrífugos.

Como se observa, han reaparecido en los óvalos de la escritura el cierre sinistrógeno (a la izquierda) de éstos, el aumento de dimensión al final, el alineamiento horizontal, etc.

En cuanto al gesto-tipo, que habíamos vislumbrado en las líneas rectas de los monigotes y en las grafías pre-escriturales, surge ahora en los finales de las palabras.

Actualmente, Juanito está siguiendo un ciclo de ejercicios de Grafoterapia, a fin de corregir, precisamente, esa impetuosidad, tan discordante con su naturaleza afectuosa, dócil y disciplinada. Mediante este método

de reeducación del carácter se tratará de encauzar su excedente de libido de modo que, en lugar de perderse con exteriorizaciones inútiles y nocivas, derive hacia un aprovechamiento práctico.

De esta manera, no sólo se duplicará el rendimiento del trabajo escolar de Juanito, sino que se favorecerá aún más su facultad de concentración, al mismo tiempo que se fortalecerá su carácter, enseñándole a dominar sus reacciones nerviosas, para evitarle ser juguete de ellas.

LAURA B. COTTA DE VARELA

¿QUÉ SIGNIFICA UNA BUENA ENSEÑANZA?

Con dos colegas especialistas en enseñanza y planes de estudios, visitamos, el año pasado, una escuela elemental, donde se empleaba la televisión. Este proyecto se emprendió con vistas a la posible reducción del número requerido de maestros.

Presenciamos las clases y entrevistamos a algunos integrantes del cuerpo de profesores. La directora nos dijo que un empleado de la fundación que financiaba el proyecto y un escribiente profesional, habían visitado la escuela hacia poco y nos informó que se retiraron favorablemente impresionados por lo que habían observado.

Nos quedamos perplejos, porque nuestra apreciación era totalmente diferente. Después de reflexionar, llegamos a la conclusión, que quizá debió resultarnos obvia, de que simplemente sosteníamos puntos de vista distintos, sobre lo que significa una buena enseñanza. Nos chocó que se interrumpiese bruscamente una excelente exposición en la clase de estudios sociales, para que los alumnos se preparasen a asistir a una clase televisada de aritmética. Es probable que no le diesen importancia a lo sucedido.

Los niños de la clase que acertaron las respuestas a los problemas de aritmética, que les presentaba el maestro en la pantalla de televisión, contestaron con firmeza: en cambio, varios de ellos no dieron respuesta alguna.

Quizá, lo que importaba al empleado y al escribiente, fuese el entusiasmo de los alumnos que respondían, mientras que nosotros nos interesábamos por la ayuda para aquellos que guardaban silencio.

El maestro de la televisión, que se retiró de la vista de los niños, se veía obligado a emplear objetos ilustrativos. Extrajo un pez de cartón, con los costados llenos de problemas de aritmética, de una pecera y se los mostró a los niños para que éstos respondiesen. Al empleado de la fundación y al escribiente les pareció evidentemente un método creador; en cambio a nosotros nos recordó métodos artificiales que se abandonaron hace mucho tiempo.

No se hizo mención alguna del uso que ese grupo particular de niños dio a los números, ni se reconocieron las dificultades y habilidades especiales de los alumnos, puesto que era imposible, dado que el maestro de la televisión no había trabado conocimiento alguno con ellos anteriormente.

Sin embargo, sabíamos, por experiencia propia, que un test sobre la habilidad y la comprensión en las clases de aritmética, revela una diferencia mental de tres a cinco años en las diversas habilidades del grupo de educandos y sabíamos que algunos se verían en un atolladero con un procedimiento aritmético y otros, con uno distinto; que unos niños necesitarían más práctica que otros y que el problema mayor consistía en hacer que los niños consideraran los números, como medio de resolver dificultades que para ellos revestían importancia.

En consecuencia, he deducido que la mayor parte, si no toda, de las principales divergencias de opinión acerca de la cantidad tope de alumnos, el empleo adecuado de la televisión educativa y los maestros auxiliares aficionados, surgen de las diferencias fundamentales de "lo que se estima una buena enseñanza".

Si se considera la enseñanza como relacionada principalmente con la transmisión de conocimientos; si se considera a las explicaciones y demostraciones del maestro como los mejores medios de enseñar y si el éxito conseguido puede valorarse principalmente, mediante tests objetivos, una persona tendrá una idea de la cantidad de alumnos y de los diversos planes propuestos para aumentarla.

Por otra parte, si se cree que la enseñanza debe relacionarse principalmente con el desarrollo de la capacidad de cada alumno, para resolver problemas que él comprenda; si el desarrollo emocional social y físico, así como el intelectual, son mantenidos como objetivos de la educación; si los éxitos considerados los más importantes de la misma, se deben a cambios en la conducta del niño y si se considera a cada alumno como una personalidad diferente, a la que debe ayudarse para que alcance su completo desarrollo, entonces se tendrá otro punto de vista para juzgar sobre la cantidad de alumnos.

Esto no quiere decir que todas las personas sean clasificadas fácilmente como sosteniendo una u otra posición. No obstante, se inclinan como entes individuales hacia uno u otro punto de vista y difieren sus actitudes con respecto a la cantidad de alumnos. Algunas personas pretenden racionalizar la enseñanza televisada, con un concepto que yo considero anticuado sobre el procedimiento del aprendizaje. Los modernos y sanos conceptos psicológicos, resultan esenciales para una apreciación justa de las diversas maneras en que se puede emplear adecuadamente, la televisión para la enseñanza.

La escasez de maestros ha estimulado grandemente la búsqueda de un plan que capacite a un maestro para educar a mayor número de alumnos.

Hay dos clases de soluciones: primero, la admisión de maestros auxiliares aficionados y, segundo, el empleo de la televisión. Los autores de ambas propuestas sugieren las mismas como medio para que mayor número de alumnos reciba la influencia de buenos maestros.

El plan de utilización de maestros auxiliares aficionados ha sido citado por sus autores como de éxito comprobado, el que, a su juicio, podría ser adoptado por la generalidad de las escuelas. No obstante, los educadores que han visto el plan en ejecución, han mencionado, en su crítica, una ausencia de actividades variadas en el alumno, un sentimiento de sujeción en el aula y falta de experiencias realizadas por los niños.

Aún así, el único informe elevado más adelante por el cuerpo de profesores de Bay City, Michigan, demuestra satisfacción por el plan como medida de emergencia y afirma, finalmente, que "El cuerpo de profesores de las

escuelas públicas de Bay City, Michigan, cree todavía que sería preferible tener cantidades más pequeñas de alumnos a cargo de maestros corrientes, que grados más numerosos con maestros auxiliares".

Algunas personas consideran la televisión como un medio por el que el maestro individual puede enseñar a cientos, y quizá hasta a miles de alumnos, con eficacia.

Yo opino que los que abogan por este sistema educacional, tienen pretensiones indeseables y exageradas.

Al formular esta crítica, no me cabe la menor duda de la eficacia del aporte de la televisión a la educación. No obstante, comprendo que el empleo imprudente de la misma podría perjudicar a la buena enseñanza. Es de suma importancia que comencemos a usarla controlando cada paso, con el fin de no conspirar contra las normas de la buena enseñanza.

El último plan amplio de organización escolar, tendiente a disminuir el número de maestros y aumentar el de los alumnos a cargo de cada uno de ellos, comprende a los maestros auxiliares y a la televisión. Lo proyectó A. J. Stoddard y fué publicado por el Fondo de Fomento de la Educación. El plan consiste, esencialmente, en la organización modernizada de grandes grupos. Esta clase de organización, tan popular tiempo ha, ha dejado prácticamente de existir y ello se debió a un defecto fundamental: atomiza el programa de estudios y quita a los maestros la posibilidad de conocer bien a los alumnos individualmente y hacer que se adapten a sus necesidades. La modificación propuesta ahora, padece de los mismos defectos.

Los partidarios de dichos planes consideran como el principal obstáculo para su adopción, la apatía, el prejuicio y la natural actitud hostil de muchas personas hacia casi todo lo nuevo o hacia los cambios que dicha adopción implica, denunciando una amenaza imaginaria a sus intereses.

Mi experiencia con los numerosos sistemas escolares en que he trabajado, me ha enseñado que los administradores escolares y los educadores se inclinan, por lo general, a poner en práctica las nuevas ideas, siempre que los planes contengan las realizaciones que ellos desean y sean compatibles con sus conocimientos.

La causa por la que tantos maestros objetan planes como los de Stoddard, reside en que el concepto fundamental de la educación que éstos implican, no es compatible con la idea que aquéllos se han formado sobre lo que debe ser la buena enseñanza.

Miran los planes para aumentar el número de niños a su cargo, como una traba a la oportunidad de proporcionar guía y ayuda individual a los alumnos, lo que ellos consideran esencial para una buena enseñanza.

La enseñanza es, en gran medida, un arte, cuyas manifestaciones serán más perfectas, cuanto más calificado sea el maestro que la ejerza. Algunas de las influencias más significativas del buen maestro son de naturaleza sutilísima y se basan, principalmente, en las relaciones personales entre él y el educando. Por ejemplo: la virtud de estimular al alumno en su afán por realizar mayores esfuerzos, ayudarle a valorar más sus propios méritos y los de los demás, enseñarle a desarrollar su espíritu de investigación y darle el impulso para que continúe su educación. Estas son las cualidades fundamentalistas que el maestro debe cultivar indirectamente en su diario contacto con el niño.

Por consiguiente, creo que debería darse más importancia a la opinión de los maestros que trabajan con los alumnos, en lo que respecta al mejoramiento de las condiciones de la enseñanza. Por mi parte, opino que cuanto mejor sea el maestro, mayor será el interés por la cantidad de alumnos. No puedo creer, como lo afirman a menudo los partidarios de aumentar el número de niños, que esta actitud sea simplemente una oposición innata a los cambios o al temor de dificultades más penosas.

No pretendo argumentar que el sistema actual de la cantidad de alumnos sea el mejor que haya podido plantearse. Más bien voy a señalar que el problema es complejo y que el sistema se basa en una gran cantidad de experimentos cuidadosamente controlados.

Creo que la cantidad deseable de alumnos en la escuela elemental, ha sido fijada más claramente que en los colegios secundarios y en las universidades. La mayor madurez mental de los estudiantes y el aumento específico de ciertos puntos de mira en estos últimos estable-

cimientos educacionales, sugieren que podrían atenderse adecuadamente clases de número variable de alumnos.

No dudamos que si los maestros no emplearan métodos que sólo beneficiaran a grupos pequeños, podrían enseñar lo mismo a grupos más numerosos. En consecuencia, los experimentos con la cantidad de alumnos, deberían relacionarse ampliamente con el mejor manejo de grupos pequeños, así como con la manera de entenderse con los grupos más grandes. Por el contrario, sólo resultaría exagerado insistir enfáticamente, en la actualidad, en el empleo de procedimientos adecuados para los grandes grupos.

Si se llevara a cabo esta amplia clase de experimentación, el efecto que produciría en las relaciones entre maestro y discípulo sería incierto; pero dudo que se produzca una reducción general de importancia, en el número necesario de maestros. En realidad, hay buenos motivos para creer que necesitaremos más maestros, los que, en el futuro, impartirán, en forma adecuada, una buena educación.

Los partidarios de la televisión habían mucho acerca de la experimentación. Lo cierto es que poco se ha investigado sobre su empleo. Un resumen de las investigaciones realizadas en la Universidad del Estado de Michigan por Hideya Kumata expresa que: "se ha notado una inclinación por las investigaciones, algo tardía, para los esfuerzos dedicados al empleo de la televisión, no existiendo, con excepción de unos pocos estudios, una verdadera relación entre las exhibiciones públicas y su avalúo". No obstante, los apologistas mencionados han respondido a las juntas de educación y a los administradores escolares, que el caso ha sido demostrado y los han apremiado a que adopten la televisión en gran escala, como medio de ahorrar maestros y de perfeccionar la enseñanza, lo que me parece injustificado y desgraciado.

Las dificultades individuales de los alumnos no han sido salvadas en la actualidad y sus aptitudes especiales no han sido cultivadas en forma tan completa, como era de desear. El hacerlo requiere de los maestros una mayor atención individual a los alumnos. Por lo tanto, si lo consideramos más detenidamente, opino que una población escolar, no escasa, necesitaría mayor cantidad de maestros.

Los que piden mayores cantidades de alumnos argumentan que estas necesidades no pueden ser satisfechas, porque una gran parte de su causa descansa en la tesis de que la escasez de maestros podría ser superada ahora y, en el futuro, sólo encontrando la forma de que aquellos enseñen a mayores cantidades de alumnos.

Este es un asunto que, naturalmente, debe encararse de una manera realista, pero un análisis más amplio nos revela que la situación no es tan grave como se la ha pintado a veces.

El número de estudiantes universitarios preparados para enseñar, tiende a aumentar, lo mismo que la cantidad de los que se dedican a la enseñanza después de haberse graduado.

Durante la primavera de 1956, Ray Maul, cuyos estudios de maestro suplente se han estimado autorizados, expresó: "Si se emprendieran y prosiguieran firmemente planes en gran escala, habría motivo para anticipar un equilibrio entre la oferta y la demanda dentro de una década. Podría alcanzarse dicho objetivo dentro de una estructura administrativa que proporcionara a cada niño una justa oportunidad". Su informe de la primavera pasada, a un año después, confirmó su predicción, porque la provisión de maestros calificados ha ido en aumento.

Como primera medida, muchas escuelas deberían recurrir a mayores cantidades de alumnos, a períodos escolares dobles y a recursos similares. No obstante, América puede proveer de maestros suficientes que impartan a todas las chicas y muchachos, una educación que se identifique con sus aptitudes y necesidades individuales.

HOLLIS L. CASWELL
NEA Journal, octubre de 1957.

Traducción del inglés por Emilio J. Ritter.

EL APROVECHAMIENTO DEL TIEMPO EN LA ESCUELA RURAL

Aplicación de tarjetas en la enseñanza.—¿Cómo soluciona su difícil problema el maestro de la Escuela Rural, frente a la atención simultánea de cuatro, cinco o más grados, a quienes tiene que explicar temas distintos?

¿Cómo se desenvuelve, con treinta o más niños de primero a sexto grados, de edades diferentes y mentalidades de los más variados matices?

¿Cómo divide su tiempo, y cómo lo aprovecha? He aquí la pregunta que con un poco de tristeza y mucho de desorientación, se formula el joven maestro que por primera vez pisa los umbrales de una escuela unitaria, tan distinta de aquella, la de sus primeras y últimas prácticas, allí donde cada grado era atendido separadamente por una maestra.

En el ambiente rural, todo es diferente. Si el maestro explica oralmente a un grado, sexto por ejemplo, un tema nuevo, mientras quinto trabaja en el mural colectivamente, y cuarto resuelve en sus cuadernos un ejercicio explicado un momento antes, ¿qué hace y como atiende a los otros grados: tercero, segundo, primero superior e inferior?

He aquí el empleo de los equipos en tarjetas aplicables a todos los grados y asignaturas, logrando con ello lo que yo llamaría: El aprovechamiento del tiempo en la Escuela Rural.

¿Qué hacen tercero, segundo, primero superior e inferior?, nos hemos preguntado. Pues trabajan con tarjetas.

Alguien objetará: ¿es posible que un niño de primer grado inferior maneje tarjetas? Sí, es posible y sumamente provechoso. Me permiten aconsejarlo mis catorce años de actuación en la escuela unitaria, aplicándolas con óptimos resultados.

Si de Redacción se trata, se le presentarán tarjetitas de mucho color y poco contenido; para que las mire, observe y se familiarice con ellas sin exigirle nada durante los primeros días. Después, podrá preguntársele sobre lo que ve. Lógicamente, serán monosílabos las respuestas dadas a las cariñosas preguntas que le hará su maestra; pero monosílabos que cada día serán más seguros, confiados y dichos con mayor alegría. Más tarde hablará con sus propias palabras, para llegar, aun cuando parezca imposible, a las frases espontáneas que ha de elaborar sobre la figura que tiene ante sus ojos: un bebé, la mamá, el hermanito, el retrato de la abuelita; motivos siempre que le resulten familiares.

En primero superior y demás grados, resultará más fácil tal realización. El niño sabe leer y ejecutará sin tropiezos el trabajo que se le indique.

No quiero decir con ello que durante todas las horas el niño de estos grados trabaje con tarjetas o equipos similares. Muy por el contrario; finalizado un tema se cambiará de táctica. Serán otros grados los ocupados en este tipo de ejercicios. Es necesario, muy necesario que el niño hable, exponga, realice algún trabajo oral o escrito sin el uso de las tarjetas. Que sea él en algún momento del día quien dicte, ordene, exponga y participe en los temas colectivos.

¿Qué son las tarjetas y cómo se emplean? Las tarjetas a emplear serán de cartulina blanca o de color; ventajosas estas últimas porque gustan más al niño y ayudan al maestro a diferenciar sus equipos uno de otro.

El tamaño se ajustará al contenido de las mismas, pero son aconsejables de no menos de diez por doce centímetros. Podrán guardarse, a fin de evitar su deterioro, en sobres o cajas comunes, por serie. Para identificarlas se anotará en el anverso de la misma, a la derecha, la serie correspondiente y a la izquierda el número de cada tarjeta: 1, 2, 3, 4,...

Podremos hallar con rapidez y facilidad el tema sobre el cual versan disponiéndolas en clave. Ejemplos: Serie S (silabeo); serie L (lectura); serie R. I. (redacción imaginativa); serie M (monólogos); serie D (diálogos), etc.

Los fines que se persiguen con la aplicación de las tarjetas pueden ser varios: a) Reconocimiento: dada una clase, verificar por medio de las mismas el aprovechamiento individual; b) Expresión oral o escrita: lograr que el niño, por medio de la observación, hable o escriba sobre su contenido; realice una descripción real o imaginativa, agregando siempre a estas últimas algo de su maravillosa fantasía; o, simplemente, efectúe lo ordenado en su tarjeta: un ejercicio de ortografía, escritura, lectura, análisis gramatical o lógico.

Trabajo del alumno: Recibe éste la tarjeta, distinta para cada uno. Lee el contenido (lectura silenciosa); piensa según su imaginación y en tal forma escribe; guiado, si, por el maestro que estará siempre atento a sus consultas; pero sin esa ayuda que, pretendiendo que

el alumno escriba para llegar sólo a lo que el maestro quiere, se hace pesada y coarta su libertad.

Cada niño realiza un ejercicio distinto al de su compañero de banco, por lo tanto, no puede copiar; y esto que resulta un detalle fácil de salvar en los centros urbanos, se convierte en la escuela unitaria en un serio problema, porque se hace imposible fiscalizar el trabajo simultáneo de cinco o seis grados.

Podrá el maestro, usando las tarjetas, graduar en ellas las dificultades según la mentalidad, alcance o rapidez para la adquisición de conocimientos en los componentes de su clase. Y sucederá también que el más aventajado, que en todos los grados y escuelas los hay, finalizado el trabajo de su tarjeta, sin permanecer inactivo, pueda realizar cuantas desee para no ocupar este tiempo en actividades menos provechosas.

Nos hemos ocupado de las ventajas que reporta la aplicación de tarjetas con el alumno aventajado; pero también son palpables los beneficios obtenidos con aquellos menos capacitados o negligentes, quienes realizarán al menos un ejercicio individual, distinto al de su compañero de banco, del que no podrá copiar. A su maestro, en cambio, habrá de consultarle cuantas veces lo desee; y éste, al evacuar las dudas, se formará una idea clara de las fallas y dificultades que acusen en la marcha del aprendizaje, y contemplando cada caso sin incurrir en equívocos, podrá tomar las medidas más provechosas.

Así logrará saber, por ejemplo, si un niño de los grados inferiores no entendió un ejercicio de sílabeo; si éste es pobre de imaginación, o aquel, siendo capaz, necesita mayor orientación que los demás; sabrá cuándo es la timidez la que entorpece un trabajo y cuándo un análisis lógico no ha sido bien comprendido en los grados superiores; sabrá también con exactitud si la diferencia entre un billete, la tarjeta, o una carta familiar ha sido captada. Entonces decidirá si debe repetir la clase; si conviene tratar sólo algunos puntos de la misma o si los únicos que no la han aprovechado son los más remisos.

Además de estas ejercitaciones aprenderá el educando a observar mejor todo lo que se le pone ante sus ojos; a leer con inteligencia, a interpretar una escena o dibujo cultivando su imaginación. Y una mayor actividad le ense-

ñará a aprovechar mejor el tiempo. Entonces el maestro, junto al concepto de la disciplina, habrá formado en sus alumnos el hábito de la libertad.

Podrá también el maestro de estas escuelas, mientras varios grados trabajan con tarjetas, disponer de ese tiempo para explicar a otros un tema nuevo, escuchar exposiciones orales o dirigir un debate, sin que por ello disminuya el interés de los demás, a quienes nada distraerá, ocupados en su propio trabajo. Pero no olvide quien realiza equipos individuales que con ellos ha de conseguir captar la atención y el interés de sus educandos. Si lo logra, el éxito está asegurado.

Un día de clase con siete grados simultáneamente. (Unos trabajan con tarjetas y los otros desarrollan temas colectivamente).

Lenguaje: Una hora para cada grado:

Primer Grado Inferior. Primera media hora: Clase oral colectiva, enseñanza de la palabra nene.

El maestro dedicará especialmente su atención a estos alumnos, si es posible en el pizarrón, pero no distraer a los demás, hasta que se habitúen. Para no olvide controlar el trabajo del resto de la clase. Segunda media hora: En tarjetas, copiar y dibujar el contenido de las mismas (un nene, una nena).

Primer Grado Superior. Primera media hora: Copiar en el cuaderno, con mayúscula inicial, las palabras escritas en la tarjeta. Segunda media hora: Formular oralmente oraciones con las palabras de la ficha, ilustrando en sus cuadernos las que más les agraden.

Segundo Grado. Primera media hora: Escribir en el pizarrón distintas frases u oraciones sobre la escuela; lectura de las mismas e ilustración. Segunda media hora: Lectura de un cuento corto para comentar como tarea domiciliaria.

Tercer Grado. Primera media hora: Lectura silenciosa. Presentación de la leyenda de Lucía Miranda, en copias mimeográficas; comentar en sus cuadernos. Segunda media hora: Dramatización de la misma leyenda.

Cuarto Grado. Una hora. Entregar al niño tarjetas con representaciones gráficas históricas de temas ya estudia-

dos: Colón, Solís, Magallanes, para que las interprete por medio de la expresión escrita. Ejemplo: Una tarjeta con tres carabelas dibujadas. Texto: Observa y habla de lo que te sugiera esta representación histórica.

Quinto Grado. Una hora de trabajo. Comentario de una fábula ilustrada presentada en tarjetas. Ejemplo: *La liebre y la tortuga* (el niño ejecutará este trabajo en su cuaderno y puede ilustrarlo).

Sexto Grado. Primera media hora: Lectura silenciosa. Presentar, pegados en cartulina, artículos periodísticos que se refieren a asuntos de interés para la vida de la comunidad; ejemplo: Un homenaje a Alejandro Fleming, el descubridor de la penicilina. Aplicación de la vacuina Salk en Buenos Aires, etc. Segunda media hora: Escribir un diálogo entre dos personajes que discuten sobre estos temas.

Aritmética: Una hora de tiempo en todos los grados.

Primer Inferior. a) Los alumnos contarán de 1 a 8 con diferentes equipos: Bolitas, porotos pintados con óleo de diferentes colores, etc.; b) En sobrecitos, dentro de los cuales hallarán diferentes números, los ordenarán de 1 a 3 sobre el pupitre; c) Escritura de los mismos en su cuaderno.

Primer Superior. a) En el mural: Dictado de cantidades, de 1 a 200, dictadas por los alumnos del grado. El niño que dicta lo hará por unidades, decenas y centenas; b) Descomponer uno de estos números.

Segundo Grado. a) Plantea y resuelve un problema de suma; b) Ilustra y resuelve un problema de resta.

Tercer Grado. Tarjetas como éstas: a) Anota los números anteriores y posteriores a 3.003, 1.099, 2.609, 3.000...; b) Toma tres de estas cantidades y efectúa operaciones de dividir tomando como divisores números impares de dos cifras.

Cuarto Grado. Enseñanza de números quebrados. Clase colectiva. El maestro trabajará en el mural con estos alumnos. Con objetos reales, dibujos y láminas, encarará el nuevo tema.

Quinto Grado. Trabajo de tarjetas: a) Presentación de las cuatro operaciones con decimales, en el anverso. Ejercicios por la unidad seguida de ceros (reverso).

Sexto Grado. a) Enseñanza y revisión de números romanos; b) Anotar en números romanos las fechas que figuran en las tarjetas. Ejemplo: Día universal del ahorro. Muerte de Martín Güemes. Batalla de Caseros, etc.

Desarrollo

Primer Grado Inferior. Tema: El niño y la escuela. a) Copiar el pizarrón los dibujos efectuados por el maestro sobre el tema; b) Vestir y desvestir un muñeco con ropa de colegial (trabajo colectivo).

Primer Superior. Copiar la poesía "Mi delantal"; ilustración y plegado.

Segundo Grado. Tarjetas sobre escenas familiares. Descripción imaginativa oral, si el maestro dispone de un momento para atender al niño que expone; en caso contrario, la descripción se hará por escrito.

Tercero y Cuarto Grados. Clase colectiva oral. Sebastián Gaboto, su viaje. Aquí narrarán la leyenda leída en clase sobre Lucía Miranda (Dramatización).

Quinto Grado. Civilizaciones Precolombianas. Entregar a los alumnos un croquis de América para que las localicen. (El primer trabajo puede bosquejarlo el maestro frente al mapa a modo de guía). Los niños efectuarán un pequeño comentario escrito.

Sexto Grado. Tema nuevo a tratar. Historia: Edades. Por medio de láminas, esquemas, dibujos y gráficas lo explicará el maestro. Podrá hacerlo libremente, dedicándole todo el tiempo necesario, pues los demás grados estarán interesados en sus propios trabajos.

Un tema de Lenguaje

Amplísimo es el campo de la redacción y si debe aplicarse desde primer grado inferior, su comienzo ha de ser el más simple: formular oraciones sobre los dibujitos de la tarjeta; luego descripciones, narración de leyendas, cuentos y fábulas. Más tarde el monólogo y el diálogo, para llegar finalmente a la correspondencia inter y extra-escolar.

Si los temas presentados en tarjetas son conocidos, o reflejan la vida diaria, úselas el maestro pues el niño trabajará con gusto.

CARMEN F. ROZINSO

LAS SECCIONES PARALELAS HOMOGÉNEAS EN LOS GRADOS DE LA ESCUELA PRIMARIA

La escuela actual sostiene que el aprendizaje y el aprovechamiento escolares se cumplen mejor en conjuntos de alumnos agrupados en secciones sobre la base del nivel de madurez para recibir la enseñanza de la lectura y la escritura. En nuestro país esta práctica ha sido intentada en distintos lugares y oportunidades. No obstante ello, no conocemos un trabajo experimental que ofrezca datos definitivos para alentar o desalentar la formación de tales secciones.

La escuela bonaerense tiene hoy la oportunidad de realizar esta experiencia definitiva con el concurso de los organismos específicos vinculados al ciclo primario y la colaboración de la Dirección de Psicología y Asistencia Social Escolar. Las perspectivas de creación de nuevas secciones paralelas homogéneas nos ha movido a ofrecer algunas sugerencias acerca de: 1) su organización, 2) adaptación de los programas y 3) planteamiento experimental.

1) Organización de las secciones paralelas en primer grado inferior

La organización de las secciones paralelas homogéneas en los grados de la escuela primaria debe estar orientada a crear las mejores condiciones de aprendizaje para los alumnos. Constituyen, dentro del ámbito escolar, un esfuerzo para adaptar la enseñanza a las diferencias individuales de los alumnos. Sería un error lamentable sostener la conveniencia de reunir a los alumnos con posibilidades semejantes de aprendizaje en virtud de una mayor comodidad para la maestra en relación con sus tareas docentes. Cuando se reúne en dos grupos a un conjunto de niños de primer grado inferior sobre la base de sus niveles de madurez para el aprendizaje de la lectura y la escritura, no se lo hace así porque uno de los grupos es definitivamente inferior al otro en sus posibilidades para el dominio de dichas técnicas. Por el contrario, y tratándose de niños normales, ambos grupos tienen las mismas posibilidades de

lograr, al final del curso, el aprendizaje de la lectura y la escritura a un nivel de eficiencia semejante. La constitución de estos grupos se justifica y explica perfectamente en razón de la necesidad de adoptar métodos de enseñanza que contemplen mejor las características individuales para lograr un progreso escolar normal. Si los niños que se benefician con un método y los que se benefician con otro son agrupados para permitir un desarrollo sistemático de procedimientos de enseñanza que favorezcan al mayor número de alumnos de cada uno de los grupos, es evidente que esa separación no se vincula a una mayor o menor capacidad de los alumnos integrantes de los mismos, sino a una cuestión relacionada con la metodología didáctica.

El mismo planteo puede trasladarse a las secciones paralelas homogéneas organizadas de acuerdo con la distribución de determinados tipos de rendimiento, desde primero a sexto grados. Supongamos que la dirección de una escuela dispone organizar secciones paralelas homogéneas en el primer grado inferior en función de los resultados obtenidos en tres pruebas psicológicas: Escala Revisada de Inteligencia Stanford-Binet, Forma L; Escala Vineland de Madurez Social y Test Viso-Motor de L. Bender. La primera establece el nivel mental determinado por la actuación intelectual de los educandos en situaciones que la ponen de manifiesto. La segunda ofrece un índice del nivel de madurez social y la tercera, el nivel de madurez mental apreciado a través de la función visomotora, vinculada a procesos mentales que participan en la lectura y la escritura. Aplicadas las tres pruebas y teniendo en cuenta los resultados de cada una de ellas y/o en su conjunto, podría establecerse un grupo constituido con niños que exhiben buenos niveles en los tres aspectos apreciados. En el segundo grupo se incorporarían los niños con niveles inferiores, en comparación con los otros alumnos, en los mismos aspectos ya mencionados. Recuérdese que estamos tratando con niños normales, es decir, educandos que asisten a los grados comunes de la escuela primaria.

El hecho de que el segundo grupo se haya desempeñado inferiormente en las tres pruebas aplicadas no significa, de ninguna manera, que esos niños estén definitivamente destinados a rezagarse en su aprovecha-

miento escolar. Las razones para afirmarlo así son las siguientes:

a) Los tests de inteligencia, madurez, etc., no logran poner de manifiesto aptitudes o disposiciones innatas, independientemente de la influencia que hayan recibido del medio y del aprendizaje. En general, las pruebas psicológicas estiman las condiciones presentes del sujeto en relación con una o varias aptitudes, según la naturaleza de dichos tests. En el Boletín N° 6, de la Dirección de Psicología y Asistencia Social Escolar, nos ocupamos con cierto detalle acerca de la dinámica de la madurez sosteniendo que ésta es la resultante de dos factores en permanente interacción: el crecimiento de las estructuras orgánicas y el aprendizaje. Además, en el número 8, Año II, agosto de 1957, página 427, de la Revista de Educación, se publica un trabajo de Wasman sobre la naturaleza de la aptitud, señalando la importancia de una consideración adecuada de los dos factores ya mencionados y su influencia sobre la interpretación de las pruebas psicológicas dirigidas a apreciar las aptitudes.

b) Las consecuencias de estos hechos sobre el problema que nos ocupa son evidentes y advierten que la momentánea inferioridad del grupo que obtuvo resultados bajos en las pruebas aplicadas, no debe considerarse definitiva. La escuela, prestando adecuada atención a las necesidades individuales de la mayoría de esos alumnos, puede ofrecerles las oportunidades para compensar la deficiencia en los estímulos educativos y ambientales que, en buena parte, pudo determinar las condiciones transitorias para actuar deficientemente en las pruebas psicológicas utilizadas. Esto no significa negar la realidad de la existencia de niños menos dotados, aun en la zona de la normalidad. Quizá, en un futuro próximo, métodos adecuados de enseñanza y estimulación proporcionen a un número cada vez más amplio de dichos niños las condiciones para cursar satisfactoriamente todo el ciclo primario. Las secciones paralelas homogéneas mantienen, pues, su objetivo fundamental: procurar que todos los niños de la escuela primaria logren un progreso normal en su escolaridad. Durante muchos años un número variable de niños fueron considerados definitivamente menos dotados, hasta que se logró descubrir que los tras-

tornos disléxicos, ahora fácilmente identificables y corregibles, eran la causa fundamental de ese atraso escolar.

Sugerencias para la organización de las secciones paralelas

Nuestra escuela primaria exige que el niño de primer grado inferior adquiera la lectura y la escritura en el primer año de su escolaridad. Surge de ello la importancia que se asigna a esta asignatura y la preocupación dominante acerca de la misma en este período inicial de la vida escolar. Las funciones mentales vinculadas al aprendizaje de la lectura y la escritura no se desarrollan paralelamente al conjunto de las aptitudes que determinan el nivel mental de los niños (Ver "Programas para las escuelas primarias" y "Guías didácticas" 1957, Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires). Esta particularidad aconseja preferir la utilización de una prueba de madurez para la iniciación en la lectura y escritura. Las maestras que utilizan estas pruebas deben tener presente que los tests de madurez para la lectura y la escritura no aprecian el nivel de inteligencia de los niños a los cuales se les aplica. Dichas pruebas miden tanto mejor la madurez de esas funciones vinculadas a la lectura y la escritura cuanto menor sea la correlación positiva con la inteligencia. En otros términos, resulta sumamente arriesgado predecir la inteligencia de un niño en base a los puntajes obtenidos en una prueba de madurez para la lectura y la escritura.

La escuela que desea organizar secciones paralelas homogéneas sobre la base del nivel de madurez para la lectura y la escritura, aplicará una prueba o tests que aprecien dicho factor, a todos los alumnos que se inscriban para iniciar su escolaridad. El hecho de que uno de los tests más empleados para esta finalidad —A. B. C., de L. Filho— no haya sido estandarizado¹ para nuestros niños requiere que se tomen algunas precau-

1. Estandarización (significación) es el proceso por el cual se ajustan las normas que son aplicadas para la población escolar a la cual se debe aplicar la prueba.

ciones en el manejo de los resultados. En el apéndice de este trabajo señalamos un procedimiento que permite adaptar los resultados a las características de la población escolar de primer grado inferior de cada escuela.

De acuerdo con el procedimiento aconsejado en el apéndice mencionado, veamos cómo debería procederse con un grupo de 200 alumnos inscriptos en primer grado inferior. Aproximadamente el 68 % de los alumnos alcanzarán un puntaje que no variará más de una desviación estándar por encima o por debajo de la media aritmética del grupo. Son los alumnos que formarán parte de las secciones paralelas homogéneas con condiciones comunes o medias para el aprendizaje de la lectura y escritura. A razón de 30 alumnos por sección se constituirían de cuatro a cinco grados con dichos niños. Quedarían unos 30-35 alumnos para las secciones de alumnos en mejores condiciones respecto del término medio.

Cuando los alumnos no pasan de 100 conviene organizar primero las secciones con alumnos que exhiben aptitudes medias o normales. Si las secciones inferiores o superiores quedaran con muy pocos alumnos no existe otra posibilidad que la de colocar en las primeras, alumnos con puntajes bajos dentro del rango medio o normal y en las superiores los que tienen puntajes más altos dentro de dicho rango normal.

Al organizar las secciones paralelas debe tenerse en cuenta que algunos alumnos, a pesar de la bondad de los tests utilizados, no se ubicarán adecuadamente. Es decir, que algunos niños considerados inferiores, medios o superiores según los resultados de las pruebas, no rendirán como tales. Frente a esta realidad conviene establecer la práctica de trasladar a esos niños a las secciones adecuadas, una vez que el ritmo de aprendizaje que exhiben revele sus verdaderas posibilidades para la adquisición de estas técnicas.

Estadísticamente se puede prever, aproximadamente, el número de alumnos que se ubicarán adecuadamente y el número de los que serán mal ubicados. Naturalmente, no es posible decir cuál alumno, individualmente, estará en estas condiciones, pero sí el número de ellos. El número aproximado de alumnos que lograrán una ubicación adecuada sobre la base de los resultados de las pruebas

psicológicas, depende en gran medida del índice de validez del test utilizado.²

De la lectura del manual del A. B. C. se desprende que, en diferentes experiencias se han logrado índices de validez que oscilan entre 0.75 y 0.87. Si tomamos un valor medio de 0.80 y el porcentaje de éxito (es decir, del porcentaje de alumnos que aprueban las exigencias formuladas en relación con la lectura y escritura para aprobar el primer grado inferior) equivalente al 80 %, podremos establecer las siguientes aproximaciones en cuanto a resultados finales:

Los alumnos ubicados en los siguientes percentiles	Equivalentes a los valores "x" siguientes	Serán bien ubicados en grupos
99-90	2.33 a 1.29	el 99 %
89-80	1.23 a 0.85	el 97 %
79-70	0.81 a 0.53	el 94 %
69-60	0.50 a 0.26	el 91 %
59-50	0.23 a 0.00	el 87 %
49-40	0.03 a 0.26	el 83 %
39-30	0.28 a 0.53	el 78 %
29-20	0.56 a 0.85	el 71 %
19-10	0.88 a 1.29	el 61 %
9-1	1.35 a 2.33	el 40 %

Nota: El significado de los valores se encontrará en el apéndice.

Esto significa lo siguiente: si diez alumnos se ubican en el percentil entre 29-20 (equivalente a valores "x" entre 0.56 y 0.85) solamente 14 de ellos (aproximadamente el 71 %) será bien ubicado en su grupo.

Estas comprobaciones no contradicen la eficacia de las secciones paralelas homogéneas establecidas en base a un test de madurez para la lectura y la escritura, porque contando con los resultados de dichas pruebas estamos en mejores condiciones que si actuáramos al azar. Se las

2. Índice de validez: señala el grado en que la prueba o test aprueba realmente lo que se propone medir. Se establece obteniendo el coeficiente de correlación (r) entre la prueba y el criterio. En este caso, el dominio de la lectura y la escritura.

Menciona para que la maestra tenga siempre presente que la ubicación de un porcentaje de los niños en una sección determinada es susceptible de ser modificada.

II) Adaptación de los programas de las secciones paralelas homogéneas

Las secciones paralelas homogéneas de los grados comunes se organizan para adaptar la escuela a las necesidades y características individuales de sus alumnos. Este objetivo fundamental impone la adopción de métodos adecuados y una adaptación de los programas comunes, ajuste éste que no obliga a apartarse de las exigencias generales de los mismos. En primer lugar nos referiremos a este problema desde un punto de vista general, y luego, concretamente en relación a las secciones paralelas homogéneas del primer grado inferior. Supongamos que se han establecido tres secciones paralelas para cada uno de los grados. A partir de primero superior, la distribución de los alumnos en las secciones inferior, media y superior conviene realizarla tomando en consideración el ritmo de aprovechamiento escolar. Pueden considerarse, secundariamente, otros criterios tales como nivel mental, madurez social, etc. El índice de aprovechamiento escolar constituye, por cierto, el mejor medio para predecir el desempeño de los niños en las diferentes secciones.

En segundo grado los alumnos de nuestra escuela primaria deben dominar la resta y saberla utilizar en problemas. El cumplimiento de esta parte del programa escolar, para satisfacer las finalidades de las secciones paralelas homogéneas, debe lograrse de distinta manera en las tres secciones propuestas. De la sección media o común no nos ocuparemos en virtud de que teóricamente, puede cumplir el programa dentro de los requisitos formulados por el mismo.

Secciones por debajo de la media o común. — El programa establece, en relación a la resta, que el niño debe dominarla en un 100 % y aplicarla a problemas. Si estos niños exhiben un ritmo de rendimiento escolar algo por debajo respecto del término medio, surge en seguida que debemos aumentar el tiempo dedicado a la ejercitación (ver "Programas para las escuelas primarias", página 29)

y disminuir el empleado en problemas de mayor complejidad. Tres razones existen para ello: 1) Lo fundamental es que el niño domine el mecanismo de la sustracción con la máxima comprensión de lo que hace mientras resta. 2) La capacidad del niño para aplicar la resta a problemas depende de factores ajenos a las operaciones aritméticas mismas. 3) El desarrollo de la habilidad para razonar problemas puede limitarse a aquellos que se refieren a las necesidades actuales del niño, ya que el razonamiento de los problemas más complejos se justifican solamente cuando el niño se enfrenta con la necesidad de resolverlos. Los problemas de resta que un niño de segundo grado debe resolver en su vida diaria son muy sencillos.

La maestra de una sección inferior de un grado debe estudiar qué problemas de resta necesitan sus alumnos para resolver situaciones reales que se les presentan de acuerdo al medio en que viven y no según los manuales de ejercicios aritméticos que complican innecesariamente las cosas. Los alumnos de la sección inferior deben aplicar la resta a problemas sencillos y concretos surgidos de situaciones planteadas por la maestra, similares a los que vive diariamente un niño de segundo grado en su medio habitual. En la formulación escrita o verbal de estos problemas debe evitarse toda complejidad de enunciación. Se descartarán los de este tipo: "Fui al almacén y en varias compras, gasté \$ 12. Si tenía \$ 20 ¿cuántos pesos me quedaron?", etc. En su lugar se preferirán los planteos concretos y directos: "Tenía \$ 20. Gasté \$ 12 ¿Cuántos pesos me quedaron?" Hueiga decir que estos problemas serán ilustrados y presentados en situaciones concretas, en las cuales el alumno pueda manipular los elementos que intervienen en las mismas. Igual criterio debe orientar el desarrollo de las demás asignaturas. Siempre es posible disminuir el nivel de complejidad de los conocimientos que se tratan de enseñar, sin dejar de cumplir los requisitos básicos del programa escolar.

Secciones por encima de la media o común. — En estas, la maestra estudiará los intereses de sus alumnos y, en cada caso, tendrá oportunidad de ampliar y profundizar el contenido del programa escolar que, por razones obvias, se formula teniendo en cuenta el término medio de la población escolar de cada grado. Al hacerlo, evitará la

complejidad por la complejidad misma. Ampliará los conocimientos y hará avanzar a sus alumnos más allá de lo que exigen los programas, en aquellos temas por los cuales cada niño o grupos de niños demuestra mayor interés. Esta es la solución más aconsejable para no caer en exageraciones o virtuosismos que en nada benefician al desarrollo de auténticas aptitudes e inquietudes.

Adaptación de los programas en las secciones de primer grado inferior.—Si en este grado las secciones paralelas homogéneas se han constituido de acuerdo con el nivel de madurez para la lectura y la escritura, la adaptación de los programas deberá realizarse, fundamentalmente, en relación con dicha asignatura. En las secciones inferiores, siempre en relación con las aptitudes y funciones mentales vinculadas al aprendizaje de la lectura y la escritura, conviene prolongar el tiempo e intensificar las actividades dedicadas a promover una mayor madurez en dichas aptitudes y funciones mentales. (Ver "Guía Didáctica de Lenguaje y Matemáticas, 1957").

En relación con las secciones paralelas superiores, los alumnos avanzarán más rápidamente en el aprendizaje de la lectura y la escritura. Existe entonces la necesidad de intensificar la práctica de la lectura, aprovechando para ello los intereses de los alumnos en determinados aspectos, actividades y problemas.

III. Planteo experimental

La organización y funcionamiento de los grados—en este caso primero inferior—con secciones paralelas homogéneas, ofrecen una oportunidad excelente para realizar investigaciones interesantes en relación con el grado de beneficio que representan para el alumnado. Son diversas las experiencias que pueden llevarse a cabo, pero sugerimos un esquema cuyas demandas se adoptan mejor a las modalidades de nuestra escuela primaria.

La experiencia que proponemos exige la colaboración de dos escuelas, a menos que en una escuela de población escolar numerosa se puedan formar seis o más secciones de primer grado inferior. Si fuera así, el esquema se puede emplear trabajando en una sola escuela.

Supongamos que la escuela A tenga una inscripción en primer grado inferior que le permita formar tres o

cuatro secciones, y la escuela B también esté en las mismas condiciones. En ambas escuelas—la A y la B—se aplica un test de madurez para la lectura y la escritura.

En una de las escuelas, digamos la A, se constituyen tres secciones paralelas homogéneas de primero inferior de acuerdo con los resultados obtenidos en las pruebas de madurez y se adapta la enseñanza de acuerdo con las características de cada una de las secciones.

En la otra escuela—o sea, la B—se constituyen las tres secciones paralelas prescindiendo de los resultados obtenidos en la prueba de madurez; puede hacerse por orden alfabético (de la "a" a tal otra letra, la primera sección de esta última a tal otra, la segunda sección, etc.).

El motivo de esta investigación es determinar la utilidad que significa, desde el punto de vista del aprendizaje de la lectura y la escritura, la constitución de secciones paralelas integradas en base al nivel de madurez para dicho aprendizaje. Por lo tanto, conviene que en ambas escuelas se utilice el mismo método de enseñanza de la lectura y la escritura.

Al término del período escolar se procede a un análisis de los resultados de la enseñanza en ambas escuelas, en las tres o cuatro secciones de primer grado inferior. Este análisis puede reducirse a calcular el porcentaje de alumnos que en cada una de las escuelas haya alcanzado un nivel determinado en el dominio de la lectura y escritura. Si el porcentaje de alumnos que alcanzan ese nivel es mayor en la Escuela A que en la B, es indudable que la agrupación de alumnos por secciones paralelas en base al nivel de madurez es beneficioso.

Otro análisis puede efectuarse de la siguiente manera: se toma en cuenta el número de alumnos en la escuela A que, por sus puntajes inferiores a la media aritmética de todo el conjunto, tenían pocas posibilidades de lograr un dominio normal de las exigencias que en materia de lectura y escritura se programan para los alumnos de primer grado inferior, en virtud de su inmadurez. Se calcula el porcentaje de esos niños que en la escuela A y en la escuela B lograron superar el pronóstico que se había hecho de ellos, es decir, aprendieron a leer como el resto de los niños, término medio. Si en la escuela A dicho porcentaje es mayor que en la escuela B, se confirma que la agrupación de los niños en secciones paralelas ofrece muchas ventajas.

Puede hacerse un análisis aun más objetivo. En los primeros días de noviembre, en la misma fecha, en las escuelas A y B se toma una prueba de capacidad de lectura silenciosa para primer grado inferior (el profesor Alfredo Ghioldi es autor de una prueba de esta naturaleza y ha sido editada por Kapelusz) y se observa el promedio de puntajes de los alumnos de las escuelas A y B, respectivamente. Si el promedio de la escuela A es más alto que el de la escuela B, se obtiene otra evidencia de las ventajas de las secciones paralelas homogéneas.

Cuando los tests utilizados no cuentan con normas obtenidas sobre nuestra población escolar, se utilizan los puntajes directos, es decir, tal como resultan de sumar los positivos alcanzados por cada alumno. Supongamos que se ha aplicado el *Test A. B. C. de L. Filho* a 100 niños. Clasificados los cuadernillos se procede a ordenar los puntajes de los alumnos. Conviene ordenarlos de manera tal que el alumno que ha obtenido el mayor puntaje figure en primer término, y a continuación de éste y en orden decreciente y sucesivo los siguientes puntajes:

Tabla I. — Puntajes correspondientes a 100 niños inscritos en primer grado inferior y a los cuales se les aplicó el A. B. C. de L. Filho.

Puntajes	Número de niños que los obtuvieron
22	1
21	2
20	2
19	4
18	6
17	7
16	8
15	13
14	18
13	10
12	8
11	7
10	5
9	4
8	2
7	1
6	1
5	1

Nº de alumnos 100

Conviene siempre calcular la media aritmética del grupo que se ha examinado. La media aritmética nos ofrece la oportunidad de conocer el puntaje que corresponde a un nivel de madurez medio para todo el grupo examinado. Como la maestra trabajará con ese grupo, lo que le interesa es ese nivel medio. La media aritmética se calcula sumando los 100 puntajes individuales obtenidos por los alumnos y dividiendo dicho sumando por el número de alumnos, o sea por cien. El cociente resultante es la media aritmética. Cuando los resultados están agrupados como en la Tabla I, se multiplica cada puntaje por el número de alumnos que lo han obtenido. Se suman todos esos productos y el sumando se divide por 100. Cualquiera sea el procedimiento utilizado, la media aritmética del ejemplo, que hemos escogido y que figura en la Tabla I, es 14,05 puntos, en números redondos es 14 puntos. Téngase en cuenta que ésta es la media aritmética del grupo escogido por nosotros como ejemplo, pero cuando se obtiene en otros grupos de alumnos dicha media puede ser diferente.

El número de alumnos de "nuestro grupo" (100 niños) es demasiado grande para formar tres secciones; por lo tanto decidiremos formar cuatro secciones paralelas en base a los puntajes que representan diferentes niveles de madurez para el aprendizaje de la lectura y la escritura. Teóricamente, cada sección debería tener 25 alumnos ($100 \div 4 = 25$). No obstante conviene colocar más alumnos en las secciones que agruparán a los alumnos más maduros, para que la sección destinada a los menos maduros cuente con el menor número posible de alumnos. Esto para prestarles una mayor atención individual. Supongamos que las secciones, en orden decreciente de madurez sean B, C, D y E.

La B —con los alumnos más maduros— puede admitir unos 30 niños. La C, cuyos alumnos le seguirán en madurez, con 27 ó 28 alumnos y la D, con 24 ó 25 alumnos. Entonces la E, o sea la que reúne a los alumnos más inmaduros, podrá limitar su alumnado a 17 ó 19 alumnos.

Para ubicar a los alumnos en las secciones B, C, D y E —cuando se utilizan los puntajes directos— el procedimiento más sencillo es el siguiente:

- (a) Se ordenan los alumnos de acuerdo con sus puntajes, colocando en primer término el alumno (o

alumnos) cuyo puntaje sea el mayor del grupo y, luego en orden decreciente, los restantes alumnos, ver Tabla I.

- (b) Se cuenta, para nuestro ejemplo, de arriba hacia abajo, 30 alumnos y ellos serán los que formen la sección B. En la Tabla I puede verificarse que los 30 primeros alumnos tienen puntajes que oscilan entre los 22 y 16 puntos.
- (c) Para la sección C, se cuentan los 27 ó 28 alumnos, que figuran a continuación de los treinta primeros que se han ubicado en la Sección B. Supongamos que sean 28 alumnos. Observando la Tabla I, 13 alumnos tendrán 15 puntos; otros 15 alumnos tendrán 14 puntos.
- (d) En la sección D, se cuentan los 24 ó 25 alumnos que siguen a los que entraron en la sección B. De acuerdo con la Tabla I, suponiendo que se haya decidido que sean 24, veremos que 3 alumnos tendrán 14 puntos, 10 alumnos 13 puntos, 8 alumnos 12 puntos y 3 alumnos 11 puntos.
- (e) El resto de los alumnos, o sea, 4 con 11 puntos, 5 con 10 puntos, 4 con 9 puntos, 2 con 8 puntos, 1 con 7 puntos, 1 con 6 puntos y 1 con 5 puntos, formarán la sección E, es decir, los alumnos más inmaduros.

En resumen:

Tabla II.— Distribución de los alumnos en cuatro secciones paralelas homogéneas en base a los puntajes obtenidos con el test de madurez A. B. C.

Sección	Número de alumnos	Puntajes
B	30	22 a 16
C	28	15 a 14
D	24	14 a 11
E	18	11 a 5

Estas cifras valen para nuestro ejemplo y no son rígidas. De manera que el maestro procederá a formar las secciones paralelas de acuerdo con la realidad de sus datos. Lo que siempre conviene respetar es que el número de alumnos por sección disminuya a medida que la inmadurez de los alumnos que se agrupan por sección sea mayor.

Además es muy posible que algunos de los alumnos que han obtenido los puntajes más bajos presenten algunos

problemas que aconsejen otro tipo de atención escolar con lo cual el grupo E quedaría disminuido en su número. Los siguientes motivos pueden dar lugar a esta situación:

- a) Algún grado de déficit intelectual debidamente comprobado;
- b) Franca inmadurez producida por falta de oportunidades para desarrollar las aptitudes y funciones mentales vinculadas con el aprendizaje escolar;
- c) Francas dificultades específicas para la lectura y la escritura.

En los casos b) y c) algunos de esos alumnos podrán progresar en una sección especialmente concebida para ellos como es la E. Pero si se sospechara que uno o más de los alumnos que han sacado puntajes tan bajos corresponde al grupo a) de problemas, conviene procurar un examen psicológico completo para saber si hay que ubicarlo directamente en grado A o en una escuela de preparación.

Si por algunos de estos motivos, el número de alumnos de la sección E disminuyera en más de dos o tres alumnos, conviene pasar algunos de la sección D a la sección E, escogiendo siempre los de menor puntaje dentro de la sección D.

De igual manera, si se desea pasar alumnos de una sección mejor a otra inferior, siempre se escogieran a los alumnos de menor puntaje de la sección de donde se los retira. Cuando el traslado debe producirse de una sección inferior a otra superior, se escográn los alumnos de mayor puntaje en la sección inferior de donde se los retira.

Si en lugar de utilizar el test de Filho se empleara cualquier otro, se procede de la misma manera.

Este procedimiento que acabamos de explicar es práctico y puede servir a los fines limitados de la experiencia que se propone. Pero si se desea un mayor rigor, desde el punto de vista psicométrico, los maestros pueden utilizar el procedimiento indicado en el apéndice número 1.

APÉNDICE

Obtención de la media aritmética (M.A.) y de la desviación standard (D.S.) utilizando el método abreviado.

Recordando los valores de la Tabla I se procede de la siguiente forma:

(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)
Intervalos	Punto medio	f	x'	fx'	fx' ²
21-23	22	3	3	9	27
18-20	19	12	2	24	48
15-17	16	28	1	28 + 61	28
12-14	13	36	0	0	0
9-11	10	16	-1	-16	16
6-8	7	4	-2	-8	16
3-5	4	1	-3	-3 - 27	9
				34	144
		100			

Para calcular la media aritmética procedemos primero a establecer una clase-intervalo (Columna 1), es decir, agruparemos los puntos posibles obtenidos por los alumnos en intervalos de tres puntos cada uno. Al lado de la primera columna se coloca el punto medio de la clase-intervalo (Columna 2). Luego (Columna 3) la frecuencia de ese resultado o número de niños que obtienen un puntaje contenido en esa clase-intervalo. Se toma luego el intervalo que ha merecido más resultados (en este caso el intervalo 12-14) y suponemos que ese valor es la media aritmética supuesta, tomando como tal el punto medio del mismo o sea 13. En la columna siguiente (Columna 4) enumeramos las desviaciones respecto de la media en términos de intervalos. Así por ejemplo a partir de 0, los resultados agrupados en el intervalo 15-17 se desvían en sentido positivo en un intervalo del 12-14, los del intervalo 18-20 se desvían en sentido positivo en dos intervalos en sentido positivo, etc. Lo mismo para los intervalos que agrupan resultados por debajo del 12-14, colocando un signo negativo para determinar su valor negativo, luego (Columna 5) se calcula el producto de la frecuencia (Columna 3) por la desviación o x' (Columna 4). Finalmente —esto es un paso ya realizado para luego calcular la desviación standard— se obtiene el producto de las columnas (4) y (5) y obtendremos (Columna 6) los cuadrados parciales de las desviaciones respecto de la media aritmética supuesta. Al pie de la Columna 6, la suma de esos cuadrados.

Para calcular la media aritmética utilizaremos solamente las columnas del 1 al 5 inclusive.

M. A. (supuesta): 13

$c = 61 - 27$

100

$c = 0,34$

$ci = 0,34 \times 3$

$ci = 1,02$

M. A. = 13 + 1,02

M. A. = 14,02

Explicaciones adicionales: c es la corrección que sumaremos algebraicamente a la media aritmética supuesta. Se obtiene sumando los valores positivos de la Columna 5, que nos da el valor + 61. A este valor le sumamos algebraicamente la suma de los valores negativos que nos da - 27. El resultado es 34. A este valor lo dividimos por el número de resultados o sea 100 y lo multiplicamos por las unidades de intervalo o sea 3 y arroja un valor de corrección de 1,02 (ci). Este valor lo sumamos o restamos, según el signo correspondiente a la media aritmética supuesta y obtenemos la media aritmética final o sea 14,02.

La fórmula para hallar la desviación standard por el método abreviado es:

$$\frac{\sum x'^2}{N} - c^2 \times i \text{ (intervalo), reemplazando con nuestros valores}$$

$$\frac{144}{100} - 0,1156 \times 3, \text{ o sea } 3,45$$

La desviación standard es igual a 3,45. Esto quiere decir, si tratamos con una población tomada al azar y que se distribuye normalmente, que el 68 % aproximadamente de los niños examinados no varía en sus resultados en más o menos de una desviación standard (3,45) respecto de la media aritmética (14,02). O sea entre 10,57 y 17,65 puntos.

Los valores " Z " se obtienen de la siguiente manera:

- Se calcula la diferencia que existe entre el puntaje obtenido por un niño y la media aritmética del grupo. Si el puntaje es mayor a la media aritmética la diferencia tiene signo positivo. Si el puntaje es

menor a la media aritmética, la diferencia tiene signo negativo:

$$x = X - M$$

donde x equivale a la diferencia o desviación de cualquier puntaje respecto de la media aritmética.

X es el puntaje obtenido

M es la media aritmética.

- b) Se divide la desviación (x) o diferencia por la desviación standard. El cociente resultante, respetando los signos es el valor " z ".

$$z = \frac{x}{DS}$$

donde " z " diferencia o desviación respecto de la media aritmética en términos de unidades de la desviación standard.

DS desviación standard.

El valor " z " permite comparar la actuación de un niño en dos tests de distinta naturaleza, pues establece en cuántas unidades de desviación standard se aleja de la media aritmética de su grupo.

NICOLÁS M. TAVELLA.

LECTURAS

VIAJE

En Pitralauquen, volvimos a hacer alto; los flamencos atornasolados saludaron nuestra llegada, batiendo con estrépito sus sonrosadas alas, y en ondas caprichosas se perdieron por el éter incoloro.

Galopábamos a toda brida. Éramos como doscientos y ocupábamos media legua, por el desorden en que los indios marchan. El sol se ponía con un esplendor imponente; sus rayos, como dardos de fuego, despejaban los celajes que intentaban ocultarle a nuestras miradas y

LECTURAS

refractándose sobre las nubes del opuesto hemisferio, tenían el cielo con colores vivaces.

Las aves acuáticas, en numerosas bandadas, hendían los aires con rauda vuelo y graznando se retiraban a las lagunas donde anidaban sus huevos. Es increíble la cantidad de cisnes, blancos como la nieve, de cuello flexible y aterciopelado; de gansos manchados, de rojo pico; de patos reales, de plumas azules como el lapislázuli; de negras bandurrias, de corvo pico; de pardos chorlos, de frágiles patitas; de austeras becacas, de grises alas, que alegran la Pampa. En cualquier laguna hay millares.

Entramos en el monte. Anochejó y seguimos al galope. El polvo y la oscuridad envolvían en tinieblas profundas los árboles que, como fantasmas, se alzaban de improviso al acercarnos a ellos; no nos veíamos a corta distancia; nos llevábamos por delante unos a los otros; mi caballo era superior, yo iba a la cabeza, perdí la senda y me extravié.

Sujeté, hice alto, puse el oído en dirección al rumbo que me pareció traerían los que me precedían, nada oí. ¿Qué peligro corría? Ninguno en realidad. Un tigre no podía hacerme nada. El caballo me habría librado de él. Nuestros tigres, el jaguar argentino, no atacan como el tigre de Bengala, sino cuando los buscan. Por otra parte, el monte había sufrido los estragos de la quemazón y el tigre vive entre los pajonales. ¿Qué me imponía entonces? Las tinieblas de la noche. Las sombras tienen para mí un no sé qué de solemne. En la oscuridad, cuando estoy solo, me siento anonadado. Me domino, pero tiemblo.

La noche y los perros son mis dos grandes pesadillas. Yo amo la luz y a los hombres aunque he hecho más locuras por las mujeres. No puedo decir lo que me aterra cuando estoy solo en un cuarto oscuro, cuando voy por la calle en tenebrosas horas, cuando cruzo el monte umbrío; como no puedo decir lo que sentía cuando trepaba las laderas resbaladizas de la gran cordillera de los Andes sobre el seguro lomo de cautelosa mula. Me hallaba perplejo, sin saber qué hacer, mi caballo caminaba en la dirección que quería, yo estaba desorientado y todo era igual, lo mismo un rumbo que otro. Así había vagado un breve instante a la aventura, cuando sentí un tropel cerca, muy cerca de mí. La emoción, sin duda, no me había permitido oírlo antes.

LUCIO V. MANSILLA.
Una excursión a los indios ranqueles.

LOS SUEÑOS

Repetidas veces he tenido sueños horribles, pero no tantos como para hacerme perder mi deleite en soñar. Por de pronto, me gusta la idea de soñar, de irme a la cama, estar tendido y quieto y después, por alguna extraña magia, vagabundear en otra clase de existencia. De niño, nunca pude comprender cómo los mayores daban tan poca importancia a los sueños y tanta a cualquier vacación. Y sigue intrigándome. Me dejan estupefacto las gentes que dicen que nunca sueñan, y que no parecen interesarse por semejante cosa. Es más asombroso que si dijeran que nunca van a paseo. Mucha gente —o al menos la mayor parte de los europeos occidentales— no parecen aceptar el sueño como parte de sus vidas. Diríase que le consideran como una nimia costumbre irritante como el estornudar o el bostezar. Jamás lo he comprendido. Mi vida en sueños no parece tan importante como mi vida despierto, acaso porque es mucho menor en cantidad, mas para mí es importante. Como si hubiera al menos dos continentes extra añadidos al mundo, y pudieran hacerse excursiones relámpago en cualquier momento entre la medianoche y el desayuno. Y luego, la vida soñada, aunque extraña y trastornadora e insatisfactoria en muchos aspectos, tiene también sus ventajas. En ella están los muertos, y sonríen y hablan. En ella está el pasado, a veces roto y confuso, pero de vez en cuando tan lozano como una margarita. Y acaso, como nos lo dice el señor Dunne, también el porvenir, haciéndonos guiños. La vida en los sueños a menudo está ensombrecida por inmensas angustias misteriosas, equipajes que no podemos ordenar y trenes que no se dejan tomar; y tanto las personas como los paisajes no son tan de fiar ni tan sólidos como en la vida despierta, y así Fulano y Mengano se confunden en una sola persona, mientras Robinson se parte en dos y hay bosques espesos del otro lado de la puerta del cuarto de baño, y no se sabe cómo, el comedor forma parte de un balcón de teatro; y hay, en el mundo del sueño, momentos de terror y desolación peores que nada de lo que hemos conocido bajo el sol. Sin embargo, esa otra vida tiene sus intereses, sus alegrías, sus satisfacciones, y, en ciertos raros intervalos, un res-

plandor sereno o un éxtasis súbito, como atisbo de otra forma de existencia completamente distinta, que no podemos lograr con los ojos abiertos. Necia o cuerda, terrible o exquisita es otra porcióncilla de ulterior experiencia, un premio tras de la oscuridad, otra loncha de vida cortada de modo diferente, la cual, me parece, nunca podemos agradecer bastante. ¡Sólo un sueño! ¿Por qué sólo? Estuvo allí, y lo tuviste. "Si se vendieran sueños —pregunta Beddoes— ¿qué comprarías?" No puedo decirlo de antemano, pero ciertamente más de lo que podría permitirme.

J. B. PRIESTLEY.
Delicia Habicht.

Traducción de María Martínez Sierra.

MI PADRE

Mi padre, en quien se unificaban con fuerza singular el pensamiento y la acción, educado bajo reglas austeras, experimentado piloto en el mar tormentoso a que se lanzó la nave de la República en América, con ser muy versado en los primores de la Musa Latina, no alentaba mis gustos de trovador novel, si bien tampoco jamás los combatiera. Para él era axiomática la imposibilidad de alimentarse con sonetos, y hubiera desagrado verme más práctico, más estudioso de las ciencias exactas y de útil aplicación, en vez de aficionarme preferentemente a las rimas, lujo de la literatura propio de tiempos bonancibles; sobre todo, manifestaba el paternal deseo de que adquiriese, morigerando mi conducta, hábitos de orden indispensables a la salud del cuerpo y del espíritu. "Es lástima —solla decir a mi madre, después de haberme oído sostener alguna atrevida paradoja, o de mis proposiciones arrojadas—, este muchacho se nos pierde: todo lo exagera: el mundo está gobernado de otro modo; con las ideas que se le han metido en la cabeza no es posible hacer nada". Pero entonces tenía yo en mi madre una defensora entusiasta. Declinando de sus observaciones, mi padre acababa por retirarse en derrotada encogidose de hombros, como quien dice: esto no tiene remedio. Otras veces osaba yo sostener con él vivas polémicas, en

que su juicio recto expresado siempre con facilidad extraordinaria, *tan levida, tan repentina*, hiciera recordar al senador aquél de Cicerón en su tratado sobre la vejez, tan bien caracterizado en estos términos: "la elocución amable y correcta de ese anciano basta a formarle un auditorio". Si usando de su autoridad creía haber sido demasiado severo en reprimirme, era él quien se adelantaba a ceder, patentizando así la nobleza y benignidad de su carácter. Después de esas nubecillas pasajeras, venían las reconciliaciones, las finezas, las intimidades afectuosas, y para el hijo amante, el ejemplo perenne de la distinción, de la hidalguía y la virtud. Capítulo es éste en que me extendería, si al mencionar las escenas de un hogar bendecido la pluma no se me cayese de la mano, para dar más expansión en el silencio a los recuerdos de la gratitud y del cariño.

CARLOS GUIDO Y SPANÓ.
Autobiografía.

LA GENERACIÓN DE 1810

La generación de 1810 fundó la nacionalidad argentina, desvinculada jurídicamente del imperio español por la caída de la dinastía borbónica, pero realmente combatida por los poderes coloniales y metropolitanos, luchando en desmedida arena, con sus letrados convertidos en caudillos, en héroes sus grandes capitanes y sus pueblos en ejércitos, por la tierra y en las aguas, aquí y allá de las cordilleras, un año y otro año, sin reposo ni desmayo; porque dos gloriosas virtudes cívicas la alentaban: fe indeclinable en sus designios, abnegación patriótica que rivalizaba con la austera abnegación de los varones clásicos.

Si retrocedéis hasta aquellos años de maravillosa fecundidad, no sé qué cosa debáis admirar más vivamente: si la grandeza del propósito o la mezquindad de los recursos de una pobre y despojada colonia, que mal contenta de emanciparse, desata uno de dos torrentes de soldados generosos, partidos del Plata y del Orinoco, que cruzan guerreando el continente para confundirse en el campo sangriento de Ayacucho, magnánimos hermanos de un

linaje olvidadizo, mártires y adalides de la independencia americana.

Un varón de epopeya álzase gallardo y severo, silencioso en medio de las contumelias, seguro empero de la justicia y del honor que la posteridad había de tributarle ufana, porque los velos fúnebres de la muerte son traslúcidos para los justos y para los héroes. Fué grande por las concepciones de su genio militar, grande al trepar a los enhiestos riscos, sobre los abismos y los torrentes, para descender, como el ángel de las batallas, a tierra que pedía redención. Fué grande en las fatigas marciales y en el fragor de los combates; pero no le admiréis sobre su pedestal guerrero de pendones debelados y rotos estambores. Es más grande en aquel día, cuyo igual no ha vuelto a brillar para la América, en que abdicó ante los Representantes del Perú el poder de que le invistieran el prestigio de su nombre y la gratitud de los pueblos; es más grande cuando niega su espada a la guerra civil y su pecho a la ambición; es más grande, cuando en la víspera de la última lid cede a Bolívar el último laurel; es más grande, en fin, por sus inmolaciones patrióticas, por su elevación moral, por la virtud de vencerse a sí mismo, y perderlo todo por la patria, menos su gloria por ser nuestra.

¡He ahí el hombre de la emancipación nacional! San Martín es el tipo culminante de la virtud patricia de sus contemporáneos; y contemplándola en su personificación más brillante, hallaréis explicado que la generación de 1810 realizara tan grandes empresas y saliera victoriosa cuando retó a sus tiránicos gobiernos, por un arranque heroico, sin caudales, sin armas ni soldados.

JOSE MANUEL ESTRADA.

EL CONTEMPLADOR DE LAS ESTRELLAS

Me acuerdo todavía de la época en que un viaje a los climas donde prevalece un cielo más claro, con una luz de luna y una claridad de estrellas más brillantes de lo que es usual en nuestras brumosas islas, era no sólo atractivo para el contemplador viajero de las estrellas,

sino que se lo recomendaban realmente por esa razón a todos los viajeros que se preocupaban por su educación y divertimento. La "Orient Line Guide" de hace cuarenta años dice: "A los viajeros les atraen con fuerza irresistible las innumerables bellezas del firmamento en la noche". Tal vez ocurrió así entonces. Pero en la tercera década de este siglo perdí mucho tiempo, en los puentes de un buque de la línea de Oriente, en mis vanos intentos de encontrar un hueco libre del reflejo de las luces del barco, por el que pudiera ver "las bellezas del cielo", o cualquier luminaria menos intensa que la luna. Así, también, en un vapor que remontaba el Nilo hacia el Sur, mientras noche a noche se hacía más clara la revelación del Navio, de la Cruz, del Centauro, la oscuridad nocturna fué invariablemente precedida por el resplandor de la luz eléctrica, que al tiempo que les permitía a los pasajeros dedicarse cómoda y expeditamente a jugar a las cartas o a bailar, les impedía eficazmente ver las estrellas, salvo tal vez unas pocas de primera magnitud.

Asimismo, no hace mucho salí de un hotel de Sicilia y me encaminé a su jardín, sobre el que refulgían las estrellas, pero apenas había comenzado a mirarlas cuando un escandalizado camarero salió precipitadamente y desvaneció la formidable visión al encender un juego de luces coruscantes que había sido hábilmente disimulado entre los arbustos. Tiempo después, me alojé en un cuarto de Chamonix que abría sus ventanas a la majestuosidad del Mont Blanco. Me acordaba de las palabras que Coleridge nos dejó del espectáculo que había visto desde el mismo lugar hacia más de un siglo. No hubiera podido verlo ahora. Hoy día, qué duda cabe, a la montaña le es permitido todavía desplegar sus nieves ante el Sol, pero ¿puede, como en los años del poeta, ser "visitada noche a noche por un conjunto de estrellas"? Desdichadamente, no: las luces eléctricas que nos acompañan desde la puesta del Sol hasta la alborada evitan cuidadosamente la intrusión de semejantes visitantes.

Años antes, en la primera década de este siglo, me dirigía después del ocaso del Sol, en un coche de caballos, desde la costa de Itea a Delfi. Jamás, así viviera mil años, podría olvidar la magnificencia de esa lenta ascensión a más de 2.000 pies, a través del silencio y la fragancia extrañamente dulce de las oscuras montañas, co-

mo si me hundiera en el profundo silencio de los propios cielos; cielos en los que brillan incontables estrellas como las que alegraron el corazón del pastor homérico y llevan todavía los nombres que él les puso, que fueron el gozo de los primeros poetas y el estudio de los primeros filósofos. Y hace unos días fui cuán cómoda y rápidamente se puede recorrer hoy día la misma jornada ¡en un autobús! ¡Las luces, el ruido y la peste en ese paisaje!

Lo que es más, años después, conocí gente que salía en su automóvil, una noche de San Juan, para ver la Luna, oír el canto del ruiseñor y aspirar el aroma de la madreleiva con la ayuda de linternas, bocinas y tufo de petróleo.

En semejante mundo, es de suyo evidente que el conocimiento íntimo de las estrellas, como aparecen en el cielo en una noche sin Luna, alumbradas sólo por sus propios fuegos, está destinado a convertirse en un patrimonio cada vez más raro de la humanidad; y nada hay que pueda ser más triste, porque los que lo han poseído saben que, de todas las cosas que le han sido concedidas al hombre, es una de las más valiosas y duraderas. Porque puede perdurar más que la propia vista, como el ciego Milton supo, y yo comienzo a saber.

E. J. WEBB.

*Los nombres de las estrellas.
Fondo de Cultura Económica.*

LENGUAJE Y ESTILO

ARCAISMOS EN NUESTRA CONJUGACIÓN

Filón muy rico en vulgarismos que constituyen a la vez formas arcaicas, ajeno a los léxicos y poco explorado por filólogos y gramáticos, es el que ofrece la conjugación. El uso de los verbos y pronombres resulta en América, y muy especialmente en mi patria, la Argentina, de lo más ocasionado a intracciones gramaticales, precisamente por la intrusión de arcaísmos en el lenguaje vulgar.

Dice Bello (Gramática Castellana, Capítulo XIII): "Hay en la segunda persona pluralidad ficticia cuando se dice vos por tú, representándose como multiplicado el individuo en señal de cortesía o respeto; pero ahora no se usa este vos sino cuando se habla a Dios o a los Santos, o en composiciones dramáticas, o en ciertas piezas oficiales, donde lo pide la ley o la costumbre".

Buen enredo nos ha dejado esta dichosa "pluralidad ficticia", que nos explica el insigne maestro, como que a ella debemos los hispanoamericanos el andar tan retrasados en el uso correcto de las formas verbales que corresponden a la segunda persona: tenemos que este vos, forma primitiva o apócope de vosotros, reemplaza a tú, acompañándose con formas arcaicas que fueron plurales, o concordando disparatadamente con las que hoy corresponden al singular; el pronombre ustedes toma indebidamente para sí las formas verbales que han de ser regidas por el pronombre vosotros y las transporta a la tercera persona, de modo que el plural de la segunda sólo queda en la estantería gramatical para los usos literarios y para una que otra persona bien hablada, que no dejará de ser vista como redicha por los ignorantes.

Trataré de desenvolver algunos hilos de esta madeja, y advierto de paso que es misión noble de nuestros maestros el salvar estas corruptions, en cuanto es posible, desde la escuela primaria.

En la segunda persona del presente de indicativo y del subjuntivo de los verbos pertenecientes a la primera conjugación, y en muchos de la segunda, mantenemos impropia y arcaica, amás, amés, pasás, pasés, tenés, tengás, etc., que han precedido a las que corresponden actualmente al plural de la misma persona o que con ellas han coexistido; y no es raro que tales formas anden aún por estos mundos desde que eran de uso vulgar en España, allá por la época de la conquista. Granada, en su Vocabulario Rioplatense (página 87), aduce ejemplos tomados de las recomendaciones que dejó escritas don Pedro de Mendoza, primer adelantado del Río de la Plata, a su lugarteniente D. Juan de Ayolas, donde se leen los *mirá, tratá, curás y poné*, que hoy alguien viviendo en nuestro lenguaje vulgar, a la par de vos, que a la sazón fué también de uso común para dirigirse a inferiores o personas de confianza, aunque siempre considerándolas como pluralizadas. Cuervo, el más ilustrado filólogo del habla castellana, en comprobación de esto mismo,

transcribe en sus Apuntaciones (página 205, edición de 1907) algunos párrafos de un escrito en que Fernández de Oviedo, gobernador de Darién, habla a un subordinado cuyo tratándole de vos y empleando las formas *tenés, murmurás y medrás*; y en la misma obra (Apunt. pág. 161) cita estos versos de Micael de Carvajal:

"No tengás de eso cuidado
Que todo vuestro dinero
Yo lo tengo muy entero";

y trae ejemplos del Marqués de Santillana, de Lucas Fernández y de otros autores, lo que basta para dejar probada la arcaicidad de tales formas y usos.

La misma aplicación de las formas del plural, al dirigir la palabra a una sola persona, tiénese, usada desde antaño, también en verbos de la tercera conjugación. Tal se ve en esta pregunta de Sancho: "¿Qué decis vos de esto, buen viejo del báculo?" (D. Quijote, 2ª parte, cap. XLV); y en estos lugares de Tirso de Molina:

"¡Venís bueno

Alférez.

Y espantado

De la virtud que os ha honrado".

(Marta la púdosa);

"¿A qué venís, secretario?"

(El vergonzoso en palacio).

En las provincias de Cuyo (Mendoza, San Juan y San Luis), como en Chile, dice la gente del pueblo *querís, venís, tenís, verís, volverís, juntís*, etc., por *quiere, vienes, tienes, verás, volverás, juntas*, etc. Este trueque vicioso de *e* o *a* por *i*, que se extiende a casi todos los verbos de la 2ª conjugación y a muy pocos de la 1ª, en la 1ª y 2ª pers. sing. del presente y del futuro del indicativo, es, a mi ver, una asimilación de la desinencia arcaica *és* (y *ás* en muy contados casos) que ha venido a fundirse por analogía con la que es propia de los verbos de la 3ª conjugación. No lo ve así el muy ilustrado filólogo español don R. Menéndez Pidal, quien dice: "Como construcciones vulgares de esta persona, vos, pueden señalarse *presumas, acordás, sabés*, usadas en el siglo XV-XVI, y hoy en la Argentina, y *vis, comís, querís*,

de que se señalan ejemplos en Aragón y Chile; esta última no es una asimilación a la conjugación -ir, porque también se ofrece en el *ets* del subj. -ar: *juntis*". (Gramát. Histor., página 207).

JUAN B. SEUVA.

ATRIBUCIÓN Y EXPLICACIÓN DE TEXTOS

1. — No puede atribuirse un texto anónimo a un autor que por razones de estilo no pudo escribirlo. El estilo de un autor varía con los años, con las transformaciones de su técnica gramatical y expresiva; sólo puede sostenerse la autenticidad o inautenticidad de un texto discutible, con argumentos evidentes, y aun así las conclusiones pueden quedar dudosas. La historia de las ideas, doctrinas y temas, entrarán como elemento indispensable en estas investigaciones ya sea para descubrir su autor o fijarlo en algún punto discutible. Veamos, por ejemplo, el soneto anónimo: "No me mueve, mi Dios, para quererte".

Este soneto debe ser estudiado en sus fuentes inspiradoras, las del amor desinteresado; sólo así puede buscarse su origen y la escuela mística a la que pertenece. Etienne Gilson en su obra *La Théologie Mystique de Saint Bernard*, París, 1934, aunque no cite este soneto, aclara íntegramente su espíritu y su historia al estudiar la doctrina del amor desinteresado en Pedro Abelardo. Aunque el soneto: "No me mueve, mi Dios, para quererte", encierra una pura inspiración religiosa, en el siglo XVII pudo, por acontecimientos muy notorios, ser objetado y emparentado posteriormente con el proceso de Madame Guyon defendida por Fenelón en su *Explicación de las Máximas* que le llevan a la polémica con Bossuet, y de las que tuvo que retractarse. "Inocencio XII, escribe Menéndez y Pelayo, en los *Heterodoxos*, t. V, pág. 274, condenó en 1699 veintitrés proposiciones del libro de las *Máximas*, no como heréticas sino como erróneas. Referíanse todas al amor desinteresado y a la oración pasiva". Ese bellísimo soneto que aun parece conservar la dialéctica medieval de Abelardo, pudo ser ocultado por quien lo hizo, no por herético, que no lo es, sino por la insistencia de una doctrina en el tema. Santa Teresa la expresó, en las *Moradas* (IV, cap. II), al referirse

a los gustos de Dios en la oración de quietud: "lo primero que para esto es menester es amar a Dios sin interés". En la primera parte del Quijote, cap. XXXI, Cervantes escribe: "Con esa manera de amor —dijo Sancho— he oído yo predicar que se ha de amar a Nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena. Aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese". En estas palabras de Sancho se expresa lo que podríamos llamar la polémica del amor desinteresado. No puede atribuírse este soneto a Santa Teresa: el estilo, la métrica se oponen. Debí ser escrito, si consideramos su técnica, en el siglo XVII. "No puede dejar de desear el alma enamorada, la paga y el salario de su amor", escribe San Juan de la Cruz. Hay un buen análisis del amor puro, en San Juan de la Cruz, su obra científica... del P. Criógono de Jesús, t. I, cap. XVI.

2. — Veamos, para puntuar debidamente, el siguiente pasaje de *A las ruinas de Itálica* de Rodrigo Caro:

...por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo.

Bonilla y San Martín en sus *Flores de poetas ilustres de los siglos XVI y XVII*, dice que "Fernández Guerra hace notar que Quintana, en su *Tesoro del Parnaso Español*, puntuó aquí con error, vulgarizando la lección:

reliquia es solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales..."

El texto que él sigue, el cuarto de las cinco redacciones de esta canción, está puntuado en esta forma, al parecer la correcta:

reliquia es solamente.
De su invencible gente
sólo quedan memorias funerales...

En un caso tan dudoso había que buscar el sentido y a ser posible la fuente inspiradora. El autor que conocía en su carácter de sabio las ruinas de Itálica, transpone a esta

canción un célebre pasaje del canto IX de la *Farsalla* de Luciano sobre las ruinas de Troya; César va a ver las ruinas memorables; busca los magnos vestigios de los muros de Febo, es decir las murallas construidas por Febo y por Neptuno. En Virgilio (*Enéida*, III, 86): "conserva a Troya un segundo Pérgamo reliquia de los Dánaos". La muralla de Itálica es también reliquia de la antigua gente. "Ya", significa en la frase: "donde erraron ya sombras", antiguamente, en otro tiempo. Leídos así los versos, como acepta Fernández Guerra, resultan de una inhabilidad notoria: "De su invencible gente sólo quedan memorias funerales donde en otro tiempo vagaron sombras"... La puntuación de Quintana, que seguimos, es la única posible.

ARTURO MARASSO.

APUNTES SEMÁNTICOS

Labrar

151. Levantar actas, extender escrituras, redactar documentos son frases de recibo, y sería incorrecto, sin duda, el empleo de *labrar* en vez de los verbos sobredichos.

Acercá del uso censurable de *labrar* dice Florencio Garrigós en sus *Gramaticales y Filológicas* de "La Prensa": "Pueden labrarse el oro, el mármol, una madera u otra materia susceptible de reducirse al estado o forma convenientes para usar de ella, pero está mal dicho *labrar* un documento, porque éste no se labra, sino se escribe o se redacta" (Segunda edición).

Lacio

152. Enseñan los etimologistas que *lacio* es derivación popular de la forma latina *flaccidu* (m.). La derivación culta es *flácido*.

153. "¿Quién no recuerda a aquel hombrecillo pálido, de cabellos lacios, de ojos negros guarnecidos de largas pestañas que apenas se alzaban del suelo con expresión tímida y humilde?" (Palacio Valdés, *La novela de un novelista*, capítulo XII).

Ningún argentino, creo yo, interpretaría torcidamente la expresión "cabellos lacios" usada por Palacio Valdés. Doctores e indoctos sabemos que con la frase *cabello lacio* se designa el cabello que cae sin formar ondas ni rulos. Pero en la Península, según el publicista salesiano don Ramón Franco y Romero, hay quien malamente llama pelo liso al pelo lacio.

"Aplicado al pelo no puede decirse liso, como quieren algunos". (*Frases Improprias*, Málaga 1916).

Lanceta

154. El buen régimen alimentario contribuye más que las medicinas a conservar o a restablecer la salud. Tal parece ser el sentido de este refrán: Más cura la dieta que la lanceta.

Como se ve, el término "lanceta" no está usado en sentido recto, sino en sentido figurado. No designa el conocido instrumento de cirugía con que se aplica la vacuna antivariólica, se abren tumores y se sangra. Denota las medicinas o medicamentos.

155. Creo que en mi país todos conocen la lanceta: unos teóricamente, otros por haberla padecido en las carnes; y por ello huelga en la Argentina la advertencia, necesaria en otros países de la América española, de que la púa que tienen en el abdomen algunos insectos se denomina aguijón, no lanceta.

Lapicera

156. Hace muchos años, un salteño recién llegado a la Capital Federal pidió en cierto colegio un canutero para escribir. Por su ignorancia en materia idiomática le reprendió su compañero de banco: "No se dice canutero, "payucano", sino lapicera. Hay que hablar como la gente civilizada".

Años más tarde supo el payucano que el reprochador de voquibles no tenía razón, porque tan censurable como canutero, y acaso más, es el empleo de lapicera.

157. "La voz lapicera, escribe Edgardo Miragaya, es tan frecuente como poco expresiva, sin historia y sin porvenir; hacerla sinónima de pluma está mal" (*Diccionario de Correcciones*).

Censurando la significación y la forma del término *lapicera*, dice Capdevila en sus *Despeñaderos* del habla: "¿Y llamarle *lapicera* y no pluma a un adinámico de escribir con tinta, que no tiene ni tendrá nunca lápiz y que de llevarle, no sería tampoco *lapicera* sino *lapicero*? ¿No es tontái puro y simple?" (Cap. X).

Haré luego de los cambios de significación que padeció el término *pluma*.

158. "Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas veces la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando en suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja..." (Cervantes, *Quijote*, Prólogo).

Con el término *pluma* se designa en este lugar cervantino la pluma de ave, que convenientemente tajada sirve para escribir.

Por la *Novela de un novelista*, de Palacio Valdés, nacido en 1853 y muerto en 1936, sabemos que en su niñez todavía se usaban las plumas de ave. "Nos tajaba las plumas, que eran de ave en aquella época..." (Cap. XIII).

159. Hoy escribimos con plumas de metal, o sea con un utensilio hecho a imitación de la pluma de ave. Cambió el objeto, pero el nombre ha permanecido sin alteración, como pasa, entre otros, con el término *lámpara*.

160. "Lámpara, decía en 1611 el licenciado Sebastián de Covarrubias, comúnmente es un vidrio hondo lleno de aceite, dentro del cual arde una mecha travada en una redecilla que llaman mechero" (*Tesoro de la lengua castellana o española*).

En la hora presente llamamos lámparas no sólo a las de aceite, sino también a artefactos que no tienen ni mecha ni aceite, como ocurre con las eléctricas.

"No es disco; en que tú querer me ha convertido el corazón en una radio de cinco lámparas..." (Carlos Arniches, *Las doce en punto*, acto II).

161. Con la voz *pluma* designa el español moderno, tanto la pluma metálica como el conjunto de ésta y el mango o portaplumas. Y por ello, cuando se dice que alguien tomó la pluma para escribir, entendemos que se habla del conjunto formado por el mango y la pieza metálica.

"Cogió la pluma Silverio, requirió un papel, abrió el tintero, todo con mucha solemnidad, y aguardó las palabras del mayestático jefe". (Ricardo León, *Alcalá de los Zegries*, libro I, cap. VIII).

162. La pluma con depósito interior de tinta, invención modernísima, se denomina *pluma estilográfica*, y por élipsis, más brevemente *estilográfica*.

"El proceso mental de la sustitución del adjetivo, dice Vicente García de Diego, es sencillo. La inteligencia propende a prescindir del sustantivo sólo cuando ve al adjetivo inconfundible en su círculo verbal. La pluma estilográfica ha podido hacerse la estilográfica porque la mente no ve al adjetivo aplicado a otros casos". (Linguística general y española, Madrid, 1951, pág. 168).

163. En resolución, lo aconsejable es emplear en la lengua escrita la voz *pluma*, ennoblecida por el uso de los grandes escritores, y usar los términos "canalero" y "lapicera" únicamente como transcripción del habla local.

Lapso

164. Bien empleada está la voz *lapso* en este lugar periodístico, porque *espacio de tiempo* es una de las acepciones de dicha voz: "En toda la capital fueron sentidos dos movimientos sísmicos, aproximadamente en el lapso de diez minutos" ("La Nación", 30 de octubre de 1957).

165. Leo lo siguiente en las *Apuntaciones idiomáticas y correcciones de lenguaje*, de Roberto Restrepo: "Lapso de tiempo. No es necesario saber muchos latines para comprender que la voz *lapso* basta: En un lapso de seis meses estará la obra terminada".

Basta, es verdad, la palabra *lapso* en el ejemplo que da Restrepo, y lo propio cabe decir del pasaje periodístico antes citado (§ 164); pero no siempre es redundante la frase "lapso de tiempo".

"El empeño de rectificar errores, dice Florencio Garrigós, lleva a algunos a reprobar el giro *lapso de tiempo*, en la creencia de que *lapso* en absoluto, significa curso de un espacio de tiempo, y con olvido de que, también, denota caída en una culpa o error. Claro es que si del contexto fluye el sentido que se le asigna, *lapso* no reclama el determinativo de tiempo, pero como esto no ocurre en la generalidad de los casos, la necesidad del complemento es manifiesta..." (Gramaticales y Filológicas de "La Prensa", segunda edición).

Latente

166. A lo que no está visible, patente, manifiesto, sino escondido, oculto, en buen español le aplicamos el adjetivo "latente".

"En todo místico hay un rebelde y un hereje latente". (Pérez de Ayala, *El Anticristo*).

167. Apartando a latente de su sentido etimológico, hay quien le da la significación de latente.

"Latente, por latiente (que da latidos). No equivocarse: latente es lo mismo que oculto, escondido, y sería el participio presente del verbo later, si lo tuviésemos, como equivalente del latino clásico *latere* (estar oculto)". (Oliver Rodríguez, *Prontuario del idioma*, edición revisada por Enrique Bángora).

168. Es criticable asimismo el empleo de latente para denotar lo que subsiste en toda su fuerza, es decir, con la significación de "vivo".

"A la palabra latente, escribe Eduardo Miragaya, suele dársele una significación que está lejos de tener, en casos como: "quedará latente el recuerdo de este día", queriendo decir: "quedará vivo el recuerdo..." (Diccionario de Correcciones).

Lavacaros

169. Si con un lavamanos, como su nombre lo indica, nos lavamos las manos, ¿qué nos lavaremos con un lavacaros? Nada, porque un lavacaros es un adulador, y no un aparato para lavarse el rostro.

"Es disparate, escribe Carlos F. Mac Hale, decir lavacaros por jofaina; un lavacaros es una persona aduladora y servil, y no un vasija para lavarse la cara". (Diccionario razonado de modos de bien decir).

Levita

170. "Juana cortó con segura destreza la levita y el traje de mujer..." (Valera, *Juanita la Larga*, cap. XIII).

Así define el *Lexicón académico* la prenda de vestir llamada levita: "Vestidura moderna de hombre, ceñida al cuerpo y con mangas, y cuyos falzones, a diferencia de los del frac, llegan a cruzarse por delante".

171. ¿Habrà quien confunda "una levita con un levita"? Responda por mí el publicista salesiano don Ramón Franguelo y Romero:

"Levita, como masculino es sacerdote; como femenino, prenda de vestir. No llame nadie, pues, a la prenda un levita, según se oye a cada minuto". (*Frases Impropias*, Málaga, 1919).

Librería

172. En labios del artesano Pepe, protagonista de *Las doce en punto*, pone estas palabras Carlos Arniches: "A las cinco en punto acabé la librería. A las cinco y cuarto la llevé; media hora justa para colocarla". (Acto primero).

Así se critica en el *Diccionario razonado de modos de bien decir*, de Carlos F. Mac Hale, la aplicación del término "librería" al armario o estante para libros: "Muchas veces he oído decir: Fulano ha comprado la librería de Mengano. Juan tiene una hermosa librería. Lo natural es que uno en tales casos piense que se trata de una tienda de libros o de una gran cantidad de libros, pero no siempre es así, pues muchas personas, sobre todo en España, usan la palabra librería para significar estante o armario. Conviene llamar a cada cosa por su nombre, si hemos de entendernos".

173. Si en España, hay quien llama librería a un estante para libros, en la Argentina a ciertos comercios en que no se venden libros les damos el nombre de "librerías". Acerca de tal uso dice Capdevila en sus *Despeñaderos del habla*: "¿Y el denominar librerías a un negocio en que sólo se venden cuadernos y papeles, y nunca un libro?"

Limón

174. "No ha muchos días, escribí en 1920 don Ramón Franguelo y Romero, leí en un periódico la noticia de haber hechado cierta familia un día de campo, sentándose para merendar "debajo de un limón". ¡Ni que fueran microbios! Otros diarios, al hablar de la terrible enfermedad desarrollada en el arbolado frutal de algunas provincias, nos cuentan el estado miserable a que han venido a parar naranjas y limones. Increíble parece que haya tantos inocentes en el limbo de las letras, sin haberse enterado todavía de que limón es el fruto del limonero". (*Frases Impropias*, Málaga).

175. Podemos sentarnos "debajo de un limón", aunque a ello se oponga el simpático publicista salesiano. La razón es bien conocida: con la palabra limón se denomina, es verdad, el fruto del limonero; pero "también" puede designarse el árbol que lo produce. Tan castizo es el anfibológico empleo del término limón, que el licenciado Sebastián de Covarrubias el Orozco decía a comienzos del siglo XVII: el limón es árbol que está siempre verde... (Tesoro de la lengua castellana o española, 1611).

Limosnero

176. Limosnero en el español clásico es el que da limosna, y no el mendigo o pordiosero.

"Limosnero, dice el canónigo Covarrubias, el que hace muchas limosnas o el que tiene por oficio particular de dar limosna". (Tesoro de la lengua castellana o española, 1611).

177. "De conformidad con el Diccionario, escribe Dario Rubio, limosnero es el que da limosna; en toda América, limosnero es el que la recibe, pues para los hispanoamericanos limosnero vale, lo mismo que mendigo, pordiosero". (La anarquía del lenguaje en la América española).

Literalmente

178. Significa este adverbio, según el Lexicón académico: "Conforme a la letra o al sentido literal"; pero la verdad es que hay quien le usa con el sentido de completamente, totalmente, como en este lugar de Palacio Valdés: "Cuando llegó, quedó literalmente sepultado entre flores". (Perico el Bueno, de "Papeles del Doctor Angélico").

Censurando el uso de "literalmente", cuando se aparta de la significación tradicional, dice el P. Juan Mir y Noguera: "¿Quién creyera que el adverbio literalmente no significa en lo moderno lo que en lo antiguo valió, a saber, en sentido literal, al pie de la letra? Muy listos presumen ser los modernos, de agudos despuntan cuando dan a nuestro adverbio el sentido de exactamente, puntualmente; más sutiles se muestran cuando le toman por totalmente, cabalmente, del todo. Dicen: Venía literalmente mojado. ¿Qué lindura de lenguaje! Quieren decir, que venía mojado del todo, de pies a cabeza, hecho una sopa. Como si el sentido literal de mojado no se verificase con decir enteramente mojado. ¿O caben otros

sentidos, espiritual, metafórico, parabólico, enigmático, místico, simbólico, en la voz mojado para distinguirlo del literal y rampón?". (Prontuario de Hispanismo y barbarismo, artículo literalmente).

Lucrar y lucrarse

179. El verbo latino lucrare dió origen a los españoles "lucrar" (voz culta) y "lograr" (voz popular). En el lenguaje de la gramática histórica se dice que lograr y lucrar son dobles o derivaciones divergentes.

180. Lucrar es "lograr lo que se desea". Lucrarse, forma reflexiva, es "sacar ganancia o beneficio de una cosa".

Bien usado está el verbo reflejo lucrarse en este pasaje de La novela de un novelista, de Palacio Valdés: "En cambio a nosotros, los viejos, un ministro nos jura por Dios y todos los santos, por su padre y por su madre que acepta la cartera por el bien del país sin pensar en lucrarse... y no le creemos. ¡Es horrible! (Antes de empezar)".

JORGE GUASCH LEGUIZAMÓN.

LA SIMETRÍA EN LA ESTILÍSTICA

Es extremadamente difícil definir el estilo y delimitar los dominios de la sintaxis y la estilística. Si el estilo es el conjunto de los medios de expresión del discurso organizado de una manera personal con miras a impresionar al lector, atribuímos finalmente a mecanismos suministrados por la sintaxis el poder de lo que llamamos "efecto estilístico". Se replicará que es la composición consciente e individual la que produce este efecto y que el solo acunamiento correcto de sintagmas asegura ciertamente la comunicación intelectual de un enunciado, pero lo hace desprovisto de todo lazo afectivo. La gramática transmite ideas sin formarlas.

La ciencia que se ocupa del estilo tiene, pues, que hacer con una individualización de la palabra y de las relaciones sintácticas; ella se ingenia en analizar lo que es por su naturaleza inanalizable. La frase que se comienza a considerar como un organismo autónomo con sus propias leyes, traduce más allá de las palabras un movimiento interior del que la

construcción es tributaria. El dinamismo de la lengua aparece bajo tres aspectos diferentes:

- 1º El sonido y su combinación individual en la palabra y en la frase.
- 2º El peso, es decir el equilibrio o la tensión de las masas sonoras.
- 3º El ritmo, es decir el retorno de ciertas cadencias y acentuaciones que marcan alternativamente otros sonidos de la frase.

Es necesario darse cuenta de que esos tres aspectos del dinamismo no descubren sólo la forma, sino también el contenido de la materia expresiva.

GEORGES SCHLOCKER.

Équilibre et Symétrie dans la phrase française moderne.

Paris. Librairie C. Klincksieck, 1957.

Traducción de Haydee C. Blotto.

EL PLANO DE LOS VALORES GRAMATICALES

Una noción semántica, dicho de otra manera, una significación, puede ser considerada a partir de tal o cual punto de vista "ontológico": sea desde el punto de vista del ser, sea desde el punto de vista del proceso, sea desde el punto de vista de la caracterización, etc., según que este punto de vista traduzca más exactamente la idea a expresar.

Se crea así un nuevo orden de valores todos dirigidos hacia la expresión de la idea: son los valores gramaticales. Desde que, por ejemplo, considero la noción de trabajo desde el punto de vista del ser, deviene gramaticalmente una especie nominal ("el trabajo"); si la considero como un proceso, deviene una especie verbal ("yo trabajo"); si la considero como el carácter de un ser, deviene una especie adjetiva ("el alumno trabajador"), y así sucesivamente. Así nacen las especies gramaticales, lo que los gramáticos llaman "las partes del discurso".

Y los seres, se pueden contar, clasificar; los procesos, se pueden considerar desde el punto de vista de la duración, de la realización más o menos efectiva, del punto de vista del presente, del pasado, del futuro, dicho de otra manera, desde

el punto de vista del tiempo. Una cualidad, puede considerarse desde el punto de vista de su intensidad, dicho de otra manera, de su "grado". A éstos diversos puntos de vista intragramaticales corresponden, en el plano gramatical, las diversas categorías: género, número, aspecto, modo, tiempo, grado...

En fin, es posible considerar las especies revestidas de sus categorías, las unas con relación a las otras, pues se completan y se conjugan en la unidad de la representación. De estas relaciones, nace una tercera serie de valores: las funciones gramaticales. Así, el ser (ya sea agente u objeto) puede ser considerado en función de un proceso que lo actualiza: es la función sujeto (Ej.: "Las olas atacan la roca", o aun "La roca es atacada por la olas"). Por otra parte, el ser (ya sea agente u objeto) puede ser considerado como una noción complementaria con relación al proceso, puede servir para determinarlo. Dicho de otra manera, el proceso se sitúa con relación al ser: se dice entonces que este último desempeña, con relación al proceso, un papel de complemento. Y esta función complemento puede situar el proceso con relación al agente que lo provoca (complemento agente), con relación al objeto al cual tiende (complemento de objeto) o con relación a ciertas coordenadas de lugar, de tiempo, de causa, etc. (complementos circunstanciales). Del mismo modo, se puede atribuir una "cualidad" a un "ser" sin actualizarse (función epíteto). Se puede también actualizarse (función, atributo), etcétera. 1

GEORGES GALICHET.

Méthodologie grammaticale.

Etude psychologique des structures. P. U. F.

Traducción de Balbatera Raquel Enríquez.

1. Parece bien que el espíritu cumpliese aquí simultáneamente una doble operación: por una parte, elige entre los conceptos semánticos los que convienen mejor para expresar los elementos significativos de la idea a expresar y haciendo eso elige entre las palabras lexicales que "representan" estos diversos conceptos; por otra parte, procede a poner en relación conceptos así retenidos según el mecanismo que hemos descrito. Y estas dos operaciones se conjugan de tal suerte que el esquema general de la relación de los conceptos, que retiene porque le parece "trabaja" mejor la idea a expresar, dirige en una cierta medida la elección de las palabras lexicales; inversamente, si retiene tal palabra lexical con preferencia a otra, esta palabra dirige en una cierta medida la elección del esquema gramatical que empleará. La expresión de una idea está hecha de este mecanismo complejo y sutil de valvén de los valores semánticos a los valores gramaticales. (Cf. sobre este punto nuestra *Fisiología de la lengua francesa*, p. 116 y 421).

LIBROS Y REVISTAS

ROMUALDO BRUGHETTI, *Geografía Plástica Argentina*. Edit. Nova. Buenos Aires, 1958.

En sus "Compendios de iniciación cultural", la Editorial Nova ha editado este importante trabajo de Brughetti que alberga ideas difundidas por el autor en numerosas publicaciones anteriores.

"América rechaza las simplificaciones con que se ha buscado definirla", nos dice Brughetti en el prólogo. El autor salta sobre los prejuicios corrientes, más redundantes en épocas de crisis o de transición, que involucran a nuestro país en concepciones fatalistas y limitadas. "No es admisible —agrega más adelante— hablar de "frustración metafísica", de "pecado original", de "inhibición histórica", o de "naturaleza histórica", términos aplicados a nuestro continente, por cuanto esos son enfoques parciales, fragmentarios". La misma amplitud reserva para su posición frente a un arte nacional. "Aclaro y refirimo —nos dice en el mismo prólogo—: rehuso todo apocado nacionalismo; hablo de arte nacional y de arte universal simultáneamente". En las primeras líneas de su capítulo "Encarnaciones pictóricas de Buenos Aires", alude a los resultados nocivos que sobreviene la imposición de determinados y oscuros atributos a nuestro continente. Brughetti se rebela contra este tipo de generalización gratuita que conduce a una deformación total. "La morada natural del hombre no es el aire, donde suelen vagar los fantasmas, sino la tierra, donde nace y prospera la vida".

Insiste Brughetti en deplorar las intervenciones honoríficas que falsean y eluden nuestras realidades y menciona cómo en el joven artista han contribuido a debilitar su sentido crítico. La conciliación entre las formas y las fórmulas de validez general no siempre ha sido feliz, según apunta el autor. Éste es un rasgo propio de los países jóvenes, donde los artistas en formación enfrentan una simultaneidad de posibilidades, cuya selección suele ser incierta en primera instancia. Como fundamentos aplicables, en parte, por analogía, a nuestro arte, Brughetti cita estas premisas de Al-

berdi: "De aquí que la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en sus métodos, política y realista en sus procedimientos, republicana en su espíritu y destinos". Refuerza más adelante esta intención cuando amplía el ámbito propio del artista y lo incluye como una necesidad en la integración del país. "Todo arte exige sacrificios incontables y, en un ambiente de escasos fundamentos artísticos, heroísmos sin fin. En esta conducta y no en otra se asienta el destino futuro de nuestra propia expresión".

En el capítulo "Un silencio expectante", el autor se pregunta las condiciones de perdurabilidad de nuestra pintura y vuelve sobre los planteos de ese "desequilibrio expresivo que aqueja al hombre argentino. Censura "el apego abusivo a hechos consumados, sin el matiz dramático de la búsqueda, de la vibración personal". Hay un desasimiento de lo vital y una innecesaria y pueril fuga, que contribuyen a solventar algunos escritores que refieren nuestro destino a entidades metafísicas y desvirtúan vivencias estéticas universales que en este suelo pugnan por concretarse. "Urge, por lo tanto, vencer lo lujoso y lo frívolo, lo arbitrario y lo evasivo", acota Brughetti. La mesura y el juicio se fundan en esas páginas definitorias de nuestra realidad artística.

Junto con la lúcida y completa reseña de nuestros pintores más destacados, Brughetti incursiona en el paisaje argentino y le confiere una fuerza dinámica, creadora, sobre todo cuando analiza la obra de Ramón Gómez Cornejo y Domingo Pronato. Como lo indica el título traza una verdadera geografía plástica, con sus cambiantes panoramas.

Al enumerar rasgos diferenciales de la pintura argentina, el autor requiere para "el joven pintor argentino plena conciencia de que vivimos en un orbe distinto del europeo o de cualquier otro continente; no remedar lo hecho, sino entender el camino de lo intuido y de lo soñado como creación de un mundo nuevo". La búsqueda de nuestra expresión se asienta en Brughetti en la integración del hombre argentino. El volumen incluye ilustraciones de algunos de los pintores estudiados y lleva el subtítulo de "Planteo nacional por un arte universal".

JUAN ANTONIO FRENZ.

RAYMOND FURON, *Causas de la répartition des êtres vivants. Paléogéographie, biogéographie dynamique*. (Causas de la distribución de los seres vivos. Paleogeografía, biogeografía dinámica). Masson et. C^o. París, 1958.

El presente libro tiene el ambicioso objetivo de tratar de explicar la distribución de los seres vivos, tanto en el presente como en los tiempos geológicos. Su autor —geólogo reconocido— ha logrado presentar un cuadro sumamente interesante, a la vez que cierto, de los factores que deben tenerse en cuenta cuando se quiera explicar el porqué de la presencia, ausencia, aparición o desaparición de especies en diversas regiones, sean ellas continentales o marinas. Pero la obra no es puramente descriptiva, sino que busca analizar las causas que, en todo tiempo, han afectado la distribución de animales y plantas. En este sentido, su autor no hace más que afirmar, con fuerza muy convincente, el principio del actualismo, formulado en el siglo pasado por el padre de la geología, Charles Lyell: las causas que actúan en el presente son las mismas que actuaron en los tiempos geológicos.

El libro se inicia con un análisis de los problemas de la biogeografía, en el cual se analizan las causas actuales y antiguas que han afectado la distribución de los seres vivos, tales como agentes ecológicos (vientos, mareas, animales, hombres, etc.), barreras biológicas, deriva de los continentes y los polos, holo-genesis, etc. El autor se inclina por la aceptación de la teoría de los puentes intercontinentales para explicar la distribución de los organismos, pero no obstante su posición hace una presentación imparcial de las teorías antagónicas.

La segunda parte de la obra se dedica a los problemas de la paleogeografía, que se inicia con un análisis del significado de las rocas, facies y cartas paleogeográficas. En seguida se estudia la paleoecología, en especial en lo que se refiere a la composición de la atmósfera e hidrosfera geológicas, y su influencia sobre las faunas marinas y las floras terrestres. El último capítulo se ocupa de la paleoclimatología, tema apasionante pero repleto de interrogantes. El problema de las paleotemperaturas y su influencia sobre los seres vivos y las rocas resultantes es

analizado con mucho acierto, aunque sorprende, en un libro tan moderno, que no se mencione la reciente teoría de las glaciaciones formuladas por M. Ewing, célebre geofísico que nos visitara recientemente con motivo de las investigaciones oceanográficas del Año Geofísico Internacional.

La tercera parte del libro, que su autor denomina "Biogeografía dinámica", encara los problemas del poblamiento de algunas áreas continentales, en especial Australia, Indonesia y —lo que resulta de gran interés para nosotros—, América del Sur. En esta sección vuelven a plantearse las grandes hipótesis de la geología, especialmente con relación a los periodos glaciales y el significado de la Antártida.

Dentro de su brevedad (166 páginas), esta obra encierra un caudal enorme de información, que en su mayor parte ha sido extraída de trabajos sumamente recientes. Por este motivo, y por el hecho de que su enfoque es esencialmente geológico, el libro ha de resultar de enorme utilidad para los geógrafos y biólogos interesados en las cuestiones de biogeografía. Las dificultades para escribir una obra de este tipo —derivadas en gran parte de la amplitud de conocimientos y del poder de análisis y síntesis que demanda— no han escapado a su autor, quien finaliza su prólogo con las siguientes palabras, que encierran una gran verdad final: "Este librito de 'trozos selectos', por lo tanto, no es en mi espíritu más que un esbozo de lo que podría ser un hermoso libro que no existe: un Tratado de Biogeografía".

MARIO E. TERUGGI

PAUL RIVET, *Les origines de l'Homme Américain*. (Los orígenes del hombre americano). Ediciones Gallimard. París, 1957.

En marzo de 1958 el mundo de los americanistas fué conmovido por la muerte del sabio francés Paul Rivet. Era un amigo personal de muchos estudiosos argentinos y, en especial, de la cultura argentina. La antigua Junta de

Historia y Numismática Americana había escuchado más de una vez su brillante palabra. El trabajo de Mitre sobre Tiahuanacu había merecido, de su parte, justos elogios. Ahora leemos el último de sus libros, *Los orígenes del hombre americano*, síntesis de sus incontables estudios sobre este arduo problema.

El tema, en efecto, es tan antiguo como el descubrimiento de América y tan complejo como el grueso conjunto de teorías con que se intentó explicarlo. No vamos a hacer la historia de tantas explicaciones y suposiciones que se encuentran en todos los manuales y han sido analizadas, últimamente, con elevado sentido crítico, por José Imbelloni en su bella obra *La segunda esfinge indiana*.

Este libro de Paul Rivet es un pequeño volumen escrito para lectores corrientes, con un mínimo de conocimientos americanistas y algunas ansias de conocer las últimas conclusiones de los investigadores. Tiene la tradicional claridad francesa. Se lee, por tanto, con sencillez, placer y provecho. El autor recuerda, como homenaje a Francia, que en Nancy fué fundado el congreso internacional de los americanistas, que en París existe el Museo del Hombre, el más rico del mundo en colecciones americanas, y que en la misma ciudad funciona la Sociedad de Americanistas más importante de Europa y América.

Los orígenes del hombre americano se vinculan estrechamente a problemas geológicos y a la época glacial. La existencia de la Atlántida, científicamente insostenible, no pasa de una leyenda platoniana. La unión de los continentes —Europa, África y América—, sostenida por el geofísico alemán Wegener, terriblemente combatida desde los primeros instantes en que fué emitida, no aclara el problema de la historia humana. En los comienzos del cuaternario, cuando Europa y América aún se tocaban en sus extremidades septentrionales, una capa de mil doscientos a tres mil metros de hielo cubría gran parte de Europa, desde Holanda hacia el Norte. Era imposible al hombre europeo pasar a las tierras de América.

Animales que en Europa son propios de la era terciaria, como el mastodonte, o de la cuaternaria, como el mamut, han vivido en el Nuevo Mundo hasta los comienzos de los tiempos modernos. Los dibujos que los representan no son tan antiguos como en otros años se supo-

na. Por otra parte el descubrimiento del carbono catorce, hecho por los norteamericanos Arnold, Anderson y Libby, ha permitido fijar la edad, más o menos exacta, de restos humanos y animales que antes no era posible precisar. En efecto, las radiaciones cósmicas de las manchas solares producen desintegraciones atómicas que dan origen a átomos de carbono radiactivo cuyo peso molecular, en vez de ser de doce como el carbono normal, es de 14. Ahora bien: todos los seres vivos absorben carbono radiactivo, pero apenas se produce la muerte, la desintegración del carbono catorce disminuye espontáneamente. El carbono catorce pierde la mitad de su radiactividad en cinco mil setecientos veinte años, y después de once mil cuatrocientos cuarenta años sólo posee la cuarta parte. Como la radiactividad del ácido carbónico del aire es y ha sido constante en todos los tiempos y regiones, se puede determinar la fecha en que una materia vegetal o animal ha dejado de existir midiendo su radiactividad. Las imprecisiones de este método aumentan pasando los quince mil años y no es posible, tampoco, remontarse más allá de los treinta y cinco mil años; pero permiten saber, por ejemplo, que en la Patagonia vivía el Milodón hace diez mil ochocientos treinta y dos años, y que en Texas andaba el bisonte fósil hace unos diez mil años.

Estos y otros datos han servido muy bien a Rivet para demostrar que la población de América es tan antigua como la de Europa. Algunos arqueólogos suponen que ciertos objetos son muy antiguos porque su forma o estilo se asemeja a otros cuya antigüedad es indudable. Hoy se sabe que técnicas cuaternarias han sobrevivido hasta tiempos actuales. Es seguro que en la América del Norte los restos humanos conocidos llegan a los veinte mil años, o sea, al fin del Pleistoceno. En cambio, los productos de su industria son más antiguos y se remontan hasta fines del cuaternario, después del retiro de los glaciares. En Sud América los restos hallados coinciden, en su antigüedad, con los de la América del Norte. Las teorías de Ameghino, que hacían aparecer el hombre en América y lo extendían, desde este Continente, sobre toda la tierra, por medio de puentes terrestres hoy desaparecidos, ya no es serio el discutirlos. Ameghino, cuyo nombre vivirá por siglos en la historia de la antropología y paleontología,

por sus grandes descubrimientos de materiales, cayó en errores de interpretación y en suposiciones o imaginaciones que la ciencia moderna desdénia totalmente. Las pruebas suministradas por el carbono catorce llevan la antigüedad del hombre sudamericano a la época cuaternaria. En cuanto a los restos de Lagoa Santa, en Brasil, que se suponía antiquísimos, hoy se sabe que son mucho más recientes. En síntesis, puede afirmarse que el hombre llegó a América después del retraimiento de los grandes glaciares, desde el mundo antiguo, y utilizó los únicos caminos que hoy es posible utilizar.

Los indígenas americanos, anota muy bien Rivet, ignoraban la existencia de la rueda, del torno, del vidrio, del trigo, del arroz, de la cebada y del centeno. Esto basta para eliminar la llegada a América de todos los pueblos antiguos que los conocían. Un antropólogo eminente, a quien hemos tratado en 1941 en Washington, Ales Hrdlicka, sostiene que los hombres de América provienen de Siberia, China Occidental, Mongolia, Tibet, Corea, Japón, Filipinas y Formosa. Hrdlicka nos expresó más de una vez que Rivet era hombre de mucha imaginación, que le agradaba pensar y soñar, y que él, en cambio, se atenia exclusivamente a los hechos. Rivet, con quien hemos hablado, asimismo, de estos problemas, responde en este libro a las críticas de Hrdlicka demostrando que entre un goajiro y un patagón, un maya y un botocudo hay muchas más diferencias antropológicas que entre un sueco y un italiano o entre un poblador de Auvergnat y un inglés. Junto a Rivet se halla el notable etnólogo portugués Mendes Correa, el cual niega rotundamente la exclusividad de las teorías de Hrdlicka. Otro investigador, Pierre Champion, ha demostrado que la llamada mancha mongólica, de un color verdoso, que se halla en la región sacra de los indígenas americanos y desaparece con la edad, no demuestra en absoluto un origen asiático, sino que se encuentra en todo el mundo, en particular entre los negros del África, donde tiene un tinte gris. Hrdlicka también sostiene que todas las lenguas americanas son polisintéticas. Franz Boas, eminente lingüista, afirma lo contrario y prueba que el número de familias lingüísticas en América es superior al centenar. Tampoco es exacto que haya en América una civilización común a todos sus

habitantes. Rivet no niega las emigraciones del viejo mundo al nuevo por el estrecho de Behring, como sostiene Hrdlicka. El estudio de los grupos sanguíneos prueba que los indios americanos no tienen un único origen asiático. Las lenguas del grupo Na-Dene, de Alaska y parte de Canadá, están emparentadas con las sino-tibetanas. Las semejanzas entre el quichua y el turco, señaladas hace tiempo por nuestro querido amigo, el profesor de Montevideo, Benigno Ferrario, han hallado impresionantes confirmaciones. Es indudable, como sostiene Rivet, que América está poblada por gentes de un extraordinario polimorfismo que revelan muy distintos orígenes.

Es así como se ha llegado a demostrar que los esquimales son de origen asiático meridional, urálicos o protourálicos. Las tribus más meridionales del Continente son de puro origen australiano. El estudio de los grupos sanguíneos, en los cuales predomina el grupo O, lo demuestra plenamente. Los elementos culturales de los australianos y fueguinos se asemejan grandemente. La lingüística trae pruebas concluyentes. Hay más de noventa y tres correspondencias entre las lenguas australianas y las de los patagones y onas. Los australianos, de origen birmano, siames, hindú, indochino, de la península de Malaca e Indonesia, se establecieron en Australia, en una época remotísima, y pasaron a la extremidad meridional de América cruzando las tierras del Polo Sur. La reciente hazaña de Fuch demuestra la posibilidad de un viaje a través del Polo incomparablemente más penoso. Esta tesis, que Rivet apoya con entusiasmo, pertenece a Mendes Correa, el cual estima que la emigración pudo hacerse hace unos seis mil años, cuando —al igual que en la zona ártica— hubo una regresión glacial que dejó tierras libres de hielos en las costas antárticas durante largo tiempo.

Severos estudios antropológicos han permitido hallar en el tipo étnico americano de Lagoa Santa o paleoamericano una marcada influencia de los habitantes de Melanesia. El aglutinógeno del *Macacus rhesus*, o sea, el factor Rhesus o Rh, se encuentra en las razas blancas entre un mínimo, conservado en los vascos, de 57, 75 y un máximo de 98, 11 de los italianos. Pues bien: este porcentaje oscila entre un 98 y 100 entre los asiáticos, oca-

nicos y americanos. La etnografía comparada halla semejanzas admirables entre las culturas americanas y oceánicas. El quipu, por ejemplo sirve para hacer cálculos en las dos áreas. La lingüística igualmente señala la influencia mayalo-polinésica en el Nuevo Mundo desde épocas muy antiguas. Ciertas enfermedades de la piel y parasitarias del intestino, americanas, son propias de la Melanesia. El tifus exantemático de México y Guatemala es una enfermedad de las ratas que se trasmite al hombre, como el de Malasia, Australia y Nueva Zelanda, mientras que el tifus europeo es, en cambio, propio del hombre. Hoy se admite que los navegantes de Melanesia llegaron a las costas americanas a través del Pacífico y de la Isla de Pascua. A juicio de Rivet, los melanesios emigraron a América hace cuarenta siglos. La migración australiana, en cambio, se remontaría a sesenta siglos. El carbono catorce confirma estas apreciaciones.

Hoy no puede negarse que representaciones escultóricas y tradiciones americanas documentan la existencia en América de hombres blancos, rubios y barbudos. Tipos humanos con caracteres semejantes a los de ciertos frescos y vasos americanos, indudablemente blancos, se encuentran en Armenia, India, Turquestán, Mongolia, Siberia, Hainán y Japón. Estos elementos, según Rivet, han seguido las mismas vías de penetración que los asiáticos. Las inmigraciones normandas no han dejado rastros y no han tenido la importancia que en otros tiempos se les atribuía.

Extraña es en América la presencia de pigmeos de poco más de un metro de altura como máximo. Se los halla en Venezuela, Colombia y otras partes. Algunos etnógrafos han tratado de explicar su existencia como una degeneración debida a los incestos o malos alimentos. Rivet opina, con razón, que el problema de los pigmeos en América debe relacionarse con el de los otros pigmeos de todo el mundo. Hay pigmeos en África, Malasia, Nueva Guinea, en la península Indochina, y en las islas Andaman, en Birmania y los hubo en Suiza, Francia, Alemania y Sicilia. Muy bien pudieron llegar desde el viejo mundo junto a otros pueblos.

Rivet sostiene una amplia relación comercial precolombina entre Polinesia y América y la demuestra con

pruebas lingüísticas, culturales y tradicionales. Otros autores, en la Argentina, han seguido y ampliado sus huellas, como José Imbelloni y Enrique Palavecino. El nombre del hacha —toki— y las mismas hachas rituales de Oceanía y costas americanas del Pacífico, son los elementos de prueba más conocidos. El cocotero y la calabaza fueron encontrados por los españoles en las costas del Pacífico y no del Atlántico. Es muy probable que hayan llegado desde Oceanía traídos por inmigrantes aislados o en grupos.

Un misterio que Rivet no se atreve a esclarecer y declarar que permanecerá largo tiempo sin solución, es el de la civilización de los mayas.

En resumen, esta bella obra de síntesis presenta al lector el estado actual de las más serias investigaciones sobre el origen del hombre americano. Personalmente las aceptamos como las más probables y documentadas. Ojalá nuevos investigadores continúen la obra de este sabio tan amigo de los argentinos, cuya desaparición es luto irreparable para la ciencia americanística del mundo entero.

ENRIQUE DE GANDIA.

RUSSELL W. DAVENPORT, *La dignidad del hombre*. Editorial Raigal, Buenos Aires, 1957.

El autor es un periodista norteamericano que en sus años mozos estudió filosofía en la Universidad de Yale y consagró luego su vida a una intensa actividad intelectual. La muerte lo sorprendió en plena labor, el año 1954, cuando daba los últimos toques a este trabajo sobre la dignidad del hombre, que él consideraba su obra capital.

El libro es un aporte valioso, en el terreno ideológico, a la lucha del mundo libre. La tesis central, reiteradamente expuesta bajo diversos y penetrantes enfoques, trata de demostrar que el mundo occidental debe llegar a una concepción del hombre y de la libertad, de cuño espiritualista que le sirva de base doctrinaria contra el materialismo dialéctico. El antagonismo entre la concepción

naturalista del universo y de la vida y las invocaciones a un orden moral sin base espiritual en qué sustentarse; la desorientación del mundo libre, inerte en el orden de las ideas, para defenderse del comunismo a causa de la contradicción interna entre los principios de raigambre naturalista y las conclusiones de carácter moral; la tremenda debilidad de la cultura occidental frente al comunismo cuya correspondencia entre las premisas y las consecuencias del materialismo dialéctico es absoluta; éstos y otros problemas son tratados con finura de análisis y profundidad de pensamiento.

Establece el autor un paralelo entre Rusia y Norteamérica, destacando el contraste de situaciones de estas dos potencias en el empeño por conquistar la primacía como naciones rectoras de la causa de la humanidad. Las conclusiones a que arriba son aplicables en sus lineamientos fundamentales a todas las naciones americanas.

¿Cuáles son las ideas que han llevado al hombre del siglo XX al desesperado conflicto ideológico en que se debate actualmente? El progreso científico y técnico, la tecnificación del mundo, indujo al hombre a creer en la teoría de la seguridad económica mundial. El hombre industrial estaba llamado a abolir la indigencia, a crear los recursos necesarios para que la humanidad viviera sin sufrir las penurias de la escasez y la pobreza.

Esta posición espiritual se fundamentó en una doctrina que el autor llama "optimismo filosófico" y que no es sino el trasplante a los Estados Unidos de las teorías de la Ilustración y de la Filosofía del progreso indefinido. El hombre es bueno por naturaleza. El progreso de las ciencias naturales, de la técnica, ha de convertir la tierra en un edén. Tales fueron las dos premisas fundamentales de la filosofía social norteamericana en las primeras décadas de nuestro siglo. Se reinterpretó el cristianismo, despojándolo de todo cuanto supusiera un concepto peyorativo de la naturaleza humana, viciada por la culpa original, y de toda idea de sufrimiento y abnegación inherente a nuestro paso sobre la tierra. Esta no debía ser más un valle de lágrimas. Se postularon dos paraísos, uno aquí y otro allá... Y todo por obra y gracia de la tecnificación, del progreso industrial. El ideal de la felicidad humana sobre la tierra fué de matiz terminantemente

hedonista y utilitario: "Dos pollos en cada olla y un automóvil en cada patio, por añadidura". La doctrina del progreso, patrocinada por Turgot, Condorcet y Herder, había logrado restablecerse en nuevo clima, transformada y remozada por un criterio netamente materialista.

La primera desilusión para esta orientación de la vida norteamericana fué el estallido de la guerra mundial de 1914. El norteamericano no renegó, sin embargo, del optimismo filosófico. Un conjunto de ideas y circunstancias contribuyó a mantener en él la convicción del progreso indefinido.

El autor extrae la conclusión de que es preciso cambiar fundamentalmente esta manera de pensar: "Cuando un norteamericano expone sus ideas acerca de la libertad en esos términos por decirlo así arcaicos ¿qué puede pensar un europeo? Si es caritativo, se encogerá de hombros. Pero, si se considera a sí mismo realista, dudará de la sinceridad del orador". El mal es un elemento esencial de la vida en la tierra y no es posible dejar de lado los problemas que plantea. Y, sobre todo, es preciso tener en cuenta que si los valores exteriores son los primordiales ¿por qué sacrificarlos en aras de valores morales, luchando por ideales como la libertad de los pueblos y el imperio de la democracia en el mundo? Esta contradicción entre el sistema de ideas norteamericano y su actitud ante la vida, en su lucha por la libertad y la democracia, es lo que el autor califica de "zancadilla filosófica a que nos llevó la tradición optimista". El resultado es una especie de frustración nacional en la esfera de las ideas, frustración que consiste en no saber explicar al mundo qué es en sus últimos fundamentos, en su raíz esencial, el concepto de libertad.

El optimismo filosófico llevó a Norteamérica a una realidad contradictoria entre sus intenciones de hacer el bien y la situación creada en el mundo con su intervención y ayuda. Los norteamericanos trataron de mejorar la suerte del hombre, pero los resultados tomaron un rumbo contrario a sus deseos. El mundo contemporáneo es la antítesis del mundo que los norteamericanos proyectaron establecer mediante la guerra. Los progresos de la técnica que, según se creía, iban a liberar a la humanidad para que ésta pudiera dedicarse a los fines superiores de la

naturaleza, tienden a hundirnos en la crisis moral y material más angustiosa de la historia.

En la segunda parte de la obra traza el autor un cuadro de los aspectos filosóficos del marxismo; demuestra que éste no es tan invulnerable como parece en su dialéctica interna, y que es menester un nuevo enfoque general de las ciencias y de la concepción del mundo por parte del Occidente si éste ha de recobrar la iniciativa en la gran lucha de las ideas. En varios capítulos, densos de doctrina filosófica y vastos conocimientos científicos, se desarrollan puntos fundamentales de epistemología, se profundizan problemas referentes a la naturaleza última del conocimiento. El método y el impulso científico moderno pueden considerarse como un desplazamiento en la orientación del espíritu humano desde la idea de la cualidad a la de la cantidad. Si la eliminación de lo cualitativo dió como resultado un gran progreso en los poderes que el hombre adquirió sobre la naturaleza, y por lo tanto, en el concepto de libertad, tuvo asimismo decisivos resultados intelectuales y espirituales de otro tipo, cuya consideración es esencial a los efectos de comprender nuestra época. El hombre aparece ahora "fuera del mundo real y casi no es más que un manojo de cualidades secundarias, un espectador sin importancia y un efecto insignificante del gran sistema matemático que es la sustancia de la realidad".

Asombra en un periodista, consagrado a intensas y múltiples actividades, la hondura del pensamiento metafísico y la versación en las diversas ramas de las ciencias positivas. Son éstos —a nuestro juicio— los capítulos más brillantes de la obra, tanto por su fondo como por la magia de la forma que, en ocasiones, llega a la elocuencia.

Los últimos capítulos constituyen una fundamentación de la dignidad del hombre. Señala el autor las fallas del cientificismo naturalista en esta materia —cuyo método de indagación ha invadido el dominio de las ciencias sociales— y trata de llegar a una síntesis entre las dos concepciones del hombre, la del progreso material, tal cual lo concibe el optimismo filosófico, y la de índole esencialmente espiritualista.

Al abordar los problemas acerca del hombre, evita el autor, de propósito, el léxico propio de la filosofía, pues la obra se dirige de manera particular al "hombre cultivado e inteligente que, hallándose profundamente inmerso en las fuerzas de su época, busca con toda dedicación una manera de dominarlas". Una terminología accesible al gran público culto, no iniciado en el tecnicismo de escuela, pone de relieve las realidades del mundo interior, demostrativas de la espiritualidad del hombre como parte esencial de su naturaleza y base cardinal de su libertad. El estudio de la esencia íntima del juego, de su significado eminentemente espiritual, puede remitirse a las demostraciones clásicas, dentro de la escuela tomista, sobre la espiritualidad del hombre, pero enfocado con originalidad de procedimientos y acierto de forma. El hecho de que el hombre moderno no haya logrado aceptar la conciencia interior como un fenómeno tan válido como el de la realidad exterior, constituye un gigantesco obstáculo en la búsqueda contemporánea de la verdad.

La obra de Davenport está enriquecida de sutiles análisis sobre la crisis de nuestro tiempo. El estudioso encontrará en ella enfoques e intuiciones que arrojan viva luz sobre esenciales problemas contemporáneos. "La lectura de este libro —afirma Henry Cabot Lodge, representante de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas—, es una magnífica e inspiradora experiencia. Es un libro que, si tenemos ingenio para comprenderlo, cambiará todo el curso de la historia humana".

ENRIQUE BONFANTI

MIRCEA ELIADE: YOGA, Inmortalidad y Libertad. Ediciones Leviatan. Buenos Aires, 1957.

La edición en español de *Le Yoga, Immortalité et Liberté*, de Mircea Eliade, presentada recientemente en Buenos Aires, nos ofrece oportunidad de detenernos, una vez más, en este erudito profesor rumano radicado hace tiempo en París, actualmente catedrático en Chigaco. Eliade presentó en 1936 parte de esta obra y en 1948

en *Techniques du Yoga* daba a conocer otros elementos utilizados luego en la obra que comentamos. Mas desde aquella primera versión de *Yoga, Essai sur les origines de la mystique indienne*, hasta este tratado, el autor ha completado en tal forma su documentación y sus estudios filológicos, que lejos de ser ésta una nueva edición de trabajos anteriores, posee toda la frescura de una nueva producción. Así lo declara el mismo cuando advierte: "El libro ha sido completamente reescrito con el propósito de adaptarlo, en lo posible, al punto de vista actual", y "hemos querido presentar un libro accesible al lector no interiorizado, sin alejarnos del rigor científico".

Aunque *Yoga, Inmortalidad y Libertad* se dirige en particular a los especialistas en historia de las religiones, a los psicólogos, a los filósofos y a los orientalistas, llega sin dificultad a cuantos se interesan por los problemas contenidos en una expresión: la condición humana y todas sus inquietudes. Nos encontramos con las soluciones que la India milenaria ofrece a los problemas que interesan por igual a la filosofía occidental.

Personalmente, Mircea Eliade se encuentra en condiciones propicias para los trabajos referentes al hinduismo. Su larga residencia en Calcuta, sus estudios bajo la dirección del profesor Surendranath Dasgupta, su estadía de seis meses en el Himalaya, el estudio de las lenguas orientales, los textos en sánscrito y pali de que ha podido disponer en las mejores traducciones, la frecuentación íntima con los elementos más cultos de la India, todo forma una rica conjunción de aportes al servicio de su apasionante tarea. Pero cabe aún añadir, como coronamiento, su profunda contracción al trabajo intelectual, que constituye un ejemplo digno de mención. Es grato a nuestro espíritu, evocar el encuentro personal con Mircea Eliade en París, durante el invierno de 1949 y recordar los pasajes autobiográficos de su novela: *La Noche Bengali*. No menoscaba el prestigio de su erudición la sencillez del trato y el agrado de la conversación cuyo recuerdo hoy nos emociona.

La mayor parte del contenido de *Yoga, Inmortalidad y Libertad* está dedicada al comentario de las diferentes formas de la técnica yoga y a su historia. Pero la sola mención de los temas comprendidos en ese título basta

para interesar al lector occidental; simbolismo, Nirvana, alquimia, mitos, folklore... De modo que explicándonos los secretos y misterios de la tradición hindú, Eliade nos pone ante los dos dramas legendarios de la experimentación humana: el de la ciencia y el de la mística.

El término "yoga", emparentado etimológicamente con la palabra yugo, designa en general toda técnica de ascesis y cualquier método de meditación. La mística que significa unión, poniendo al hombre "bajo el yugo" de la autodisciplina implica naturalmente, la ruptura, el desgamiento previo de la materia respecto al mundo; la unificación del espíritu no se logrará sin abolir la dispersión y los automatismos que caracterizan a la conciencia profana. Y así es oportuno preguntarse: ¿se puede desechar el vasto estudio de exploración de la psiquis que la India ha elaborado?

Una experiencia inmemorial concerniente a la conducta humana, a la interrogación ante el devenir cósmico y la angustia de permanecer en el mundo sin dejarse "consumir" por el tiempo y por la Historia, una experiencia preciosa repetitivamente, se ofrece al filósofo occidental cuando penetra en el hinduismo. Como afirma Eliade "sería imprudente desconocerla".

Sobrepasar la condición humana y lograr la libertad total es la ardiente aspiración del alma india. La búsqueda de la verdad se convierte en algo esencial porque el conocimiento de la verdad ayuda al hombre a liberarse: el sabio se sacrifica por la conquista de la verdad absoluta, por alcanzar la prolongación de naturaleza mística más allá de la muerte. Libertad absoluta. Inmortalidad: supremas promesas que vislumbra el discípulo yoga, cuando de la mano de su guru (maestro), se entrega a las iniciaciones, empieza a abandonar el mundo profano buscando "morir para esta vida". La muerte será seguida de un segundo nacimiento, del hombre nuevo, expresado por las distintas escuelas hindúes con diferentes nombres, entre ellos Nirvana.

Claramente propone Eliade a la atención de la filosofía occidental, los problemas que la India ha tratado de comprender: "1º La ley de la causalidad universal, que solidariza al hombre con el Cosmos y lo conduce a transmigrar indefinidamente (ley del *karman*). 2º El misme-

rioso proceso que engendra y sostiene al Cosmos, y al cumplirlo, hace posible "el eterno retorno" de las existencias, es la ilusión cósmica (la *maya*). 3º La realidad absoluta "situada" en algún lado, más allá de la ilusión cósmica entretejida por la *maya* y también fuera de los límites de la experiencia humana condicionada por el *karman*: el Ser puro, el absoluto con cualquier nombre que se le designe. 4º Finalmente, los medios para llegar al ser, las técnicas adecuadas para adquirir la liberación; el conjunto de estos medios constituye el *yoga*.

El autor nos enfrenta con prácticas y creencias que hunden sus raíces en tiempos que escapan a la historia, pero que la India ha conservado ininterrumpidamente: en ese marco natural que imaginamos como Eliade lo dibuja en su *Noche Bengali*, cuando recuerda: "Los meses que pasé en el corazón del Himalaya, en un bungalow situado entre Almora y Ranikhet, estuvieron llenos de serenidad"; "los alrededores de Almora tienen los bosques de pinos más hermosos del Himalaya".

ISOLINA RAMIREZ.

COMENTARIOS Y EXTRACTOS DE REVISTAS

Les Nouvelles Littéraires, París, 12 de diciembre de 1957.

En un artículo titulado: "El espíritu y los medios técnicos", publica las respuestas al interrogatorio que Claudy-Gabrielle Nordau hizo a cuatro sabios franceses: Fontaine, Kirmann, Leprince-Ringuet y Wolff. A la pregunta: "¿Pensáis que la abundancia de medios técnicos engendra la pereza de espíritu en el sabio?", Wolff y Kirmann contestaron:

Etienne Wolff. — La condición esencial del éxito en materia científica es la adaptación exacta de una técnica a un problema. La búsqueda de una técnica apropiada demanda siempre ingeniosidad, iniciativa, una combinación instrumental, que no puede contentarse con aparatos

ya hechos, aun los más modernos. No es para temer que la abundancia de los medios engendre la pereza de espíritu. El científico que se contenta con utilizar aparatos sin idea directiva y sin iniciativa técnica no llega más que a resultados irrisorios. No es pues un sabio.

Albert Kirmann. — Me preguntáis si la profusión de medios técnicos favorece la pereza de espíritu. Responderé: sí, en los sabios mediocres, y no, en los sabios de élite. Pero no debemos despreciar demasiado lo que he llamado sabio mediocre, porque él también rinde muy grandes servicios.

En ciencia, un hombre medio puede hacer un trabajo muy útil si está bien ubicado y forma parte de un buen equipo. El sabio genial corre el peligro de ser detenido por falta de documentos fundamentales; tiene necesidad de elegir en una rica documentación y es el sabio medio quien se la proporciona. Evidentemente hay en la actualidad gente que, en lugar de hacer un trabajo original, puede contentarse con dar vueltas a una manivela, pero cumple asimismo una tarea útil. Un ejemplo espectacular es dado por las máquinas de calcular electrónicas, que hacen en algunos segundos lo que demandaría muchas jornadas de labor humana. Aun si la persona que emplea estas máquinas hace menos esfuerzos en total, su rendimiento es en mucho superior. No hay aquí, pues, un argumento contra la abundancia de medios técnicos y no es necesario absolutamente servirse de él como tal.

—¿Las máquinas terminarán por reemplazar al personal de laboratorio, a los ayudantes técnicos, por ejemplo?

Kirmann. — En parte solamente. El problema es el mismo que en la industria; el hombre no será completamente desplazado.

Atti del III Congresso Internazionale Di Estetica, Venezia, 3-5 settembre 1956. Edizioni della Rivista di Estetica. Istituto di Estetica dell'Università di Torino. Traducimos fragmentos de un artículo firmado por Francesco Yosio Nomura y titulado "Problemas orientales y occidentales de estética comparativa".

"Desde que los tallados en madera japoneses dieron inspiración a algunos de los principales artistas en Europa, nuestro arte tradicional empezó a ser reconocido poco a poco entre los occidentales. En el presente, la arquitectura japonesa, el arte abstracto y aun el arreglo de flores y la música tradicional están hallando gran número de admiradores en Europa y América. Pero temo que nuestro pensamiento estético y sus fondos no sean bien comprendidos en el extranjero.

"Hay, ciertamente, diferencias fundamentales entre las actitudes estéticas orientales y occidentales. Para mostrar cómo es de difícil unir Oriente y Occidente en estética, daré aquí algunos ejemplos.

"Primeramente, la diferencia de categorías estéticas fundamentales o clasificaciones de la belleza. Los occidentales están acostumbrados a clasificar la belleza en un sentido general, en Belleza en un sentido más estrecho, lo Sublime, lo Trágico y lo Cómico, o como das Schöne, das Erhabene y der Humor. Adaptando estos términos a nuestra estética moderna, usamos, por ejemplo, palabras tales como Yûbi, Sûkô y Kaigyaku, como equivalentes de las tres últimas palabras alemanas. Pero, en realidad, tales palabras japonesas no fueron nunca, o raramente usadas en los escritos de nuestra estética tradicional. Como ya ha investigado uno de los grandes eruditos de la estética moderna japonesa, el bien conocido profesor doctor Oonisi, Mono-no-Aware ("Mono" significa algo como la palabra latina "res", "aware" generalmente significa "simpática" o "tristeza", Yûgen (el significado general es de "misterio" o "profundidad") y Hûga (generalmente significa "refinamiento", con tintes "románticos") parecen ser categorías fundamentales de nuestra belleza tradicional, correspondiendo a das Schöne, das Erhabene, y der Humor. Pero los delicados matices son tan especiales e im-

portantes que sin esas modificaciones no puede existir ninguna típica belleza japonesa.

"En segundo lugar, la actitud hacia la Naturaleza es muy diferente en Oriente y Occidente. En las artes orientales la Naturaleza parece más importante que el ser humano. En otras palabras, en nuestro sentimiento estético tradicional, la belleza en la Naturaleza o das Natur-Schöne es algo más valioso que la belleza en las artes o das Kunst-Schöne. A fin de investigar nuestro pensamiento estético tradicional, no deberíamos concentrar demasiado nuestra atención en el Kunst-Schöne; por el contrario, la apreciación estética de la Naturaleza y la forma de vida o existencia son objetos más importantes de investigación que las bellas artes.

"En tercer lugar las artes son consideradas diferentemente en Oriente y Occidente. Aun en el Occidente, los significados de "artes" en la Edad Media son muy diferentes de "artes" en el sentido actual. Hablando rudamente, podemos decir que el significado japonés de las artes es más medieval que el corriente significado europeo de hoy. Las disciplinas del "tanka" (verso de treinta y una sílabas) poesía, caligrafía o música tradicional, no son solamente estéticas sino también éticas y religiosas. Parece digno de mención el que en nuestro país hubo y aún hay bellas artes para lo así llamado sensaciones inferiores, tales como el arte del incienso y la famosa ceremonia del té. Y un arte tal como el arreglo de las flores es peculiarmente japonés".

Traducción de Luz E. A. Pope.

América. Revista de la Asociación de escritores y artistas americanos. Vol. LI, números 1, 2 y 3. Enero a marzo de 1957. Firmado por Antonio Méndez, leemos un artículo sobre "La pintura mexicana a través de los tiempos", del que transcribimos una parte:

"El inicio de la pintura contemporánea de México se encuentra en las creaciones artísticas de nuestros abuelos mayas y aztecas. Ya en los primeros siglos de nuestra era, en Bonampak, ciudad del Viejo Imperio Maya, en-

clavada en la selva chiapaneca y que significa textualmente "muro pintado", se encuentran claras manifestaciones del profundo sentido realista de nuestro arte; y no podría haber sido de otra manera. Nuestros aborígenes son hombres realistas en el sentido más hondo de la palabra. Realistas que supieron captar las verdades físicas significadas por la geografía que la suerte les deparó; las profundas verdades humanas, en las que van incluídas el aliento espiritual y el vuelo de su intelecto, verdades de las que los hombres de hoy parecemos empeñados en renegar. Sobre todo, porque aquellas gentes supieron cohesionar su frágil condición humana, de seres de carne y hueso, salidos de la tierra, con las supremas aspiraciones filosóficas. Supieron enfrentarse a la realidad de que "el mundo, creado, dispuesto y regido por los dioses, no es perfecto, sino que está lleno de miseria, infortunio y desgracia"; y supieron vencer esta aparente contradicción mediante la genialmente sencilla solución de incorporarlo absolutamente a su sistema religioso. Por eso, tienen dioses buenos y dioses malos, igualmente poderosos; unas veces triunfan los unos, otras, los otros. No podemos soslayar esta verdad, si queremos encontrar una de las raíces, seguramente la fundamental, de la pintura mexicana, que es uno de los movimientos artísticos y culturales de mayor importancia en el mundo, en estos momentos.

"Bajo el patrocinio del sentido realista de nuestros abuelos indígenas, se crearon las grandes pinturas murales de Bonampak, las que "hablan", cuentan, reflejan quiénes eran, cómo eran y vivían los diversos sujetos tratados en la composición. No solamente por lo fiel y vigoroso del dibujo, por las expresiones de los personajes, sino por el tratamiento del color, de las formas y de las proporciones. Son la más definitiva comprobación del realismo que saturaba el arte y la vida toda, de nuestros indios. Estos tenían grandes escuelas de pintura, así como de todas las artes y ciencias entonces conocidas, donde los "tlacuillos", "aprendices" en idioma azteca, se convertían en maestros geniales, como los que produjeron los frescos de Bonampak.

"Al llegar los misioneros españoles, se pecataron de las grandes facultades de los conquistados para las artes

plásticas, especialmente para la pintura y la escultura. Fray Pedro de Gante fundó una escuela de artes y oficios en la que, entre otras cosas, se les enseñó a copiar obras europeas, apropiadas para las Iglesias del culto vencedor. Ahí se vincularon para siempre, el arte nativo y el europeo. Cuando los artistas aborígenes copiaran los cuadros españoles, italianos o flamencos, sin poder evadirse del propio temperamento, crearon obras con formas, y en función de la estética occidental, pero sentidas en "indio".

LA REDACCIÓN

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

LA MATEMÁTICA SE CONFUNDE CON SU HISTORIA

Las matemáticas son un devenir. Todo lo que nosotros podemos hacer, es tratar de comprender su historia, es decir, para situar las matemáticas entre otras actividades intelectuales, encontrar ciertas características de este último; citaré dos de ellas:

1º Ese devenir es autónomo, es decir que, si es imposible colocarse fuera de él, se puede, estudiando el desarrollo histórico, contingente, de las matemáticas, tal como se presenta a nosotros, percibir necesidades bajo el encadenamiento de las nociones y de los procedimientos. Aquí, evidentemente, la palabra "necesidad" no puede ser precisada de otra manera. Se notan problemas, y se percibe que esos problemas exigen la aparición de una nueva noción; es todo lo que se puede hacer, y es cierto que ese empleo de la palabra "exigir" nos es demasiado fácil, puesto que estamos del otro lado, vemos los resultados. Sin embargo, podemos decir que las nociones que han aparecido verdaderamente han aportado una solución a problemas que se presentaban efectivamente.

Creo que es posible, bajo la contingencia pintoresca del encadenamiento de las teorías, librarse a ese trabajo. He tratado, por mi parte, de hacerlo para la teoría de los

Conjuntos; no pretendo haberlo logrado, pero justamente, en el desarrollo de esa teoría que parecería, sin embargo, el ejemplo mismo de una teoría genial hecha a golpe de invenciones radicalmente imprevisibles, me ha parecido percibir una necesidad interna, son ciertos problemas de análisis que han dado origen a las nociones esenciales, y han engendrado ciertos procedimientos advinados ya por Bolzano o Lejeune-Dirichlet y devenidos los procedimientos fundamentales adecuados por Cantor. Autonomía, luego necesidad.

2º Ese devenir se desarrolla como un devenir verdadero, es decir, que es imprevisible. No es quizás imprevisible para las intuiciones del matemático en plena actividad, que adivina de qué lado es necesario buscar, pero es imprevisible originariamente, de una manera auténtica. Es lo que se podría llamar la dialéctica fundamental de las matemáticas: si las nuevas nociones aparecen como necesitadas por los problemas presentados, esta misma novedad es verdaderamente una novedad completa. Es decir que no se puede, por un simple análisis de las nociones ya empleadas, encontrar en el interior de ellas, nuevas nociones: las generalizaciones, por ejemplo, que han engendrado nuevas nociones.

Traducción de Gloria D. Bianco.

JEAN OAVAILLES.

ESPACIO - TIEMPO

Como el tiempo es una cantidad impalpable, no es posible hacer un dibujo o construir un modelo de un continuo espacio-tiempo de cuatro dimensiones. Pero puede ser imaginado, y representado matemáticamente. Para describir los formidables confines del universo, más allá de nuestro sistema solar, más allá de los enjambres de estrellas y las nubes estelares de la Vía Láctea, más allá de las solitarias galaxias exteriores que arden en el vacío, el científico debe representárselo todo como un continuo de tres dimensiones de espacio y una de tiempo. En nuestra imaginación tendemos a separar estas dimensiones; tenemos una conciencia del espacio y una conciencia del

tiempo. Sin embargo, la separación es puramente subjetiva; y como ha demostrado la teoría especial de la relatividad, espacio y tiempo son cantidades relativas que varían de acuerdo con cada observador. En cualquier descripción objetiva del universo, tal como pide la ciencia, la dimensión tiempo no puede separarse de la dimensión espacio más de lo que la longitud puede separarse del ancho y espesor en una representación exacta de una casa, un árbol o Betty Grable. De acuerdo con el gran matemático alemán Hermann Minkowski, que desarrolló la matemática del continuo espacio-tiempo como un medio conveniente para expresar los principios de la relatividad, "el espacio y el tiempo tomados por separado se han desvanecido en puras sombras, y sólo una especie de combinación de los dos, conserva alguna realidad".

No debe pensarse, sin embargo, que el continuo espacio-tiempo es una pura construcción matemática. El mundo es un continuo espacio-tiempo; toda la realidad existe en el espacio y en el tiempo, que son inseparables. Todas las mediciones de tiempo son realmente mediciones en el espacio, y a la inversa, las mediciones de espacio dependen de mediciones del tiempo. Segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, estaciones y años, son medidas de la posición de la Tierra en el espacio con relación al Sol, la Luna y las estrellas. Análogamente, la latitud y la longitud, con las cuales el hombre define su posición espacial sobre la Tierra, están medidas en minutos y segundos, y para computarlas exactamente debemos conocer la hora del día y el día del año. "Marcas" terrestres como el Ecuador, el trópico de Cáncer o el círculo Ártico son simples relojes de sol que marcan las cambiantes estaciones; el mediodía no es más que un ángulo del Sol.

Aun así, la equivalencia de espacio y tiempo se torna verdaderamente clara al contemplar las estrellas. Entre las constelaciones más conocidas, algunas son "reales", en el sentido de que sus componentes estelares son verdaderos sistemas gravitacionales, que se mueven ordenadamente en relación de unos con otros; otras son puramente "ópticas" —sus formas son accidentes de perspectiva, creados por una aparente proximidad de estrellas no relacionadas a lo largo de una visual. En estas constelaciones "ópticas" uno puede observar dos estrellas de brillo

igual y afirmar que están "lado a lado" en el firmamento, mientras que en realidad una puede estar a cuarenta y la otra a cuatrocientos años luz de la Tierra.

Obviamente, el astrónomo tiene que representarse el universo como un continuo espacio-tiempo. Cuando explora con el telescopio no ve sólo hacia afuera en el espacio, sino también hacia atrás en el tiempo. Sus sensibles cámaras pueden descubrir la débil luminosidad de universos-islas situados a 500 millones de luz, débiles destellos que empezaron su viaje en un periodo del tiempo terrestre, en que los primeros vertebrados comenzaban a arrastrarse desde los calientes mares paleozoicos a los jóvenes continentes de la Tierra. Su espectroscopio le dice, además, que estos enormes sistemas exteriores se van hacia el limbo, alejándose de nuestra galaxia, a increíbles velocidades que llegan hasta los 55,000 kilómetros por segundo. O, más precisamente, comenzaron a separarse de nosotros hace 500 millones de años. Donde se encuentran "ahora", o inclusive si existen "ahora", nadie puede decirlo. Si separamos nuestra imagen del universo en tres dimensiones subjetivas de espacio y una de tiempo local, entonces estas galaxias no tienen más existencia objetiva que la de debilitadas manchas de luz antigua sobre una placa fotográfica. Cobran realidad física sólo en su marco de referencia apropiado, el continuo espacio-tiempo de cuatro dimensiones.

El hombre, durante su breve paso por la Tierra, egocéntricamente ordena en su mente los sucesos de acuerdo con su propio sentido del pasado, el presente y el futuro. Pero, excepto en nuestra propia conciencia, el universo, el mundo objetivo de la realidad, no "acaece", simplemente existe. Solamente un intelecto cósmico puede abarcarlo en toda su majestad. Pero puede también ser representado simbólicamente, por un matemático, como un continuo espacio-tiempo de cuatro dimensiones. Entender el continuo espacio-tiempo es un requisito para entender la teoría general de la relatividad y lo que dice acerca de la gravitación, la fuerza invisible que mantiene junto el universo y determina su forma y tamaño.

LINCOLN BARNETT

El universo y el doctor Einstein.
Fondo de Cultura Económica, 1967.

LOS JÓVENES Y EL ENTUSIASMO POR LA INVESTIGACIÓN

Ese humano quehacer que consiste en indagar en las cosas y en los fenómenos para descubrir sus causas y correlacionarlas con sus efectos, cuenta en nuestro país con escasos entusiastas. A nuestros jóvenes, a los que están terminando sus estudios en la Universidad y a los que acaban de salir de ella, parece no interesarles gran cosa la investigación pura. Es éste un fenómeno bien digno de meditación, del que sin duda se han ocupado ya otros antes, con mayor autoridad y más luces. Pero creo de todos modos que vale la pena insistir, porque es cuestión que hace a la raíz misma de muchos de los problemas que a diario se debaten en la calle, en las familias, en los periódicos. Si en las mentes juveniles más o menos entrenadas para aprender y comprender, no hay curiosidad fundamental por las cosas del espíritu y de la naturaleza en sus múltiples manifestaciones, la cosa es grave. Pueden darse para justificar o explicar el fenómeno, razones de orden económico, social y educacional, pero después de esgrimirlos todos los argumentos queda en pie, desafiante, la cuestión de por qué son tan pocos los jóvenes que se sienten sinceramente atraídos por la investigación fundamental. Lo cierto es que, en algunas ramas del saber por lo menos, la desertión es total. Hasta hace algunos años se veía aparecer con relativa frecuencia, alguien a quien interesaba mucho más ponerse a escudriñar en la naturaleza de las cosas, que hacer dinero o alcanzar posición. Pero en los últimos tiempos esos casos se van haciendo más y más raros.

Estamos de acuerdo en que la profesión del investigador no tiene por qué ser una carrera de privaciones y sacrificios, pero cuesta mucho creer que sea la competencia ejercida por otras profesiones o actividades más lucrativas y socialmente más seguras, la causa razonable del marchitamiento que padece en nuestros días el entusiasmo de los jóvenes por una de las formas más apasionantes de la aventura humana. Porque en este sentido nada ha cambiado: es el entusiasmo sincero por penetrar lo inexplorado la condición fundamental del investigador. Otras cosas hay muy importantes: la formación, la dis-

ciplina en el trabajo, los elementos materiales, la comprensión por parte del medio. Pero si bien todas ellas pueden ser modificadas y hasta creadas por un gran entusiasmo, éste rara vez nace al influjo de la mera existencia de laboratorios disponibles o de un medio social y económico propicio.

El entusiasmo que no despierta solo, debe ser despertado por algún otro gran entusiasmo. Por eso la gran misión de los maestros en todas partes y sobre todo en la Universidad, es entresacar cada año un manojito de jóvenes que púeda, si es necesario, más que el medio ambiente; que crea realmente en el valor de una vida dedicada a explorar e indagar, y que se ponga honesta y pacientemente a la tarea.

Los maestros y los jóvenes deben estar alerta. Porque hubo y habrá en todos los tiempos, quienes escriben ciencia con mayúscula y sienten una atracción irresistible por la atmósfera que rodea al investigador y a su mundo, pero sólo por su atmósfera. Y por su prestigio. Anhelan resultados espectaculares en sus trabajos porque la búsqueda en sí no les depara satisfacción, y si las circunstancias los coloca en la posición de dirigir investigaciones, ahuyentan a los mejores y terminan rodeados de mediocres. Son los figurones, que no dejan ni obra seria ni discípulos. Por eso los verdaderos maestros, aquellos que tienen un entusiasmo para contagiar y mucho que enseñar, deben mostrar a los que adoptan la pose de la investigación, que ella sólo les deparará, en el fondo, fracaso y tristeza. Pero, ante todo, la misión del maestro es fomentar el impulso, a veces tímido, de los que se sienten atraídos sinceramente por la investigación pura. Su enseñanza y su ejemplo tienen que ser suficientemente vigorosos como para lograr persuadir, aunque sea a unos pocos, no sólo de la importancia que la investigación científica tiene en el mundo actual, sino más aún, de que es fuente de alegría y debe ser escuela de virtud. Aunque sea a unos pocos. Porque poca sal puede condimentar mucho alimento. "Pero si la sal pierde su sabor..."

ALBERTO SORIANO
"Ciencia e Investigación"
Bo. Av., febrero de 1957.

EL INSTINTO, REALIDAD CIENTÍFICA

¿La confección de una tela de araña sería un juego de reflejos que se suceden sin interrupción? Mas, interrumpida por una causa cualquiera, una serie de reflejos inconscientes no retomaría exactamente el punto en que ha sido detenida. Luego, si se atrapa una mosca en la tela que una araña está ocupada en tejer, cuando solamente algunas vueltas de hilo viscoso han sido colocadas, la araña realiza la captura, como la presa si está hambrienta, la deja en su lugar para comerla más tarde si no tiene hambre, y después retoma su trabajo exactamente allí donde lo ha abandonado. Aquí también los reflejos están fuera de causa.

¿Qué es, entonces, el instinto? Las aplicaciones numerosas de la ley de economía de la fuerza van a darnos una primera indicación. Las abejas solitarias que edifican individualmente células para alojar a su progenitura, las avispas fosoras que cavan madrigueras, se eximen de su trabajo tan largo tiempo porque encuentran viejos nidos que no tienen necesidad más que de ser limpiados, agujeros enteramente hechos que convienen. El zorro o el tejón que gracias a su olfato sutil, descubren bajo suelo una madriguera abandonada el año precedente por un congénere y de la cual es suficiente desobstruir la entrada, hacen lo mismo. La golondrina que regresa de su viaje de migración no fabrica un nuevo nido sino si el antiguo ha sido demolido. Estos comportamientos no son posibles más que si el animal reconoce, en lo que encuentra completamente hecho, el objeto que al faltarle, habría debido edificar él mismo. Pero "reconocer" un objeto implica que se tenía previamente la representación fijada en sí, luego, que se le conocía.

¿Cómo explicar, por otra parte, la especificidad del instinto, la especificidad de las telas de arañas, por ejemplo? Si damos a un número de obreras bordadoras los mismos cañamazos, las mismas sedas y las mismas agujas y les decimos simplemente: trabajad, es seguro que será puro azar si dos de entre ellas ejecutan la misma obra. Para llegar a este resultado, es necesario que ellas tengan un mismo modelo ante los ojos, o que lo hayan

visto durante un tiempo suficientemente largo para que esté fijado en su memoria. En otros términos, es necesario que lo conozcan.

Luego, nuestras arañas no están equipadas de otra manera que nuestras bordadoras. Todos los individuos de una misma especie están dotados de los mismos útiles, sus patas, idénticamente constituidas; disponen de las mismas hilas, que segregan las mismas sedas y, como en nosotros, sus movimientos son libres. No tienen, pues, nada de común con las máquinas industriales, cuyos rodajes están organizados para rehacer indefinidamente el mismo trabajo. Si, pues, las arañas hacen todas un mismo trabajo, es porque dirigen el funcionamiento de su organismo hacia un fin fijado en ellas, del cual tienen la representación que les sirve de modelo. Sin el cual, se agitarían al azar y no llegarían jamás a la uniformidad específica que existe en ellas desde milenios. Digo milenios, pues los fragmentos de telas fósiles que se han encontrado en el ámbra revelan que las arañas de esta lejana época trabajaban ya como las nuestras.

Como nuestras bordadoras, pues, nuestras arañas conocen previamente el modelo específico de la tela que van a tejer.

Otra cuestión se plantea entonces: ¿Cómo una araña, nacida cuando toda huella de la industria ejercida por sus antepasados ha desaparecido, puede ser tan minuciosamente enseñada, en esta industria?

MAURICE THOMAS.
"Arta Biotheoretica".
Universidad de Leiden, 1957.

CRÓNICA

EDUCACIÓN DEMOCRÁTICA

La Educación Democrática quiere formar e informar sobre un estilo de vida. En ella, profesor y alumnos volcarán, como disciplina educativa de la personalidad, todos los problemas que hacen al fin del hombre y de la socie-

dad. La defensa de esta asignatura reside fundamentalmente en que la misma resume el pensamiento cívico, educacional, científico y artístico de todo un pueblo o, aun en sí, la trayectoria del hombre como entidad en busca de liberación y de elevación. Permite una amplia difusión de todos los sentimientos y pensamientos que el ser humano ha expresado para realizar su destino independiente e integrador de una realidad social. Nada de lo que acontece en el universo puede ser extraño a esta materia, como nada de lo que sucede en el ámbito de un país puede ser ajeno al clima de la educación dinámica que incluimos como posibilidad de esta asignatura. Exaltamos, a través de ella, los más altos valores del espíritu, de la vida, con los más claros principios de organización social. Planteamos el problema del hombre como ser y como entidad, junto con el puesto que tiene en el concierto de su propia sociedad. Acercamos el criterio individual de la libertad al lado de los lineamientos de una organización social que discutimos y queremos perfeccionar. Es, pues, una materia que informa sobre nuestro destino pasado, sobre nuestra sed histórica de existir como hombres o pueblos, libres y soberanos, que educa para un fin de comprensión, de fraternal acercamiento. Comprendemos que detrás de esta materia está toda la organización social y los cambios que a ésta hay que hacerle, o que ya se vislumbran. Pero lo cierto es que con su aparición en los planes educacionales se ha posibilitado la discusión, que permite una mejor formación de los futuros ciudadanos.

He aquí una materia de planteos y de incógnitas, de estructuras conocidas y a conocer, de historia y de futuro, de infinitas posibilidades humanas. Por eso es la más dinámica de todas las que pueden dictarse actualmente y posiblemente una de las más serias de la nueva pedagogía del individuo, al que quiere comprender y hacerlo al amparo de una libertad extremada en el concepto de la inviolabilidad del fuero interno de cada uno, y de la composición obligada de una sociedad que exige modificaciones desde abajo. Es, pues, una materia de preparaciones para la investigación social, una materia en la que el grupo social, al mismo tiempo que acompaña sus aperturas individuales, tendrán que acompañarse sus aperturas para poder sincronizarse con la realidad que el futuro reclama. Exige, por lo tanto, ser dictada por hom-

bres decentes, claros, dispuestos a la investigación de la verdad y a escuchar el diálogo siempre fértil con los educandos y con la sociedad.

Ya en busca de los métodos de trabajo, el profesor debe terminar con las clases magistrales que sólo son eco de una sola verdad y un solo mensaje. La clase magistral deberá abrir el camino de cada tema, de cada bolilla, pero desaparecerá lenta, imperceptiblemente, para dar paso al trabajo de seminario, de tarea común. Tarea que responsabilizará al grupo que trabaja al mismo tiempo que capacitará en distintos planos a cada uno de los miembros del grupo. La pedagogía ya se ha encargado de demostrar que el diálogo en el conjunto, en la clase, puede ser fértil para educar y formar. Y siempre la formación alcanzará más nitidez, cuando de esta interrelación de diálogos pueda nacer una corriente afectiva que fortalezca el criterio del trabajo en colmena, en sociedad. Formamos así la interrelación de afectividades que permanece y fecunda la vida del educando.

Los alumnos, desde el primer año hasta el último, están listos para emprender una tarea de conjunto en la búsqueda de cada verdad por pequeña, vieja o nueva que ella sea. Dirigir un seminario es difícil y costoso. Es difícil porque implica un concepto dinámico de la enseñanza que obliga a una gran información técnica y científica, aunque esta dificultad se equilibra después por la eficiente formación de los alumnos. Es costosa porque además del esfuerzo físico requiere un esfuerzo psíquico constante, porque va más allá de la mera permanencia en clase. Enseñar así significa educar todo el día, en la escuela y desde el estudio, desde el laboratorio, desde el hogar, en cualquier lugar que el director del seminario es interrogado o preocupado por uno o más problemas del grupo.

El trabajo de seminario es el camino de una educación distinta, más seria y responsable, sin distinción de jerarquías. Significa el trabajo moderno para la amplitud de los temas modernos en la educación y en la ciencia.

La mesa redonda es otra manifestación de labor colectiva que posibilita la tarea de comprensión de cada tema. Hay una participación constante y preocupada, que se observa cuando todo ha sido ya bien orientado. Estas mesas redondas pueden hacerse en base a un tema nuevo, para que de allí surjan los inconvenientes que el mismo plantea.

En la tarea formativa, va involucrada la concurrencia a los sitios más destacados de la opinión pública, a los actos culturales, a la discusión de las leyes o de las ordenanzas municipales, a los tribunales, a los juicios públicos, a los hospitales, a las escuelas y reformatorios, etc. Es imprescindible mostrar la realidad y discutirla, entenderla y realizarla cuando aún está en formación.

La lectura y comentario de textos de la literatura nacional y extranjera que conciden con la estructura espiritual del hombre argentino o universal, visitas a museos, bibliotecas, universidades, exposiciones de arte, pueden ser tareas inherentes al seminario. El espíritu debe integrarse en la verdad y en la belleza. Las clases conjuntas de arte y música formarán un nuevo ser, modelarán un nuevo espíritu.

Antes de la mitad del año el curso debe estar preparado para comenzar un pequeño trabajo de investigación sobre distintos temas de carácter político o cultural. Las monografías, también realizadas en seminario, deben suscitar la posibilidad de ser publicadas en periódicos escolares o revistas especializadas. Se impone, asimismo, orientar al educando en la preparación de su propia dirección, hacerlo apto a su vez para orientar y dirigir, como también para la edición de periódicos escolares, revistas, la formación de clubes, etc.

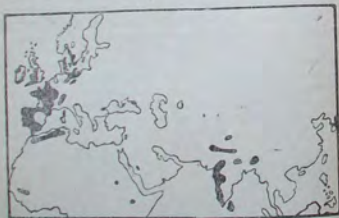
Todo esto constituye un plan susceptible de entrar rápidamente en actividad. Es una realidad de trabajo. Hemos dado un paso, seguros de haber trabajado para la superación de la escuela argentina, con un criterio pedagógico moderno, científico y verídico.

FLOREAL A. FERRARA.

DÓLMENES

Es necesario reconocer que los dólmenes son extremadamente caprichosos en sus manifestaciones. Según nuestro conocimiento, su dispersión no obedece a ninguna condición "física". Se los ve en todos los terrenos, granítico o calcáreo, en llanura o en montaña, en las selvas

o sobre las landas, sobre las riberas de los ríos o de los lagos, en el fondo de los valles o sobre las crestas. Nada, en esta dispersión, parece obedecer a leyes hidrográficas, geológicas u orográficas. Y cuando la naturaleza de los terrenos no permite encontrar en el lugar los materiales necesarios, se va a buscar piedras donde se las encuentre, cualquiera sea la distancia. La dispersión de los dólmenes no obedece a consideraciones de orden económico, porque se los encuentra en las regiones más pobres como en las más ricas desde el punto de vista de la agricultura o de la ganadería. Cuando un detalle en su arquitectura permitiría establecer comparaciones, esto nos conduce a digresiones increíbles. Por ejemplo, los dólmenes agujereados nos hacen saltar de Lodève, en el Hérault, a Trier-Château, en el Oise, para conducirnos en seguida a Palestina y hasta a las Indias. Para encontrar un monumento comparable al de Gavrinis, es necesario ir a Irlanda y habrá que hacer lo mismo con los dólmenes de falsa cúpula. En resumen, el dolmen se muestra muy a menudo allí donde no debería estar, y es un maligno placer ir al encuentro de todas las teorías posibles.



Distribución de los monumentos megalíticos en el mundo antiguo.

En el fenómeno megalítico, todo pasa como si fueran de "misioneros", portadores de una idea y de una técnica, habiendo partido de un centro desconocido, hubieran recorrido el mundo. El mar habría sido su ruta principal.

Estos "propagandistas" habrían tomado contacto con ciertas tribus y no con otras. Esto explicaría los "huecos", o las zonas de menor densidad en la repartición, así como el aislamiento de ciertos hogares megalíticos. Esto explicaría igualmente cómo y por qué los monumentos megalíticos se superponen a la civilización eneolítica. Se tendrá también una explicación de todas esas leyendas, que atribuyen su construcción a seres sobrenaturales. Se sabrá, en fin, por qué hombres capaces de erguir en vertical bloques de 300 t. y de levantar masas de 100.000 kg., no nos han dejado otros trazos de su prodigiosa habilidad. Porque está bien entendido que esos "misioneros" se habrían limitado a ensayar convencer a los autóctonos para erigir dólmenes y menhires.

Decimos bien: "Todo pasa como si...", ya que nada, en el estado actual de nuestros conocimientos, permite encarar tal hipótesis, por lisonjera que sea a la imaginación. ¿Qué nombre dar a esos pretendidos propagandistas? ¿Egeos? ¿Cretenses? ¿Qué venían a buscar en nuestros países? Si venían a buscar el cobre, el estaño o el ámbar, se disciernen mal los motivos que los habrían impulsado a enseñar a los indígenas el arte de construir tumbas de un género especial, o de erguir piedras, todas cosas que no parecen haber realizado entre ellos, por lo demás. No es muy probable que fueran fenicios, puesto que, en la época en que ellos fueron a los Casitérides, hacía ciertamente muchos siglos que no se construían ya monumentos megalíticos en Europa occidental. Pero el argumento más serio que queda es que, entre todos los pueblos posibles, ninguno dejó de sí una huella indudable, fuera de representaciones todavía bien vagas, tales la diosa neolítica, la espada egea o el dolmen de falsa cúpula. Aguardando descubrimientos ulteriores que tenemos derecho a esperar, los monumentos megalíticos permanecen como el más grande enigma de la Prehistoria.

FERNAND NIEL
Dólmenes et Menhirs.
P. U. France, 1954.

Traducción de Haydée C. Blotto.

PINTURA EGIPCIA

Una era nueva, rica en experiencias, se abre en Egipto con el advenimiento de Amenofis III (1411-1375 A. C.). Período de estabilidad imperial, este reino ilustre ve igualmente la codificación de todas las fórmulas artísticas en una síntesis de pureza y de equilibrio, en la que la belleza se apoya en adelante sobre la ciencia: líneas, proporciones, colores, volúmenes, todo es medida. Los últimos rasgos de lirismo han desaparecido para hacer lugar a una suerte de racionalismo matemático. La inspiración se somete voluntariamente al oficio. Es el signo de la madurez. El arte de Amenofis III, en el triple dominio de la arquitectura, la escultura y la pintura, merece la calificación de clásico con el mismo título que el de la IV o de la V Dinastía.

Antes de que este clasicismo haya tenido tiempo de fijarse en reglas académicas, Akenaton (1375-1358 A. C.), romántico temerario, vino a romper el orden normal de las cosas. Soñador en su fe religiosa tanto como política, este faraón fué el promotor de un arte nuevo y sin sucesión, desde el cual todas las tradiciones debían ser desterradas. Revolucionario en sus comienzos, el estilo llamado "amarnano" buscó poco a poco sus propias fórmulas. Degeneró en tiempos de Tutankamón (1358-1350 A. C.) en un manierismo que, sin estar desprovisto de elegancia, llega a veces a la afectación.

El fin de la XVIII Dinastía y el comienzo de la XIX reaccionaron contra estas tendencias insólitas; pero en su tentativa de retorno al clasicismo de Amenofis III, el pintor egipcio de este período transitorio no desembocará sino en un refinamiento muy académico que preparará poco a poco el ritmo ramesida.

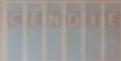
ARPAK MEKHITARIAN,
La peinture égyptienne
Skira.

LOS CACTES

La familia de las cactáceas es de origen exclusivamente americano. Sólo una especie *Rhipsalis*, *Rh. cassytha*, se ha desarrollado igualmente bajo diversas formas, ya desde los tiempos prehistóricos, en vastas regiones africanas, para pasar de allí a Madagascar, a la Isla Mauricio (Mascareñas) y hasta Ceylán. Pero es cierto que esta especie también es originaria de América donde, de Florida y de Méjico, por las Indias Occidentales, prospera hasta en el Brasil meridional, pues ella representa una de las ramas más recientes de la gran familia de cactáceas. ¿Cómo esta planta ha llegado hasta África y a sus otros hábitats? Todas las suposiciones están permitidas. Se admite, desde luego, que la propagación se hizo, quizá en una época en que los continentes no estaban todavía tan alejados unos de otros, por los pájaros que habían llevado los pequeños frutos esféricos que semejan bayas de muérdago y cuya carne es también viscosa y glutinosa.

Sin embargo, hasta el descubrimiento de América, la familia de las cactáceas era desconocida en Europa. Es poco más o menos cierto que los primeros ejemplares fueron llevados de las islas de las Indias Occidentales. Por consiguiente, vino sobre todo de México, que se distingue por la abundancia de las especies. No hace todavía mucho tiempo, este México que, durante siglos, ha procurado a los amigos de las cactáceas sorpresas ininterrumpidas, era considerado como el hábitat propiamente dicho de los cactus. En verdad, el área de dispersión de las cactáceas se extiende a casi todo el inmenso continente. No se queda atrás la América del Sur; allí se han descubierto formas nuevas en tan gran número, que desde el punto de vista de la riqueza de las especies, no cede en nada ni a la América Central ni a la del Norte.

En las vastas regiones boscosas de los trópicos, las cactáceas brillan por su ausencia, son mucho menos numerosas que las otras plantas en los lugares lluviosos; pero encuentran su desquite en donde las precipitaciones son raras y donde los largos períodos de sequía hacen la vida dura a las otras plantas o les impiden subsistir. En esos



lugares áridos, las cactáceas ejercen a menudo una verdadera monarquía, confieren al paisaje su sello característico; a veces, representan más de la mitad de la vegetación o reinan casi solas como amas soberanas. Es notablemente en el caso en que las opiantáceas forman vallados infranqueables o cuando las cactáceas arborescentes se agrupan en verdaderas selvas. Las regiones de cactáceas de México y de los lugares más meridionales de América del Norte, son conocidas desde hace largo tiempo. Pero la América del Sur posee también inmensas extensiones de tierras áridas, en las cuales las cactáceas tienen el predominio. En los estados brasileños del Nordeste, donde se hace desear la lluvia y que están expuestos a largos periodos de sequía, las "catingas" pueblan centenares de kilómetros cuadrados, las cactáceas están allí abundantemente representadas. Al Sur, una región extraordinariamente rica en cactus se encadena al Brasil y, por el Uruguay y Paraguay, gana la Argentina y Bolivia hasta el litoral Oeste de América del Sur. En esos lugares, el área de dispersión más rica engloba las provincias del Noroeste de la Argentina y Bolivia limítrofe. A lo largo del costado Occidental, sobre las pendientes y los altiplanos de los Andes pobres en lluvia, notablemente también y en parte sobre el litoral árido, las cactáceas dominan el paisaje.

Aunque en su origen los "primeros padres" de las cactáceas hayan poblado probablemente como simples plantas hojosas el círculo tropical, al Norte y al Sur de esta zona existe su área de dispersión más considerable; se sitúa en las regiones que se extienden a los dos lados de los trópicos. Sin embargo, entre las especies que existen actualmente, muchas se contentan con un clima todavía más fresco, puesto que han penetrado en las zonas templadas del Norte y del Sur. Se encuentran aún cactáceas en las regiones subárticas de los dos hemisferios.

WALTER KUPPER.

Los Cactus.

Ed. Silva, Zurich, 1954.

	Pág.
Ana Biró de Stern	La artesanía en las tribus indígenas del Chaco
Juan José Dichio	Bases de la pedagogía correctiva
Enrique De Gandia	Los vaticinios del Marqués de Varinas
Pierre Lachêze-Rey	Reflexiones sobre un procedimiento de Platón
Rosendo Pascual	La ciencia de la paleontología
Enrique Puchet	El magisterio de Carlos Vaz Ferreira
Arturo Villela	El iluminismo y las causas de la independencia
Raymond Furon	¿Dónde está el inventario de los fósiles?
Amédée Ayfré	La obra cinematográfica: alienación o mediación?
David Lagmanovich	Revistas tucumanas de cultura
Brian H. Mason	La naturaleza de la simetría
Raúl H. Castagnino	Educación, cultura y técnica desde el mundo de los libros
Laura B. Cotta de Varela ..	Garabatos y monigotes infantiles
Hollis L. Caswell	Qué significa una buena enseñanza
Carmen F. Ronzino	El aprovechamiento del tiempo en la escuela rural
Nicolás M. Tavella	Las secciones paralelas homogéneas en los grados de la escuela primaria ..
Lucio V. Mansilla	Viaje
J. B. Priestley	Los sueños
Carlos Guido y Spano	Mi padre
José Manuel Estrada	La generación de 1810
E. J. Webb	El contemplador de las estrellas ..
Juan B. Selva	Arcaísmos que reviven en nuestra conjugación
Arturo Marasso	Atribución y explicación de textos ..
Jorge Guasch Leguizamón ..	Apuntes semánticos
Georges Schlocker	La simetría en la estilística
Georges Galichet	El plano de los valores gramaticales ..
Juan Octavio Prenz	Romualdo Brughetti, Geografía clásica argentina
Mario E. Teruggi	Raymond Furon, Causas de la distribución de los seres vivientes ..
Enrique De Gandia	Paul Rivet, Los orígenes del hombre americano
Enrique Bonfanti	Russell W. Davenport, La dignidad del hombre
Isolina Ramírez	Mircea Eliade, Yoga, Inmortalidad y libertad
La Redacción	Comentarios y extractos de revistas ..
Jean Cavailles	La matemática se confunde con su historia
Lincoln Barnett	Espacio-tiempo
Alberto Soriano	Los jóvenes y el entusiasmo por la investigación
Maurice Thomas	El instinto, realidad científica
Floreal A. Ferrara	Educación democrática
Fernand Niel	Dólmeneos
Arpag Mekhitarian	Pintura egipcia
Walter Kupper	Los cactus

No me considero relevado en mi puesto de combate, en el cual estoy dispuesto a pelear hasta morir, hasta que las fuerzas me abandonen del todo, o la noche se haga en mi inteligencia; y aun así, creo que me seguirá alentando una fuerza más poderosa todavía, la de la emoción de lo bello en la naturaleza y en el alma humana; y mientras haya una voz que me responda y un signo que exprese una idea o un esbozo de idea, yo he de seguir demoliendo la fortaleza de la ignorancia y edificando, si puedo, el palacio o templo de la sabiduría y de la belleza; y si no fuera tan abusada la palabra sacerdocio, mi cercana vejez me autorizará a ejercerlo por el amor de la infancia y la juventud, que al poblar nuestras aulas, anuncian en cada generación un tramo más en la ascensión de nuestra patria en la escala interminable de la civilización. He de predicarles y demostrarles sin cesar los beneficios de una vida armónica, unida, afectuosa, cooperativa, en el culto de los sentimientos y virtudes esenciales, la tolerancia, la benevolencia, la ayuda recíproca, el estímulo, el trabajo y la meditación en los altos problemas de la vida y de la ciencia, porque sólo así corregiremos nuestros defectos seculares, nuestras desviaciones morales, nuestros odios e intransigencias estériles o regresivos, y crearemos una democracia, una democracia sana, viril y expansiva, que al asegurarnos nuestra propia vitalidad, nos haga capaces de concurrir a la comunidad de los beneficios que hemos recibido de la civilización de Europa y América.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.